



AÑO 13.

NUM. 149.

ENTRÓNESE A LA BIBLIOTECA DEL
SENADO BANCOPROTECTOR

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSE LAZARO**

\_\_\_\_\_  
**MAYO, 1901**  
\_\_\_\_\_

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# ACTEA

NOVELA

---

PRIMERA PARTE

I



El 7 de Mayo, mes llamado por los griegos Tharguelión, del año 57 de la era cristiana y 810 de la fundación de Roma, salía de Corinto por la puerta occidental, en dirección á la playa, una joven de quince á diez y seis años, alta, linda y esbelta como Diana cazadora. Al llegar á una pradera que se extendía entre un bosque de olivos y un arroyuelo sombreado por naranjos y laureles, se detuvo y se puso á buscar flores. Vaciló un instante entre las violetas y margaritas que florecían al pie de los árboles de Minerva y los narcisos y ninfeas que crecían en las orillas ó flotaban en la misma superficie del riachuelo; pero no tardó en decidirse por los últimos, y, saltando como una cervatilla, corrió hacia el arroyo.

Cuando llegó á la orilla se detuvo; sus cabellos se habían desatado con la rapidez de la carrera; se arrodilló junto al agua, se miró en la corriente y sonrió al verse tan bonita. Era, en efecto, una de las vírgenes más encantadoras de la Acaya, de ojos negros y voluptuosos, nariz jónica y labios de coral; su cuerpo, que tenía á la vez la solidez del mármol y la flexibilidad de la caña, parecía una estatua de Fidias animada por Prometeo; únicamente sus pies, harto pequeños para su esta-

tura, parecían desproporcionados, y hubieran constituido un defecto, si es que á nadie pudiera ocurrírsele señalar en una joven semejante imperfección: era tan bella, que la ninfa Pyrene, que le prestaba el espejo de sus lágrimas, no pudo negarse, á pesar de ser mujer, á reproducir la imagen de la joven en toda su gracia y en toda su pureza. Después de un instante de muda contemplación, la joven dividió sus cabellos en tres partes, hizo dos trenzas con los que descendían á lo largo de las sienes y los sujetó encima de su cabeza con una corona de laurel y azahares que tejió en un instante, y dejando flotar los que caían por su espalda, como las crines del casco de Pallas, se inclinó sobre el agua para satisfacer la sed que la había impulsado hacia aquel lado de la pradera, necesidad que, por perentoria que fuese, había cedido á otra más perentoria todavía: á la de confirmar que continuaba siendo la bella entre las bellas de las hijas de Corinto. Al inclinarse para beber, la realidad y la imagen se acercaban insensiblemente una á otra; se las hubiera tomado por dos hermanas, una ninfa y una náyade, que iban á unirse en dulce beso: sus labios se juntaron, el agua se estremeció, y una brisa suave, que agitó los aires como un hálito de voluptuosidad, esparció por el río una lluvia de nieve rosada y perfumada, que la corriente se llevó hacia el mar.

Al erguirse la joven dirigió la vista hacia el golfo, y permaneció un instante inmóvil mirando con curiosidad: una galera de dos filas de remos, con las bandas doradas y las velas de púrpura avanzaba hacia la playa, impulsada por el viento que soplaba de la parte de Delos; aunque se encontraba todavía á un cuarto de milla de distancia, se oía á los marineros que entonaban un coro á Neptuno. La joven reconoció el estilo frigio, que estaba consagrado á los himnos religiosos; solamente que en vez de los rudos acentos de los marinos de Calidón ó de Cefalonia, las notas que llegaban hasta ella, aunque debilitadas y esparcidas por la brisa, eran armónicas y dulces como las que emitían las sacerdotisas de Apolo. Atraída por

aquella melodía, la joven corintia se levantó, arrancó algunos azahares y laureles destinados á tejer una nueva corona con objeto de depositarla al regreso en el templo de Flora, á la que estaba consagrado el mes de Mayo, y después, con paso lento, curiosa y temerosa al mismo tiempo, avanzó hacia la orilla del mar tejiendo las perfumadas ramas que arrancara junto al arroyo.

Mientras tanto el birreme se había aproximado y la joven podía ya, no solamente oír las voces, sino distinguir las figuras de los músicos: el canto se componía de una invocación á Neptuno, entonado por un solo corifeo acompañado por el coro, con un compás tan dulce y rítmico que imitaba el movimiento regular de los tripulantes al inclinarse sobre los remos y de los remos al caer al agua. El que llevaba la voz cantante y que parecía ser el amo de la embarcación, estaba de pie en la proa y se acompañaba con una cítara de tres cuerdas, semejante á la que los escultores ponen en manos de Euterpe, la musa de la armonía; á sus pies se encontraba echado, cubierto con una amplia túnica asiática, un esclavo cuya indumentaria pertenecía igualmente á los dos sexos; de suerte que la joven no pudo distinguir si era hombre ó mujer, y al lado de sus bancos, los remeros cantores estaban de pie y llevaban el compás con las manos, dando gracias á Neptuno por el favorable viento que les concedía aquel descanso.

Semejante espectáculo, que dos siglos antes apenas hubiera llamado la atención de un niño que recogiera conchas entre las arenas de la playa, excitó extraordinariamente el asombro de la joven. Corinto no era ya en aquel momento lo que había sido en tiempos de Sila: la rival y hermana de Atenas. Tomada por asalto el 608 de Roma por el Cónsul Mumio, vió pasados á cuchillo á sus ciudadanos, vendidos como esclavos sus niños y sus mujeres, quemadas sus casas, destruídas sus murallas, enviadas á Roma sus estatuas, y sus cuadros, por uno de los cuales ofreciera Atalo un millón de sextercios, servir de alfombras para aquellos soldados romanos á los que Po-

lybio encontró jugando á los dados sobre la obra maestra de Arístides. Reedificada ochenta años después por Julio César, que volvió á levantar sus murallas y que envió una colonia romana, volvió á la vida, pero estaba lejos aún de haber recobrado su antiguo esplendor. Sin embargo, el procónsul romano, para darle alguna importancia, había anunciado para el 10 de Mayo y días subsiguientes la celebración de juegos ísmicos y florales, en los que había de coronar al atleta más fuerte, al cochero más hábil y al mejor cantor. Resultado de esto fue, que desde hacía algunos días una multitud de extranjeros de todas las naciones se dirigía hacia la capital de Acaja, atraídos unos por la curiosidad y otros por el deseo de alcanzar los premios, con lo que volvía momentáneamente á la ciudad, debilitada aún por la sangre y las riquezas perdidas, la animación y el esplendor de sus pasados días. Unos habían llegado en carros, otros á caballo; algunos, también, en embarcaciones propias ó alquiladas; pero ninguno de los últimos abordó al puerto en un navío tan rico como el que, en aquel instante, llegaba á la playa, que un día se disputaran por el amor que la profesaban Apolo y Neptuno.

En cuanto el birreme fondeó en la arena, los marineros fijaron en la proa una escalera de madera de sándalo incrustada de plata y acero, por la que el cantor, con la cítara en el hombro, descendió, apoyándose en el esclavo que hemos visto echado á sus pies. El primero era un arrogante joven, de veintisiete á veintiocho años, de cabellos rubios, ojos azules y dorada barba: vestía una túnica de púrpura, clámide azul con estrellas de oro, y llevaba alrededor del cuello, anudada por delante, una banda, cuyos colgantes extremos caían hasta su cintura. El segundo, parecía tener unos diez años menos aproximadamente; era un niño llegado apenas á la adolescencia, de andar lento y aspecto triste y lánguido; sin embargo, la frescura de sus mejillas hubiera dado envidia al cutis de una mujer; su piel rosada y transparente hubiese podido competir en finura con la de las hijas más voluptuosas de la muelle Ate-



nas, y su mano blanca y redondeada parecía, por su forma y delicadeza, mucho más dispuesta para manejar la rueca ó las agujas, que para llevar la espada y el arco, atributos del hombre y del guerrero. Vestía una túnica blanca, bordada con palmas de oro, que le llegaba hasta las rodillas; sus cabellos flotaban sobre sus hombros descubiertos, y, sostenido por una cadena de oro, colgaba de su cuello un espejito rodeado de perlas.

En el momento en que iba á tocar tierra, su compañero le detuvo con viveza; el adolescente se estremeció.

—¿Qué hay, maestro? — preguntó con acento dulce y tímido.

—Hay que ibas á pisar la orilla con el pie izquierdo, y que por semejante imprudencia nos exponías á perder todo el fruto de mis cálculos, gracias á los cuales hemos llegado en día de nones, lo que es de buen agüero.

—Tienes razón, maestro — replicó el adolescente.

Y saltó á la playa con el pie derecho; su compañero hizo lo mismo.

—Extranjero — dijo, dirigiéndose al mayor de los dos viajeros, la joven que había oído aquellas palabras pronunciadas en dialecto jónico — la tierra de Grecia, sea cualquiera el pie con que se entre en ella, es propicia á todo el que la aborda con amistosas intenciones: es la tierra de los amores, de la poesía y de los combates; tiene coronas para los amantes, para los poetas y para los guerreros. Seas quien fueres, extranjero, acepta esta mientras esperas la que sin duda vienes á buscar.

El joven se apresuró á tomar y á ceñirse en la cabeza la corona que le presentaba la corintia.

—Los dioses nos son propicios—exclamó.—Mira, Esporo, el naranjo, el manzano de las Hespérides, cuyos frutos de oro dieron la victoria á Hipomenes, retrasando la carrera de Atalante, y el laurel, el árbol grato á Apolo. ¿Cómo te llamas tú, profetisa de la felicidad?

—Me llamo Actea—respondió ruborizándose la joven.

—¡Actea!—exclamó el mayor de los dos viajeros.—¿Lo oyes, Esporo? Nuevo presagio: Actea, es decir, la *orilla*. Así, la tierra de Corinto me esperaba para coronarme.

—¿Qué tiene de extraño? ¿No estás predestinado á ello, Lucio?—respondió el niño.

—Si no me engaño—dijo tímidamente la joven—vienes para disputar uno de los premios ofrecidos á los vencedores por el procónsul romano.

—Has recibido el talento de la adivinación al mismo tiempo que el dón de la belleza—repuso Lucio.

—¿Y, sin duda, tienes algún pariente en la ciudad?

—Toda mi familia está en Roma.

—¿Algún amigo, quizás?

—Mi único amigo es este que ves, y, como yo, es extranjero en Corinto.

—¿Algún conocido, entonces?

—Ninguno.

—Nuestra casa es grande, y mi padre es hospitalario. ¿Se dignaría Lucio darnos la preferencia? Rogaríamos á Castor y Póllux que le fueran favorables.

—¿No serías tú su hermana Elena, joven?—preguntó Lucio sonriendo.—Dicen que gustaba de bañarse en una fuente que no debe estar muy lejos de aquí. Esa fuente tenía, indudablemente, el don de prolongar la vida y conservar la belleza. Será un secreto que Venus habrá confiado á Paris, y que Paris te habrá revelado. Si así es, condúceme á esa fuente, hermosa Actea, porque desde que te he visto, quisiera vivir eternamente á fin de verte siempre.

—¡Oh! no soy ninguna diosa—respondió Actea—y la fuente de Elena no tiene ese maravilloso privilegio; por lo demás, no te has engañado acerca de su situación: mírala á algunos pasos de nosotros, que se precipita al mar desde lo alto de una roca.

—¿Entonces, ese templo que se eleva cerca de ella es el de Neptuno?

—Sí, y este paseo de pinos conduce al estadio. Dicen que en otro tiempo se elevaba una estatua frente á cada árbol, pero Mumio se las llevó, y para siempre han abandonado mi patria por la tuya. ¿Quieres tomar ese camino?—añadió la joven sonriendo.—Conduce á casa de mi padre.

—¿Qué opinas tú de este ofrecimiento?—preguntó el joven á su compañero, cambiando de dialecto y hablando en lengua latina.

—Que tu fortuna no te ha dado derecho para dudar de su constancia.

—Pues bien, confiemos en ella una vez más, porque nunca se ha presentado bajo forma más atractiva y seductora.

Cambió otra vez de lenguaje, y volviendo á expresarse en dialecto jónico, que hablaba con la mayor pureza, dijo Lucio:

—Guíanos, joven, pues estamos prontos á seguirte; y tú, Esporo, recomienda á Líbico que vele sobre Febea.

Actea marchó delante, mientras que el niño, para obedecer la orden de su amo, volvió á bordo. Al llegar al estadio, Actea se detuvo.

—Mira—dijo á Lucio—ese es el gimnasio. Está dispuesto y enarenado, porque los juegos comienzan pasado mañana, y comienzan por la lucha. El hipódromo está allí, á la derecha, al otro lado del río, al final de esta avenida de pinos; el segundo día, como ya lo sabes, está dedicado á las carreras de carros. Y allí, á mitad de camino de la colina, en dirección de la ciudadela, tienes el teatro donde se disputarán el premio del canto. ¿A cuál de esas tres coronas aspiras, Lucio?

—A las tres, Actea.

—Eres ambicioso, joven.

—El número tres agrada á los dioses—dijo Esporo, que acababa de alcanzar á su compañero.

Y los viajeros, conducidos por su hermosa guía, continuaron su camino.

Al llegar cerca de la ciudad, se detuvo Lucio y preguntó:

—¿Qué fuente es esa, y qué son esos bajorrelieves rotos? Me parecen de los tiempos más florecientes de Grecia.

—Esa fuente es la de Pyrene—respondió Actea;—su hija fue muerta por Diana en este mismo lugar, y la diosa, al ver el dolor de la madre, la transformó en fuente sobre el mismo cuerpo de la llorada hija. En cuanto á los bajorrelieves, son de Lisipo, discípulo de Fidias.

—¡Mira, Esporo, mira!—exclamó con entusiasmo el joven de la lira;—¡qué modelo! ¡qué expresión! Es el combate de Ulises contra los amantes de Penélope, ¿no es así? Mira lo bien que muere ese hombre herido, cómo se retuerce, cómo sufre; el dardo le ha herido por debajo del corazón; algunas líneas más arriba, ya no había agonía. ¡Oh! El escultor era un hombre hábil y sabía lo que se hacía. Haré que transporten este mármol á Roma ó á Nápoles; quiero tenerlo en mi atrio. No he visto jamás á ningún hombre morir con más dolor.

—Es uno de los restos de nuestro antiguo esplendor—dijo Actea.—La ciudad se enorgullece con ellos, y, como madre que ha perdido á sus hijos más hermosos, se entrega á los que le quedan. Dudo, Lucio, que seas bastante rico para comprar ese mármol.

—¡Comprar!—replicó Lucio, con expresión indefinible de desdén.—¿Para qué comprar cuando yo puedo cogerlo? Si me place ese mármol, lo tendré, aun cuando todo Corinto se opusiera..... (Esporo apretó la mano de su amo.....) A menos, sin embargo, que la bella Actea me manifestase deseos de que el mármol se quedara en su patria.

—Ni tu poder ni el mío se me alcanzan, Lucio; pero no por ello te lo agradezco menos. Déjanos nuestros restos, romano, y no acabes la obra de tus padres. Vinieron como vencedores; tú vienes como amigo; lo que en ellos fue una barbarie, sería en ti un sacrilegio.

—Tranquilízate, joven—repuso Lucio,—porque empiezo á notar que hay en Corinto algo más precioso que tomar que el bajorrelieve de Lisipo, el cual, por mucho que valga, no es

más que mármol. Cuando Paris fué á Lacedemonia, no se llevó la estatua de Minerva ó de Diana, sino á la más hermosa de las espartanas.

Actea bajó los ojos ante la ardiente mirada de Lucio, y, continuando su camino, entró en la ciudad: los dos romanos la siguieron.

Corinto había recobrado la animación de sus pasados días. El anuncio de los juegos que habían de celebrarse atrajo forasteros, no solamente de todas las comarcas de Grecia, sino también de Sicilia, Egipto y Asia. Cada casa tenía sus huéspedes, y á los que acababan de llegar les hubiera costado no poco trabajo encontrar albergue, si Mercurio, el dios de los viajeros, no hubiese llevado á su encuentro á la hospitalaria joven. Guiados por ésta, atravesaron el mercado de la ciudad, en donde andaban revueltos el papiro y el lino de Egipto, el marfil de Libia, los cueros de Cirenes, los dátiles de Fenicia, la púrpura de Tiro, el incienso y la mirra de Siria, los tapices de Cartago, los esclavos de Frigia, los caballos de Selinonto, las espadas de los celtíberos, y el coral y el carbunco de los galos. Después, siguiendo su camino, atravesaron la plaza, en la que se elevaba anteriormente una estatua de Minerva, obra maestra de Fidias, y que, por veneración al antiguo maestro, no había sido reemplazada; tomaron una de las calles que desembocaban en la plaza, y á los pocos pasos se detuvieron ante un anciano que estaba de pie en el umbral de su casa.

—Padre—dijo Actea,—aquí hay un huésped que Júpiter os envía; le he encontrado en el momento que desembarcaba, y le he ofrecido hospitalidad.

—¡Bien venido seas, joven de la barba de oro!—repuso Amycles:—y, empujando con una mano la puerta de su casa, tendió la otra á Lucio.

## II

Al día siguiente de aquel en que la puerta de Amycles se abrió ante Lucio, el joven romano, Actea y su padre, reunidos en el triclinio, alrededor de la mesa á punto de ser servida, se disponían á jugar á los dados la presidencia del festín. El anciano y la joven quisieron otorgarla al extranjero; pero su huésped, fuera por superstición, fuera por respeto, rehusó la corona: trajeron en consecuencia los *tali*, y se entregó el cubilete al anciano, que hizo la jugada de Hércules. A su vez echó los dados Actea, y la combinación resultó la jugada del carro; por último, pasó el cubilete á manos del joven romano, que lo tomó con visible inquietud, lo sacudió durante largo rato, arrojó los dados temblando sobre la mesa, y dió un grito de alegría al mirar el resultado obtenido: había alcanzado la jugada de Venus, que gana á todas las demás.

—Mira, Esporo — exclamó en idioma latino: — ya ves que los dioses están decididamente por nosotros, y Júpiter no olvida que es el jefe de mi raza; la jugada de Hércules, la del carro y la de Venus, ¿puede darse resultado más satisfactorio para un hombre que viene á disputar los premios de la lucha, de las carreras y del canto, y en rigor no me promete la última jugada un doble triunfo?

—Naciste en un día feliz — respondió el niño — y el sol te acarició antes que tocases la tierra; en esta ocasión, lo mismo que siempre, triunfarás de todos tus competidores.

—¡Ah! hubo una época — respondió suspirando el viejo, y en el idioma que hablaba el extranjero — en la que Grecia te hubiera presentado adversarios dignos de disputarte la victoria; pero no estamos ya en los tiempos en que Milon fue seis veces coronado en los juegos pytios, y en los que Alcibiades, el ateniense, enviaba siete carros á los juegos olímpicos y obtenía cuatro premios. Grecia, con su libertad, ha perdido sus

artes y su fuerza, y Roma, á contar desde Cicerón, nos ha enviado á todos sus hijos para arrebatarnos todas nuestras palmas. ¡Que Júpiter, del que te vanaglorías descender, te proteja, pues, joven! Porque, después del honor de ver alcanzar la victoria por uno de mis conciudadanos, la mayor satisfacción que puedo experimentar es verla favorecer á mi huésped; trae, pues, las coronas de flores, hija mía, mientras llegan las coronas de laurel.

Actea salió y volvió sin tardar, con una corona de mirto y de azafrán para Lucio, otra de apio y yedra para su padre y otra de lirios y rosas para ella; además de éstas, un esclavo trajo otras mayores, las cuales se colgaron del cuello los convidados. Entonces Actea se sentó en el lecho de la derecha, Lucio, en el sitio consular, y el anciano, de pie entre su hija y su huésped, hizo una libación con vino y dirigió una plegaria á los dioses; después se acostó á su vez, diciendo al joven romano:

—Ya ves, hijo mío, que nos hallamos en las condiciones prescriptas, puesto que el número de los invitados, si se ha de creer á uno de nuestros poetas, no debe ser inferior al de las Gracias, ni superior al de las Musas. Esclavos, servid el primer plato.

Trajeron una fuente bien colmada; los servidores estaban prestos á obedecer á la primera indicación; Esporo se echó á los pies de su amo, ofreciéndole sus largos cabellos para enjugarse las manos, y el *scissor* (1) comenzó sus funciones.

Al servirse el segundo plato, y cuando el apetito de los comensales comenzaba á apaciguarse, el anciano fijó la vista en su huésped, y, después de haber mirado un rato, con la benévola expresión de la ancianidad, el hermoso rostro de Lucio, á quien sus cabellos rubios y su barba dorada daban un aspecto extraño, le dijo:

—¿Vienes de Roma?

---

(1) Trinchador.

—Sí, padre, respondió el joven.

—¿Directamente?

—Me he embarcado en el puerto de Ostia.

—¿Continúan velando los dioses sobre el divino emperador y sobre su madre?

—Siempre.

—Y César, ¿preparaba alguna expedición guerrera?

—En estos momentos no hay rebeliones en ningún pueblo, César, señor del mundo, le ha dado la paz, durante la cual florecen las artes; ha cerrado el templo de Jano y ha empuñado la lira para dar gracias á los dioses.

—¿Y no teme que mientras él cante, reinen otros?

—¡Ah!— exclamó Lucio frunciendo el entrecejo: — ¿También en Grecia dicen por lo visto que César es un niño?

—No; pero temen que tarde aún mucho tiempo en llegar á ser hombre.

—Yo creía que se revistió con la túnica viril en los funerales de Británico.

—Británico estaba condenado hacía ya mucho tiempo por Agripina.

—Sí; pero César fue quien le mató, os lo garantizo. ¿No es verdad, Esporo?

El niño levantó la cabeza y sonrió.

—¡Ha asesinado á su hermano!—exclamó Actea.

—Ha dado al hijo la muerte á que la madre le había condenado. ¿No sabes tú, jóven, y si no pregúntaselo á tu padre que parece saber de estas cosas, que Mesalina envió á un soldado para matar á Nerón en su cuna, y que el soldado iba á descargar el golpe, cuando salieron dos serpientes de la cama del niño, haciendo huir al centurión?... No, no, tranquilízate, padre mío; Nerón no es un imbécil como Claudio, un loco como Calígula, un cobarde como Tiberio, ni un histrión como Augusto.

—¡Hijo mío!—exclamó espantado el anciano—observa que estás insultando á unos dioses.



—¡Valientes dioses, por Hércules!—replicó Lucio;—¡valiente dios un Octavio que tenía miedo del calor, del frío y del trueno; que se presentó á las veteranas legiones de César cojeando como Vulcano; valiente dios cuya mano era tan débil que no podía soportar el peso de su pluma; que vivió sin atreverse á ser una vez Emperador, y que murió preguntando si había desempeñado bien su papel! ¡Valiente dios un Tiberio, con su olimpo de Caprea, del que no se atrevía á salir, y en el que permanecía como un pirata en un navío anclado, teniendo á su derecha á Trasibio que dirigía su alma, y á su izquierda á Caricles que gobernaba su cuerpo; que poseyendo un mundo, sobre el que podía extender sus alas como un águila, se retiró en el hueco de una roca como un buho! ¡Valiente dios un Calígula, á quien un brebaje trastornó el cerebro, y que se creyó tan grande como Jerjes porque tendiera un puente entre Puzoles y Baya, y tan poderoso como Júpiter porque imitaba el ruido del trueno haciendo rodar un carro de bronce sobre un puente de acero; que se creía desposado con la Luna, y al que enviaron, mediante veinte estocadas, á consumir su matrimonio en el cielo! ¡Valiente dios un Claudio, al que encontraron tras un tapiz cuando le buscaban sobre un trono; esclavo y juguete de sus cuatro esposas, y que firmó el contrato de matrimonio entre Mesalina, su mujer, con Silio, su liberto! ¡Valiente dios, cuyas rodillas se doblaban á cada paso, cuya boca babeaba á cada palabra y al que le temblaba la cabeza! ¡Valiente dios, que vivió despreciado sin saber hacerse temer, y que murió por haber comido setas cogidas por Haloto, lavadas por Agripina y condimentadas por Locusta! ¡Valientes dioses, por vida mía, y qué papel tan lucido deben hacer en el Olimpo, al lado de Hércules, con su maza, de Cástor, el conductor de carros, y de Apolo, el maestro de la lira!

Siguieron unos instantes de silencio á los bruscos y sacrílegos apóstrofes. Amycles y Actea miraban á su huésped con asombro, y la conversación seguía aún interrumpida, cuando entró un esclavo anunciando á un mensajero de Cneo Léntulo,

el procónsul; preguntó el anciano si el mensajero venía por él ó por su huésped. El esclavo respondió que lo ignoraba, y el lictor fue introducido.

Venía por el extranjero: el procónsul había sabido la llegada de un navío al puerto, estaba enterado de que el dueño de la embarcación tenía intenciones de disputar los premios, y le ordenaba que fuese á inscribir su nombre en el palacio del prefecto, y á declarar á cuál de las tres coronas aspiraba. El anciano y Actea se habían levantado para recibir las órdenes del procónsul; Lucio las escuchó acostado.

Cuando concluyó el lictor, Lucio sacó de su pecho unas tabletas de marfil revestidas de cera, escribió en una de las hojas algunas líneas con un estilete, apoyó debajo el sello de su sortija, y entregó la respuesta al lictor, ordenándole que se la llevase á Léntulo. El lictor, asombrado, vaciló; Lucio hizo un ademán imperativo; el soldado se inclinó y salió. Lucio entonces hizo sonar sus dedos para llamar á un esclavo, presentó su copa, que el copero llenó de vino, bebió una parte á la prosperidad de su anfitrión y de su hija, y dió el resto á Esporo.

—Joven—dijo el anciano interrumpiendo el silencio—te dices romano, y sin embargo, me cuesta trabajo creerlo; si hubieses vivido en la ciudad imperial, hubieras aprendido á obedecer mejor las órdenes de los representantes de César: el procónsul es aquí un amo tan absoluto y tan respetado como Claudio Nerón lo es en Roma.

—¿Te has olvidado de que los dioses, al principio del festín, me han hecho momentáneamente el igual del Emperador, al elegirme por rey de la comida? ¿Y cuándo has visto que un Rey descienda de su trono para acudir á las órdenes de un procónsul?

—¿Así, pues, te has negado á obedecerlas?—preguntó asustada Actea.

—No; pero he escrito á Léntulo que, si tenía curiosidad de saber mi nombre, y el objeto que me ha traído á Corinto,

no tenía más que hacer sino venir él mismo á preguntármelo.

—¿Y crees que va á venir?—exclamó el anciano.

—Indudablemente—respondió Lucio.

—¿Aquí, á mi casa?

—Escucha—dijo Lucio.

—¿Qué sucede?

—Ahí le tienes llamando á la puerta: reconozco el ruido de sus haces. Manda abrir, padre mío, y déjanos solos.

El anciano y su hija se levantaron asombrados, y fueron ellos mismos á abrir; Lucio permaneció acostado.

No se había equivocado: era Léntulo en persona; su frente, cuajada de sudor, indicaba la prisa que se había dado en acudir á la invitación del extranjero; preguntó rápidamente y con alterado acento, dónde se encontraba el noble Lucio, y en cuanto le indicaron la habitación, dejó caer su toga y entró en el triclinio, que se cerró tras de él, y cuya puerta custodiaron inmediatamente los lictores.

Nadie supo lo que sucedió en aquella entrevista. Al cabo de un cuarto de hora salió el Cónsul, y Lucio fue á reunirse con Amycles y Actea en el peristilo donde se estaban paseando; su rostro estaba tranquilo y sonriente.

—Padre mío—le dijo;—la tarde está hermosa; ¿no querrías acompañar á tu huésped hasta la ciudadela, desde donde dicen que se descubre una vista magnífica? Además tengo curiosidad de saber si se han ejecutado las órdenes del César, el cual, cuando supo que iban á celebrarse juegos en Corinto, envió la antigua estatua de Venus, á fin de que fuese propicia á los romanos que vinieran á disputaros las coronas.

—¡Ay, hijo mío! — repuso Amycles; — soy ya demasiado viejo para servir de guía en la montaña; pero aquí está Actea, que es ligera como una ninfa, y que te acompañará.

—Gracias, padre mío; no había pedido tal favor por miedo de que Venus tuviese celos y se vengase en mí, de la belleza de su hija; pero tú me lo brindas, y tendré el valor de aceptarlo.

Actea sonrió ruborizándose, y ante una señal de su padre, corrió á buscar un velo, y volvió cubierta tan castamente como una matrona romana.

—¿Ha hecho mi hermana algún voto—preguntó Lucio—ó bien, sin que yo lo sepa, es acaso sacerdotisa de Minerva, Diana ó Vesta?

—No, hijo mío—replicó el anciano cogiendo al romano por un brazo y llevándole aparte;— pero ya sabes que Corinto es la ciudad de las cortesanas: en memoria de que por su intercesión se salvó la ciudad de la invasión de Jerges, las hemos pintado en un cuadro, como los atenienses los retratos de sus capitanes después de la batalla de Maratón; desde entonces, tememos tanto que nos falten, que las compramos en Bizancio, en las islas del Archipiélago y hasta en Sicilia. Se las reconoce en su rostro y en su seno descubierto. Tranquilízate; Actea no es sacerdotisa de Minerva, Diana ni Vesta; pero teme ser considerada como una adoradora de Venus.— Después, alzando la voz, continuó:— Id, hijos míos, anda hija mía, y desde lo alto de la colina evoca á nuestro huésped, mostrándole los lugares donde se encierran todos los antiguos recuerdos de Grecia: el único bien que le queda al esclavo, y del que sus amos no pueden despojarle, es el recuerdo de los tiempos en que era libre.

Lucio y Actea se pusieron en marcha, y á los pocos instantes el romano y la joven llegaron á la puerta del Norte, y tomaron el camino que conduce á la ciudadela. Aunque al mirarla parecía que se encontraba á quinientos pasos escasos de la ciudad, daba tantas vueltas el camino, que tardaron cerca de una hora en recorrerlo. Dos veces se detuvo Actea: la primera para enseñar á Lucio la tumba de los hijos de Medea; la segunda para hacer notar el sitio en el que Bellorofonte recibió de manos de Minerva el caballo Pegaso; por fin llegaron á la ciudadela, y á la entrada de un templo que se elevaba allí, reconoció Lucio la estatua de Venus cubierta de brillantes armas, teniendo á su derecha la del Amor, y á su izquierda la

del Sol, el primer dios que se adoró en Corinto: Lucio se prosternó y rezó una oración.

Cumplido este acto religioso, los dos jóvenes tomaron un sendero que atravesaba el bosque sagrado y conducía al vértice de la colina. La tarde estaba espléndida, azul el cielo y tranquilo el mar. La corintia marchaba delante, parecida á Venus al conducir á Eneas por el camino de Cartago; y Lucio, que iba detrás, avanzaba á través del aire embalsamado por los perfumes de la cabellera de la joven; ésta se volvía de cuando en cuando, y como al salir de la ciudad se había echado el velo sobre los hombros, el romano devoraba con mirada ardiente aquel rostro encantador, al cual prestaba nueva animación la marcha, y aquel seno que veía palpar al través de la ligera túnica que lo cubría. A medida que subían iba ensanchándose el panorama. Al fin, en el lugar más elevado de la colina, Actea se detuvo bajo una morera, y apoyándose en el árbol para recobrar aliento, dijo á Lucio:

—Hemos llegado; ¿qué decís de esta vista? ¿No vale lo que la de Nápoles?

El romano se acercó á la joven sin responder, apoyó un brazo en una de las ramas del árbol, y en vez de contemplar el paisaje fijó en Actea una mirada tan acariciadora, que la joven se ruborizó y se puso á hablar para ocultar su turbación.

—Mirad hacia el Oriente—dijo;—á pesar de que avanzan las sombras del crepúsculo, se ve la ciudadela de Atenas, semejante á un punto blanco, y el promontorio de Sumio, que se destaca sobre el azul del mar como el hierro de una lanza; más cerca de nosotros, en medio del mar salónico, aquella isla que veis y que tiene forma de herradura, es Salamina, en la que combatió Esquilo y en la que fue derrotado Jerges; abajo, hacia el Sur, en dirección de Corinto, y á doscientos estadios de aquí aproximadamente, podéis ver Nemea y el bosque en el cual mató Hércules al león, cuya piel llevó constantemente como un trofeo de su victoria; más lejos, al pie de aquella

cadena de montañas que limita el horizonte, está Epidauro, lugar grato á Esculapio; y detrás Argos, la patria del rey de los reyes; ¿y no veis hacia el Occidente, anegados en los rayos de oro del sol poniente, más allá de la línea azulada del mar, como unos vapores que flotan en el cielo? Son Samos é Itaca. Y ahora volved la espalda á Corinto y mirad hacia el Norte: ved á nuestra derecha el lugar en que fue expuesto Edipo; á nuestra izquierda Lenetres, donde Epaminondas derrotó á los lacedemonios; y, enfrente de nosotros, Platea, en donde Arístides y Pausanias vencieron á los persas; luego, enmedio y en el extremo de esa cadena de montañas que corre desde Atica hasta Etolia, el Helicon, cubierto de pinos, mirtos y laureles, y el Parnaso con sus dos cumbres blancas por la nieve, entre las que corre la fuente Castalia, que recibió de las musas el dón de dar el espíritu poético á los que beben en sus aguas.

—Sí—dijo Lucio—tu país es la tierra de los grandes recuerdos; lástima es que todos sus hijos no los conserven tan religiosamente como tú, joven; pero consuélate; si Grecia no es ya reina por el poder, continúa siéndolo por la belleza, y esta soberanía es la más dulce y la más poderosa.

Actea se dispuso á recoger su velo; pero Lucio detuvo la mano de la joven. La corintia se estremeció, y, sin embargo, no tuvo fuerzas para retirarla; una especie de nube pasó ante sus ojos, y sintiendo que sus rodillas flaqueaban se apoyó en el tronco de la morera.

Era la deliciosa hora en que ya no es de día, pero tampoco de noche: el crepúsculo, extendido sobre toda la parte oriental del horizonte, cubría el archipiélago; mientras que en el lado opuesto, el mar Jónico, con sus ondas de fuego, y el cielo, con sus nubes de oro, parecían estar separados únicamente por el sol que, semejante á un gran disco incendiado, empezaba á extinguir en el agua su extremidad inferior. Oíase aún el zumbido de la ciudad como el de una colmena; pero todos los rumores del llano y la montaña iban muriendo su-

cesivamente; tan sólo de cuando en cuando repercutía el estridente canto de un pastor, ó el grito de un marinero que llevaba su barca á la playa. Los insectos nocturnos comenzaban á cantar entre la yerba, y las luciérnagas, esparcidas á millares por el aire tibio de la tarde, brillaban como las chispas de un fuego invisible. Sentíase que la Naturaleza, fatigada por los trabajos del día, se entregaba poco á poco al sueño, y que dentro de algunos instantes enmudecería todo para no turbar su reposo voluptuoso.

Los mismos jóvenes, cediendo á aquella impresión religiosa, guardaban silencio, cuando se escuchó hacia la parte del puerto de Lequea un grito tan extraño, que Actea se estremeció. El romano, á su vez, volvió rápidamente la cabeza, y su mirada se dirigió hacia su birreme, que parecía en la playa una concha de oro. Obedeciendo á un sentimiento instintivo de temor, la joven se irguió é hizo un movimiento para tomar el camino de la ciudad; pero Lucio la detuvo: cedió ella sin decir nada, y, como vencida por una fuerza superior, se apoyó de nuevo en el árbol, ó más bien en el brazo con que Lucio, sin que ella lo notara, la había rodeado el talle, y, dejando caer su cabeza hacia atrás, miró al cielo con los ojos entornados y la boca entreabierta. Lucio la contemplaba amorosamente en aquella encantadora posición, y la joven se encontraba sin fuerzas para sustraerse á la ardiente mirada del romano, cuando un segundo grito, más cercano y más terrible, repercutió en la tranquila atmósfera y despertó de su éxtasis á Actea.

—¡Huyamos, Lucio—exclamó la joven, espantada,—huyamos! Alguna fiera vaga por la montaña; huyamos. No tenemos que atravesar más que el bosque sagrado, y estamos en el templo de Venus ó en la ciudadela. Ven, Lucio, ven.

Lucio sonrió.

—¿Puede temer Actea cuando está á mi lado?—dijo.—En cuanto á mí, sé que por Actea desafiaría á todos los monstruos que vencieron Teseo, Hércules y Cadmo.

—¿Perosabes túlo que esese grito?—dijo temblando la joven.

—Sí—respondió Lucio sonriendo,—sí, es el rugido del tigre.  
—¡Júpiter!—exclamó Actea, arrojándose en los brazos del romano.—¡Júpiter, protégenos!

En efecto, un tercer grito, más cercano y más amenazador que los dos primeros, acababa de hendir el espacio; Lucio respondió con un grito bastante parecido. Casi en el mismo instante salió del bosque sagrado una tigre dando saltos, la cual se paró, apoyándose en sus patas posteriores como indecisa ante el camino que había de emprender; Lucio silbó de una manera particular, y la tigre se lanzó al través de mirtos, laureles y arbustos, y se dirigió hacia él, rugiendo de alegría. De repente el romano sintió pesar en su brazo el cuerpo de la corintia, que se desplomaba, desvanecida y muerta de terror.

Cuando Actea volvió en sí se encontró en los brazos de Lucio, y la tigre, echada á los pies de los dos jóvenes, apoyaba cariñosamente en las rodillas de su amo su cabeza terrible, cuyos ojos brillaban como carbunclos. Ante aquel espectáculo, la joven se desasíó de los brazos de su amante, tanto por terror como por vergüenza, mientras alargaba el brazo para recoger su cinturón, que se había desatado y se encontraba á algunos pasos de ella. Lucio vió aquella última tentativa del pudor, y, quitando el collar de oro macizo que rodeaba el cuello de la tigre, y del cual pendía aún un anillo de la cadena que había roto, lo ciñó al delgado y flexible talle de su joven amiga; después, recogiendo el cinturón que había furtivamente desatado, ató una parte de la cinta al cuello de la tigre y puso lo restante en las temblorosas manos de Actea; luego se levantaron ambos y se dirigieron silenciosamente hacia la ciudad; Actea se apoyaba con una mano en un hombro de Lucio, y con la otra conducía, dócil y sujeta, á la tigre que tanto la había aterrizado.

A la entrada de la ciudad, se encontraron al esclavo nubio encargado de vigilar á Febea; la había seguido por los campos, y la perdió de vista en el momento en que el animal, habiendo encontrado las huellas de su amo, se lanzó hacia la ciu-



dadela. Al ver á Lucio, se echó de rodillas, con la cabeza baja, en espera del castigo que creía haber merecido; pero Lucio era demasiado feliz en aquel momento para ser cruel: además, Actea imploró piedad para el servidor juntando sus manos.

—Levántate, Líbico — dijo el romano: — por esta vez te perdono, pero en adelante cuida mejor de Febea: has sido causa de que esta hermosa ninfa se haya asustado tanto que se creyó morir. Vamos, Ariana mía, entregad vuestra tigre á su guardián; yo os engancharé una pareja á un carro de oro y marfil, y os mostraré en medio de un pueblo que os adorará como una diosa... Está bien, Febea, está bien. Adiós...

Pero la tigre no quiso irse de aquella manera: se paró ante Lucio, se enderezó y poniendo sus dos patas en los hombros de su amo, le lamió exhalando rugidos de cariño.

—Sí, sí — dijo Lucio en voz baja; sí, eres un noble animal; y cuando estemos de vuelta en Roma, te entregaré como recompensa una hermosa esclava cristiana con sus dos hijos. Anda, Febea, anda.

La tigre obedeció como si comprendiera aquella sangrienta promesa, y siguió á Líbico, no sin volverse veinte veces aún hacia su amo; y solo cuando éste desapareció con la pálida y agitada Actea, tras la puerta de la ciudad, se decidió á volver, sin oposición, á la jaula dorada, en la que habitaba á bordo del navío.

En el vestíbulo de casa de Amycles, encontró Lucio al esclavo cubiculario, que le esperaba para conducirle á su cuarto. El joven romano estrechó la mano de Actea, y siguió al esclavo, que le precedía con una lámpara. En cuanto á la hermosa corintia, se dirigió, según su costumbre, á besar la frente del anciano, el cual, al verla tan pálida y agitada, le preguntó la causa de su turbación.

Entonces Actea refirió el espanto que Febea la había ocasionado y la obediencia de tan terrible animal ante la menor señal de Lucio.

El anciano se quedó un momento pensativo, y después exclamó con inquietud:

—¡Qué hombre es ese que juega con los tigres, ordena á los procónsules y blasfema de los dioses!

Actea acercó sus labios fríos y pálidos á la frente de su padre; pero apenas se atrevió á rozar los cabellos blancos del anciano: se retiró á su habitación, y, completamente turbada, sin saber si lo que había pasado era un sueño ó una realidad, se tocó el cuerpo para convencerse de que estaba bien despierta. Tocaron entonces sus manos el collar de oro que había reemplazado á sus cinturón virginal, y, aproximándolo á la lámpara, leyó en el collar estas palabras, que tan directamente respondían á su pensamiento:

*Pertenezco á Lucio.*



### III

La noche transcurrió en sacrificios: los templos fueron ornados con guirnaldas como para las grandes fiestas de la patria; y en cuanto terminaron las ceremonias sagradas, la multitud, aun cuando todavía no era la una de la mañana, se precipitó hacia el gimnasio, pues tan grande era el deseo de volver á contemplar los juegos que recordaban los antiguos y hermosos días de Grecia.

Amycles era uno de los ocho jueces elegidos, y como en calidad de tal tenía puesto reservado enfrente del procónsul romano, no llegó sino hasta el momento preciso de comenzar los juegos. Encontró en la puerta á Ésporo, que iba á reunirse con su amo, y á quien los guardas negaban la entrada, porque, á causa de sus delicadas manos, indolente andar, le tomaban por una mujer. Ahora bien: una antigua ley puesta en vigor ordenaba á ser arrojada desde una roca á toda mujer que asistiera á los ejercicios de las carreras y de la lucha, en donde

los atletas combatían desnudos. El anciano respondió de Esporo, el cual pudo por fin reunirse con su amo.

El gimnasio parecía una colmena: los que llegaron primero ocupaban las graderías pegados unos á otros, y los demás llenaban todos los otros lugares. Los vomitorios parecían cerrados por una muralla de cabezas; la cornisa del edificio estaba cuajada de espectadores, que se mantenían de pie, sosteniéndose los unos á los otros, y cuyos únicos puntos de apoyo eran, de trecho en trecho, los dorados postes en los que se sujetaba el velario: y, sin embargo, eran muchos los que aún zumbaban como abejas á las puertas de aquel inmenso navío en el que acababa de desaparecer, no solamente la población de Corinto, sino también los diputados del mundo entero que acudían á esas fiestas. En cuanto á las mujeres, se las veía á lo lejos en las puertas y sobre las murallas de la ciudad, en donde esperaban que fuese proclamado el nombre del vencedor.

En cuanto tomó asiento Amycles, y como el número de los jueces estaba ya completo, el procónsul se levantó y declaró abiertos los juegos, en nombre del Cesar Nerón, Emperador de Roma y señor del mundo. Tales palabras fueron acogidas con grandes aplausos y aclamaciones, y todas las miradas se dirigieron hacia el pórtico donde esperaban los luchadores. Entraron siete jóvenes y avanzaron hacia la tribuna del procónsul. Unicamente dos de ellos eran corintios, y entre los otros cinco había un tebano, un siracusano, un sibarita y dos romanos.

Los dos corintios eran hermanos gemelos; avanzaron con los brazos enlazados, vestidos con túnicas análogas, y tan parecidos uno á otro en estatura, rostro y continente, que todo el circo aplaudió ante aquellos dos menachmos. El tebano era un pastor joven, que una vez, mientras guardaba sus rebaños, vió bajar un oso, y que, sin armas ante tan terrible contrincante, le salió al encuentro y le ahogó en una lucha cuerpo á cuerpo. En recuerdo de tal victoria se había echado en los

hombros la piel del animal vencido, cuya cabeza, sirviendo de casco al vencedor, encuadraba, con sus blancos dientes, el rostro de aquél, tostado por el sol. El siracusano había dado de su fuerza una prueba no menos extraordinaria. Un día que sus compañeros hacían un sacrificio á Júpiter, el toro, mal herido por el sacrificador, se lanzó en medio de la multitud, con su corona de flores y adornos de cintas, y había ya aplastado bajo sus pezuñas á varias personas, cuando el siracusano le cogió por los cuernos, y zarandeándole le arrojó al suelo y le mantuvo en tierra como á un atleta vencido, hasta el momento en que un soldado hundió su espada en la garganta del animal. Por último, el joven sibarita, que ignoró él mismo su fuerza durante mucho tiempo, se dió cuenta de ella de una manera no menos fortuita. Acostado con sus amigos en lechos de púrpura alrededor de una mesa suntuosa, oyó de repente gritos: un carro, arrastrado por caballos desbocados, iba á estrellarse contra el primer obstáculo; en aquel carro iba su amada: saltó por la ventana y cogió el carro por la trasera; los caballos se detuvieron bruscamente, se encabitaron y uno de ellos cayó al suelo; el joven recibió en sus brazos á su amada, desvanecida, pero sin herida alguna. En cuanto á los dos romanos, uno era un atleta de profesión, reconocido por sus grandes triunfos; el otro era Lucio.

Los jueces pusieron siete papeletas en una urna, dos de ellas con la letra A, dos con la B, dos con la C, y la última con la D. La suerte debía, pues, constituir tres parejas y dejar un séptimo atleta para combatir con los vencedores. El procónsul mezcló por sí mismo las papeletas, avanzaron después los siete combatientes, tomaron cada cual una y la depositaron en manos del presidente de los juegos; abriólas éste y las aparejó. Quiso el azar que los dos corintios tuvieran cada uno una A, el tebano y el siracusano una B, el sibarita y el atleta las dos C, y Lucio la D.

Los atletas, ignorando aún en qué orden les había designado la suerte para combatir, se desnudaron, á excepción de

Lucio, quien como era el último que había de entrar en juego, permaneció envuelto en su manto. El procónsul llamó á los dos A; inmediatamente salieron del pórtico los dos hermanos, y se encontraron frente á frente; la sorpresa les arrancó un grito, al cual respondió la Asamblea con un murmullo de asombro; después, permanecieron un instante inmóviles y vacilantes. Pero este momento no duró más que el resplandor de un relámpago, porque al punto se arrojaron en brazos uno de otro; en todo el anfiteatro estalló un aplauso unánime, y, en medio del ruidoso homenaje tributado al amor fraternal, los dos hermosos jóvenes se retiraron sonriendo para dejar el campo libre á sus rivales, y, semejantes á Cástor y Pólux, cogidos del brazo, se convirtieron de actores en espectadores.

Los que debían figurar en segundo término, pasaron, por consiguiente, á ocupar el primero, y el tebano y el siracusano avanzaron á su vez; el vencedor de osos y el domador de toros se midieron con la mirada, y después se abalanzaron uno sobre otro. Por un instante, sus dos cuerpos reunidos y como incrustados mutuamente, ofrecieron el aspecto de un tronco nudoso é informe, caprichosamente modelado por la Naturaleza, que de repente rodó desarraigado como por un rayo. Durante algunos segundos no se pudo distinguir nada á causa del polvo, y todas las probabilidades de triunfo parecían equilibradas, pues tan pronto estaba uno encima, como otro; por fin el tebano concluyó por mantener su rodilla sobre el pecho del siracusano, y rodeándole la garganta con ambas manos como con un dogal de hierro, le apretó con tal violencia, que su contrincante se vió obligado á levantar la mano, en señal de que se daba por vencido. Unánimes aplausos, que demostraban el entusiasmo con que los griegos asistían al espectáculo, saludaron el desenlace de aquel primer combate; y en medio de aquellas manifestaciones de entusiasmo, tres veces repetidas, fue el vencedor á colocarse bajo la tribuna del procónsul, mientras su antagonista, humillado, volvió al pórtico, del que

salió en seguida la última pareja de combatientes, que se componía del sibarita y del atleta.

Constituía un espectáculo curioso ver, cuando se hubieron despojado de sus trajes, y mientras los esclavos les frotaban con aceite, aquellos dos hombres de naturaleza tan opuesta y que ofrecían los dos tipos más hermosos de la antigüedad, el de Hércules y el de Antinóo: el atleta, con sus cabellos cortos y sus miembros morenos y musculosos; el sibarita, con sus largos rizos ondulantes, y su cuerpo blanco y redondeado. Los griegos, esos entusiastas adoradores de la belleza física, esos religiosos sectarios de la forma, esos maestros en toda perfección, dejaron oír un murmullo de admiración que hizo volver la cabeza al mismo tiempo á los dos adversarios. Sus miradas llenas de orgullo se cruzaron como dos rayos, y sin esperar ninguno de los dos á que se terminase por completo la operación preparatoria, se arrancaron de las manos de sus esclavos y avanzaron á encontrarse.

Cuando se hallaron á tres ó cuatro pasos de distancia se miraron nuevamente con atención, y cada cual sin duda encontró en su adversario un rival digno de él, porque en los ojos del uno asomó la expresión de la desconfianza, y en los del otro la de la astucia. Por fin, con un movimiento espontáneo y semejante, se cogieron por los brazos, apoyaron sus frentes una contra otra, y, parecidos á dos toros que pelean, probaron sus primeras fuerzas intentando hacer recular el uno al otro. Pero los dos permanecieron firmes é inmóviles en su puesto, semejantes á dos estatuas cuya vida no se indicase más que por la hinchazón progresiva de los músculos, que parecían próximos á estallar. Después de un minuto de inmovilidad, ambos se echaron hacia atrás, sacudiendo sus cabezas inundadas de sudor y respirando con fuerza como nadadores que vuelven á la superficie después de bucear.

Aquel momento de intervalo fue breve; los dos contrincantes vinieron de nuevo á las manos, y aquella vez se cogieron por el cuerpo; pero, fuese por ignorancia de aquel género de

lucha, fuese por convicción de su fuerza, el sibarita dió ventaja á su adversario dejándose coger bajo los brazos; el atleta le levantó al punto y le hizo perder tierra. Sin embargo, vencido por el peso, dió tres pasos hacia atrás tambaleándose, y, ante aquel movimiento, el sibarita, que había logrado afianzarse en el suelo, recobró todas sus fuerzas, y el atleta, ya quebrantado, cayó debajo; pero apenas se le vió tocar la tierra, se irguió con una fuerza y agilidad sobrenaturales, de suerte que el sibarita se levantó el segundo.

Como no había ni vencedor ni vencido, los dos adversarios renovaron el combate con nuevo encarnizamiento y en medio de un profundo silencio. Se hubiera dicho que los treinta mil espectadores eran de piedra, como las graderías en que estaban sentados. Unicamente de cuando en cuando, cuando la fortuna favorecía á uno de los luchadores, se escuchaba un murmullo sordo y rápido que se escapaba de los pechos, y un ligero movimiento hacía ondular toda aquella muchedumbre, como las espigas ante una ráfaga de aire. Por fin, los luchadores perdieron pie y rodaron por la arena por segunda vez; pero en esta ocasión el atleta quedó encima: y sin embargo, no hubiera constituido esto sino una débil ventaja, á no haber unido á su fuerza todos los recursos de su arte. Merced á ellos, mantuvo al sibarita en la posición de la que él se librara prontamente. Como una serpiente que paraliza y ahoga á su presa antes de devorarla, entrelazó con sus piernas y sus brazos las piernas y los brazos de su adversario con tal habilidad, que consiguió inutilizar todos sus movimientos; y entonces, apoyando frente contra frente, le obligó á tocar la tierra con la nuca, lo que equivalía para los jueces á la confesión de la derrota. Oyéronse entusiastas aplausos y aclamaciones; pero, aunque vencido en realidad, el sibarita pudo adjudicarse parte de tales demostraciones. Su derrota estuvo tan cerca de la victoria, que á nadie se le ocurrió denigrarle; así, pues, se retiró lentamente al pórtico, sin humillación ni vergüenza, habiendo perdido la corona, pero nada más.

Quedaban, pues, dos vencedores y Lucio, que no habiendo combatido, debía luchar contra los dos. Las miradas se dirigieron hacia el romano, que, tranquilo é impassible durante los combates precedentes, los siguió con la mirada, apoyado en una columna y envuelto en su manto. Entonces fue únicamente cuando se fijaron en su aspecto suave y afeminado, en sus largos cabellos rubios y en su ligera barba dorada, que apenas le cubría la barbilla. Todos se sonrieron al ver aquel débil adversario que venía con tanta imprudencia á disputar la palma al vigoroso tebano y al hábil atleta. Lucio se dió cuenta de aquel sentimiento general en el murmullo que corría por toda la asamblea, y sin inquietarse ni dignarse responder, dió algunos pasos y dejó caer su manto. Se vió entonces que los soportes de aquella cabeza apoliniana eran un cuello vigoroso y unos hombros robustos; y, cosa más extraña aún, todo aquel cuerpo blanco, cuya piel hubiera avergonzado á una joven de Circasia, estaba salpicado de manchas oscuras parecidas á las que cubren la piel de la pantera. El tebano miró negligentemente aquel nuevo enemigo; pero el atleta, visiblemente asombrado, dió algunos pasos hacia atrás. En aquel momento, Esporo apareció y vertió sobre los hombros de su amo un frasco de aceite perfumado, que le extendió por todo el cuerpo con un pedazo de púrpura. El tebano, que era el que quería luchar primero, dió algunos pasos hacia Lucio, expresando su impaciencia ante la duración de aquellos preparativos; pero Lucio extendió la mano con aire de mando para indicar que no estaba preparado, y en seguida se oyó la voz del procónsul que pronunció la palabra *espera*. Sin embargo, el joven romano estaba ya cubierto de aceite y no le quedaba más que rodar por la arena del circo, como era costumbre hacerlo; pero en lugar de esto puso una rodilla en tierra, y Esporo le vació en los hombros un saco lleno de arena recogida en las orillas del Crisorroas, y á la que estaban mezcladas partículas de oro. Una vez terminada esta última operación, Lucio se levantó y abrió los brazos en señal de que estaba presto á luchar.



El tebano se adelantó lleno de confianza, y Lucio le esperó con tranquilidad; pero apenas sintió en sus hombros las rudas manos de su adversario relampaguearon sus ojos de una manera terrible, y lanzó un grito semejante á un rugido. Al mismo tiempo se dejó caer sobre una rodilla, y rodeó con sus robustos brazos el talle del pastor; después, enlazando sus manos tras la espalda de su adversario, le apretó el vientre contra su pecho, y de repente se levantó llevando al coloso entre sus brazos. Esta acción fue tan rápida y tan hábilmente ejecutada, que el tebano no tuvo ni tiempo ni fuerza para oponerse á ella, y se encontró alzado del suelo, sobrepasando con su cabeza la cabeza de su adversario, y agitando el aire con sus brazos, que no encontraban nada que coger. Entonces los griegos vieron reproducirse la lucha de Hércules y Anteo: el tebano apoyó sus manos en los hombros de Lucio, y enderezándose con todas sus fuerzas trató de romper la terrible cadena que le sofocaba, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; en vano rodeó á su vez los riñones de su adversario con sus dos piernas como una doble serpiente; esta vez el reptil fue martirizado por Laocon: cuanto más redoblaban los esfuerzos del tebano, más parecía apretarse el lazo con que Lucio le sujetaba; é inmóvil en el mismo sitio, sin un solo movimiento aparente, con la cabeza entre los pectorales de su enemigo, como para escuchar su respiración sofocada, apretando cada vez más, como si su fuerza creciente debiera llegar á un grado sobrehumano, permaneció así varios minutos, durante los cuales se vió al tebano ofrecer los signos visibles y sucesivos de la agonía. Un sudor mortal empezó á correr de su frente sobre todo el cuerpo, lavando el polvo que le cubría; después su rostro se puso amoratado, su respiración se hizo jadeante, sus piernas se separaron del cuerpo de su adversario, sus brazos y su cabeza cayeron hacia atrás, y, por último, una oleada de sangre brotó impetuosamente de su nariz y de su boca. Entonces Lucio abrió los brazos, y el tebano, desvanecido, cayó á sus pies como una masa inerte.

E. M.—*Mayo 1901.*

Ninguna exclamación de entusiasmo, ningún aplauso acogió á aquella victoria; la multitud, angustiada, permaneció muda y silenciosa. Sin embargo, nada había que objetar: todo se había verificado con arreglo á las leyes de la lucha, no se había dado ningún golpe, y Lucio había vencido lealmente á su adversario. Pero, aunque no se manifestase en aclamaciones, no por eso era menor el interés con que los asistentes seguían aquel espectáculo. Así fue que cuando los esclavos se hubieron llevado al vencido, que no había recobrado el conocimiento, las miradas se dirigieron enseguida al atleta, que por la fuerza y la habilidad que había mostrado en el combate precedente, prometía á Lucio un adversario temible. Pero la espectación general fue extrañamente burlada, porque en el momento en que Lucio se preparaba para una segunda lucha, el atleta se adelantó hacia él en actitud respetuosa, é hincando una rodilla en tierra levantó la mano en señal de que se declaraba vencido. Lucio no pareció mostrar ningún asombro ante aquella acción y tal homenaje; porque, sin tender la mano al atleta, sin alzarle, dirigió en torno suyo una mirada circular como para preguntar á la multitud si había entre ella alguien que se atreviese á disputarle la victoria. Pero nadie hizo un gesto, nadie pronunció una palabra, y en medio del más profundo silencio avanzó Lucio hacia el estrado del procónsul, el cual le entregó la corona. Unicamente en aquel momento estallaron algunos aplausos; pero se reconoció con facilidad que los que daban tal muestra de aprobación eran los marineros del navío en que llegara Lucio.

Y sin embargo, el sentimiento que dominaba á la multitud no era desfavorable para el joven romano; era como un terror supersticioso que se esparciera por la asamblea. Aquella fuerza sobrenatural, unida á tanta gallardía, recordaba los prodigios de los tiempos heroicos; los nombres de Teseo, de Piritos, estaban en todos los labios; y sin que nadie hubiera comunicado su pensamiento, todos estaban dispuestos á creer en la presencia de un semidiós. Aquel homenaje público, aquella

confesión anticipada de su derrota, aquella sumisión del esclavo ante el amo, contribuían á robustecer tal pensamiento. Así, cuando el vencedor salió del circo, apoyándose con una mano en el brazo de Amycles y con la otra en el hombro de Esporo, toda aquella multitud le siguió hasta la puerta de la casa, curiosa, apresurada, pero al mismo tiempo tan silenciosa y temerosa, que se la hubiera tomado, en realidad, más bien por una comitiva fúnebre que por un cortejo triunfal.

En las puertas de la ciudad, las muchachas y las mujeres que no habían podido asistir al combate esperaban al vencedor con ramas de laurel en la mano. Lucio buscó con la mirada á Actea entre sus compañeras; pero fuese vergüenza, fuese temor, Actea no estaba, y la buscó en vano. Entonces redobló el paso, esperando que la joven corintia le aguardaría en el umbral de la puerta que le franqueara la víspera; atravesó la plaza que cruzó con ella, tomó la calle por la que ella le había conducido; pero ninguna corona, ninguna guirnalda adornaban la puerta hospitalaria. Lucio franqueó rápidamente el umbral y se lanzó al vestíbulo, dejando muy atrás al anciano; el vestíbulo estaba desierto, pero por la puerta que daba al jardín vió á la joven de rodillas ante una estatua de Diana, tan blanca é inmóvil como el mármol que abrazaba; entonces se adelantó sin hacer ruido y le puso en la cabeza la corona que acababa de alcanzar. Actea dió un grito, se volvió rápidamente hacia Lucio, y la mirada ardiente y orgullosa del joven romano anunciáronla, mejor aún que la corona que rodó á sus pies, que su huésped había alcanzado la primera de las tres palmas que venía á disputar en Grecia.

#### IV

Al día siguiente, desde la mañana, todo era fiesta en Corinto. Las carreras de carros, sin ser los juegos más antiguos, eran los más solemnes; se celebraban en presencia de las imá-

genes de los dioses, y reunidas durante la noche en el templo de Júpiter, que se elevaba cerca de la puerta Lequea, es decir, hacia la parte oriental de la ciudad, las estatuas sagradas debían atravesar la ciudad en toda su longitud, para llegar al circo que se elevaba en la vertiente opuesta, á la vista del puerto de Crissa. A las diez de la mañana, es decir, hacia la cuarta hora del día, según la división romana, la comitiva se puso en marcha. El Procónsul Léntulo iba el primero, subido en un carro y con las vestiduras de triunfador; detrás de él marchaba una compañía de jóvenes de catorce á quince años, hijos todos de caballeros, montados en magníficos caballos adornados con mantas de escarlata y oro; luego, detrás de los jóvenes, los aspirantes al premio del día; y á la cabeza, como vencedor de la víspera, vestido con verde túnica, Lucio, en un carro de oro y marfil, conduciendo con moradas riendas una magnífica cuadriga blanca. En la cabeza del romano, en lugar de la corona alcanzada en la lucha, brillaba un radiante círculo semejante á aquel con que los pintores ciñen la frente del sol, y para tener aún más parecido con ese dios, su barba estaba espolvoreada de oro. Detrás de Lucio iba un joven griego, de Tesalia, altivo y arrogante como Aquiles, vestido con una túnica amarilla y conduciendo un carro de bronce, arrastrado por cuatro caballos negros. Los dos últimos conductores eran un ateniense que pretendía descender de Alcibiades, y un sirio, de rostro tostado por el sol. El primero llevaba una túnica azul, y dejaba flotar al viento sus cabellos negros y perfumados; el segundo vestía una especie de bata blanca, sujeta al talle por un cinturón persa, y, como los hijos de Ismael, ceñía su cabeza un turbante blanco, tan brillante como la nieve que luce en la cima del Sinaí.

Venían después, precediendo las estatuas de los dioses, unos cuantos arpistas y flautistas, disfrazados de sátiros y silenos, entre los cuales marchaban mezclados los ministros subalternos del culto de los doce dioses principales, llevando pebetesos llenos de perfumes, y cazoletas de oro y plata, en las

que humeaban los aromas más exquisitos; por último, en literas cerradas iban las imágenes divinas, echadas unas y erguidas otras, conducidas por magníficos caballos y escoltadas por caballeros y patricios. El cortejo, que debía atravesar la ciudad en casi toda su longitud, desfilaba entre las dos filas de casas, ornadas con estatuas ó colgaduras. Cuando llegó ante la puerta de Amycles, Lucio se volvió para buscar á Actea; y, bajo uno de los paños del velo de púrpura extendido delante de la fachada de la casa, vió, ruborizado y tímido, el rostro de la joven adornada con la corona que la víspera dejara él rodar á los pies de la hermosa. Actea, viéndose sorprendida, dejó caer el velo, pero oyó la voz del joven romano que decía: —Sal á recibirme á mi regreso, ¡oh, hermosa Actea!, y trocaré tu corona de laurel por una corona de oro.

A eso del medio día llegó el cortejo á la entrada del circo. Era éste un inmenso edificio de dos mil pies de largo por ochocientos de ancho. Se elevaban en él altares, templetos y pedestales para recibir á los dioses; en uno de los extremos estaban las *carceres* ó cuadras, y en el otro las graderías; la carrera consistía en dar siete veces la vuelta á la pista.

Los aurigas, como ya se ha visto, se habían puesto las libreas de las diferentes facciones que, en aquel momento, dividían á Roma, y como se habían cruzado de antemano importantes apuestas, los jugadores adoptaron los colores de los *agitadores*, que, por su buen aspecto, la raza de sus caballos ó sus tiempos pasados, les inspiraban mayor confianza. Las gradas del circo estaban, pues, cuajadas de espectadores, que, al entusiasmo que les inspiraba de ordinario aquella clase de juegos, unían además el interés personal que tenían por sus favoritos. Las mujeres mismas habían adoptado sus partidos respectivos, y se las reconocía en sus cinturones y en sus velos, correspondientes á los colores que llevaban los cuatro corredores. Así, que cuando se oyó aproximarse á la comitiva, un movimiento extraño, como producido por una corriente eléctrica, agitó á aquel mar humano, cuyas cabezas parecían olas ani-

madas y ondulantes; y en cuanto las puertas se abrieron, una nueva oleada se precipitó para llenar los puestos vacíos. La cuarta parte de los curiosos que acompañaban al cortejo, se quedó sin poder entrar, y los que fueron rechazados por la guardia del procónsul se apresuraron á escalar los puntos elevados, desde los que se dominaba el circo, subiéndose unos á los árboles, y encaramándose otros á las murallas y á los terrados de las casas próximas.

En cuanto todos hubieron ocupado sus puestos, se abrió la puerta principal y apareció Léntulo á la entrada del circo; el profundo silencio de la curiosidad sucedió á la ruidosa agitación de la espera. Fuera por confianza en Lucio, el vencedor de la víspera, fuese por adulación al divino Emperador Claudio Nerón, que protegía en Roma á la facción verde, á la cual hacía gala de pertenecer, el procónsul, en lugar de la túnica de púrpura, la llevaba del color del soberano. Dió lentamente la vuelta al circo, llevando en pos de sí las imágenes de los dioses, precedidas siempre por los músicos, que no cesaron de tocar hasta que aquellas fueron depositadas en sus *pulvinarias* ó colocadas en sus pedestales. Entonces Léntulo dió la señal, echando en medio del circo un trozo de lana blanca. Inmediatamente un heraldo, montado en un caballo en pelo y sin freno, y vestido de Mercurio, salió á la arena, y sin apearse del caballo, cogió el pedazo de lana con una de las alas de su caduceo, dió al galope una vuelta á la pista, agitando el trofeo como un estandarte, y dirigiéndose á las carceres arrojó la señal, y el caduceo por encima de los muros, tras los cuales esperaban los carros. En seguida se abrieron las puertas y aparecieron los cuatro concurrentes.

Inmediatamente se echaron sus nombres en una cesta, porque la suerte debía designar los puestos, á fin de que los más alejados de la cuerda no se pudiesen quejar sino del azar, que les obligaba á recorrer un círculo mayor. El orden en que fueran saliendo los nombres indicaba á cada uno el puesto que debía ocupar.

El procónsul procedió al sorteo de los nombres, y el primero que salió fue el del sirio de blanco turbante, el cual se dirigió al punto á ocupar su sitio, que era el más favorable. El segundo fue el del ateniense de túnica azul; el tercero, el del tesaliano vestido de amarillo; y por fin, el último fue el de Lucio, á quien la fortuna había designado el lugar peor, como si estuviese celosa de su victoria de la víspera. Una vez colocados en sus puestos los cuatro contrincantes, acudieron los esclavos á trenzar las crines de los caballos con cintas del color de la librea de su amo, y agitaron unas banderolas ante los ojos de los nobles brutos para excitarles, mientras que los alineadores tendían una cadena sujeta á dos anillas, con objeto de que los cuatro cuadrigas se colocaran en una línea exactamente paralela.

Hubo entonces un instante de bulliciosa exaltación; las apuestas redoblaron, y se cruzaron ofertas y demandas; de repente resonó una trompeta, é inmediatamente se callaron todos; los espectadores que estaban de pie se sentaron, y aquel mar, tan agitado y tumultuoso hacía un momento, serenó su superficie y tomó el aspecto de una pradera en declive esmaltada de mil colores. Con la última nota de la trompeta cayó la cadena, y los cuatro carros partieron, arrastrados por toda la velocidad de sus caballos.

Transcurrieron dos vueltas, durante las cuales los adversarios conservaron aproximadamente sus puestos respectivos; sin embargo, las cualidades de los caballos comenzaron á mostrarse á los ojos de los conocedores. El sirio refrenaba con trabajo á sus corceles de robusto cuello y remos finos, habituados á las correrías del desierto, y que, á fuerza de arte y de paciencia fueron sometidos al yugo; y se comprendía que, cuando les soltara las riendas, saldrían como el simún, al que á menudo habían ganado en velocidad en las llanuras arenosas que se extienden al pie de los montes de Judá. El ateniense hizo venir á sus caballos de Tracia; pero voluptuoso y altivo como el héroe del que se vanagloriaba descender, dejó á sus

esclavos el cuidado de domar á los animales, y se preveía que, guiados por una mano y excitados por una voz que les eran desconocidas, le secundarían mal en el momento supremo. El tesaliano, por el contrario, parecía ser el alma de sus corceles de Elida, á los que cuidara por sí mismo y á los que había ejercitado cien veces en los mismos lugares en que Aquiles acostumbró á los suyos. En cuanto á Lucio, parecía haber encontrado la raza de aquellos caballos de la Mesia de que habla Virgilio, y cuyas madres eran fecundadas por el viento; porque aun cuando era el que había de recorrer mayor espacio, sin ningún esfuerzo, sin refrenarlos ni excitarlos, abandonándolos á un galope que parecía ser su marcha ordinaria, mantenía su puesto, y hasta había ganado más bien que perdido.

A la tercer vuelta, las ventajas reales ó ficticias eran más ostensibles: el ateniense había ganado sobre el tesaliano, que marchara á la cabeza, la distancia de dos lanzas; el sirio, conteniendo con todas sus fuerzas á sus caballos árabes, se había dejado adelantar, seguro de recobrar la ventaja; Lucio, tranquilo y sereno como el dios del que parecía ser la estatua, iba como si asistiese á una lucha ajena, y en la que no tuviera ningún interés particular; su rostro sonreía, y su actitud se dibujaba según las más rigurosas reglas de la elegancia mímica.

A la cuarta vuelta, un incidente apartó la atención de los tres corredores para fijarla con especialidad en Lucio: su látigo, que estaba hecho de una tira de piel de rinoceronte, incrustada de oro, se escapó de su mano y cayó al suelo; en seguida Lucio detuvo tranquilamente su cuadriga, saltó á la arena, recogió el látigo que se le hubiera podido tomar por un instrumento inútil, y cuando volvió á subir al carro, se encontró distanciado unos treinta pasos de sus adversarios. Por breve que hubiera sido aquel instante, fue un golpe terrible para los intereses y las esperanzas del partido verde; pero su temor desapareció como un relámpago: Lucio se inclinó hacia sus caballos, y sin servirse del látigo, sin animarles con el gesto, se contentó con hacer oír un silbido particular; inme-



diatamente partieron como si tuvieran las alas de Pegaso, y antes de que se hubiese terminado la cuarta vuelta, Lucio, entre aplausos y aclamaciones, recobró su puesto acostumbrado.

A la quinta vuelta, el ateniense no era ya dueño de sus caballos, lanzados á toda velocidad; había dejado muy atrás á sus rivales; pero aquella ventaja ficticia no engañaba á nadie, ni podía engañarle á él mismo: así se le veía volverse con inquietud á cada momento, y entregándose á los recursos de su posición, en vez de tratar de refrenar á sus caballos ya fatigados, les excitaba aún más con su látigo de triple tralla, llamándoles por sus nombres, y esperando que, antes de que estuviesen rendidos, habría ganado bastante terreno para no poder ser alcanzado por sus contrincantes; por lo demás, se daba tan perfecta cuenta del escaso poder que ejercía sobre su tiro, que aun cuando hubiera podido acercarse á la cuerda y disminuir por consiguiente el espacio que tenía que recorrer, no lo intentó por miedo de perder la pista, y continuó manteniéndose en el mismo puesto que la suerte le había designado al arrancar.

Faltaban únicamente dos vueltas, y en la agitación de los espectadores y combatientes se notaba que se aproximaba el desenlace. Los postores azules, que representaba el ateniense, estaban visiblemente inquietos por su victoria momentánea, y le gritaban que moderase sus caballos, pero éstos, tomando aquellos gritos por signos de excitación, redoblaban su velocidad, y espumosos de sudor, indicaban que no tardarían en agotar el resto de sus fuerzas.

En este momento fue cuando el sirio soltó las riendas á sus corceles, y los hijos del desierto, abandonados á sí mismos, comenzaron á tragarse el espacio. El tesaliano permaneció un instante asombrado ante aquella velocidad, pero en seguida animó á sus fieles compañeros, y se lanzó á su vez como arrastrado por un torbellino. En cuanto á Lucio, se limitó á dejar oír el silbido, con el que ya había excitado á los suyos, y sin

que pareciese que hubieran desplegado todo su poder, conservó la distancia.

Sin embargo, el ateniense, que vió venir sobre él como una tempestad á los dos rivales que la suerte había colocado á su izquierda y derecha, comprendió que estaba perdido si dejaba entre la cuerda y él el espacio de un carro, y en consecuencia, se acercó á aquella bastante á tiempo para evitar que pasase el sirio; éste entonces dirigió sus caballos á la derecha, tratando de pasar entre el ateniense y el tesaliano, pero el espacio era demasiado estrecho. Con una rápida ojeada vió que el carro del tesaliano era más ligero y menos sólido que el suyo, y tomando al instante un partido, guió oblicuamente hacia él, y juntando rueda con rueda, quebró el eje y derribó en la arena á carro y cochero.

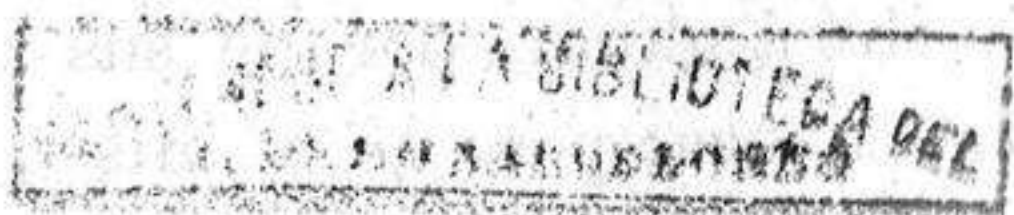
Por hábilmente que fuera ejecutada la maniobra, por rápido que hubiera sido el choque, el sirio se vió momentáneamente retrasado; pero recobró en seguida la ventaja, y el ateniense vió llegar casi al mismo tiempo que él, en la sexta vuelta, á los dos rivales, á quienes durante tanto tiempo llevó ventaja. Antes de llegar á la sexta parte de esta última revolución, se vió alcanzado y dejado atrás casi en seguida. La cuestión quedó entablada desde entonces entre el cochero blanco y el cochero verde, entre el árabe y el romano.

Contemplóse entonces un magnífico espectáculo: la carrera de aquellos ocho caballos era tan rápida y tan igual, que se hubiera podido creer que iban enganchados juntos; una nube de polvo les envolvía como un huracán, y así como se oye el ruido del trueno y se ve el resplandor del relámpago, de la misma manera se oía el ruido de las ruedas, y parecía verse, en medio del torbellino, la llama que despedían los caballos. Todos los espectadores se habían puesto de pie, los jugadores agitaban los velos y los mantos verdes y blancos, y los mismos que habían perdido al apostar por los colores azul y amarillo del tesaliano y del hijo de Atenas, olvidaban su reciente derrota y excitaban á los dos campeones con sus gritos y sus

aplausos. Por fin pareció que el sirio iba á ganar, porque sus caballos alcanzaron la ventaja de una cabeza; pero en el mismo instante, y como si no hubiese esperado más que aquello, Lucio, con un solo latigazo, trazó una sangrienta línea sobre los lomos de sus caballos; los nobles brutos relincharon de asombro y de dolor; después, con igual impulso, lanzándose como el águila, como la flecha, como el rayo, pasaron al sirio vencido, realizaron la carrera exigida, y dejándole más de cincuenta pasos atrás, se detuvieron en la meta.

Inmediatamente repercutió en los aires un grito de admiración que llegó hasta el frenesí. Aquel joven romano desconocido, vencedor en la lucha del día anterior, vencedor en las carreras de hoy, era Teseo, era Cástor, era Apolo quizás, que una vez más volvía á la tierra: de todos modos estaba fuera de duda que era un favorito de los dioses, el cual, mientras tanto, como habituado á triunfos semejantes, saltó ligeramente de su carro y subió á un pedestal, donde se expuso á las miradas de los espectadores; un heraldo proclamó su nombre y su victoria, y el Procónsul Léntulo, bajando de su tribuna, le entregó una palma de Idumea, y le ciñó la frente con una corona de hojas de oro y plata, entrelazadas con cintas de púrpura. En cuanto al premio en metálico que le ofrecieron en monedas de oro sobre una bandeja de acero, Lucio se lo entregó al Procónsul para que lo distribuyera en su nombre entre los ancianos pobres y los huérfanos.

Después llamó á Esporo, que acudió al punto, trayendo en sus manos una paloma que cogió por la mañana en el palomar de Actea. Lucio sujetó al cuello del ave de Venus una cinta de púrpura á la que estaban sujetas dos hojas de oro de la corona, y soltó al mensajero de la victoria que alzó rápidamente el vuelo en dirección al lugar en que se encontraba la casa de Amycles.



## V

Las dos victorias sucesivas de Lucio, y las circunstancias extrañas que las habían acompañado, produjeron, como ya hemos dicho, profunda impresión en el ánimo de los espectadores: Grecia fue en otro tiempo la tierra predilecta de los dioses; Apolo, desterrado del cielo, se hizo pastor y guardó los rebaños de Admeto, rey de Tesalia; Venus, nacida en el seno de las ondas, y llevada por los Tritones hacia la playa más próxima, abordó cerca de Helos, y en libertad para escoger los lugares de su culto, prefirió Guido, Pafos, Idalia y Citera, á todos los demás países del mundo. Por último, los de Arcadia, disputando á los de Creta el honor de ser los compatriotas del rey de los dioses, hacían nacer á Júpiter en el monte Liceo, y aunque tal pretensión fuese falsa, cierto era por lo menos que, cuando hubo de elegir un imperio, estableció su trono en la cúspide del Olimpo. Pues bien, todos estos recuerdos de las edades fabulosas, volvían, gracias á Lucio, á la poética imaginación de aquel pueblo, al que los romanos desheredaron de su porvenir, pero al que no habían podido despojar de su pasado; así fue que los que se habían presentado para disputarle el premio del canto, se retiraron en vista de la mala suerte de aquellos que le habían disputado la palma de la lucha y de las carreras. Se recordaba la suerte de Marsías luchando con Apolo, y de las Pieridas retando á las Musas. Lucio se quedó, pues, sólo entre cinco aspirantes inscritos; pero el Procónsul decidió que la fiesta se verificase de todos modos el día dicho y á la hora fijada.

El asunto escogido por Lucio interesaba vivamente á los corintios: era un poema acerca de Medea, que se atribuía al mismo Emperador Nerón: sabido es que aquella maga, conducida á Corinto por Jason, quien la raptó, y que fue abandonada por él en la dicha ciudad, depositó al pie de los altares á

sus dos hijos, poniéndoles bajo la protección de los dioses, mientras envenenaba á su rival con una túnica semejante á la de Neso. Pero los corintios, espantados ante el crimen de la madre, sacaron á los niños del templo y los aplastaron á pedradas. Tal sacrilegio no quedó impune; los dioses vengaron su majestad ultrajada, y una enfermedad epidémica hirió á todos los hijos de los corintios. Sin embargo, como habían transcurrido más de quince siglos desde aquella época, los descendientes de los matadores negaban el crimen de sus padres. Pero la fiesta que se celebraba todos los años el día de la muerte de las dos víctimas, la costumbre de llevar á los niños de negro, y de afeitarles la cabeza hasta la edad de cinco años, en testimonio de expiación, era una prueba evidente de que la terrible verdad subsistía á pesar de todas las negativas; fácil es comprender por tanto, lo que esta circunstancia contribuía á la curiosidad de los asistentes.

Como la multitud que había afluído á Corinto no podía colocarse toda ella en el teatro, mucho más pequeño que el estadio y el hipódromo, pues no contenía más que 20.000 espectadores, se distribuyeron á los corintios más nobles y á los extranjeros más importantes unas tabletas de marfil, en las que estaban grabados unos números que correspondían á otros inscriptos en las gradas. Unos acomodadores, colocados de trecho en trecho, se cuidaban de colocar á las gentes y de que nadie usurpase los puestos designados, de suerte que, á pesar de la multitud que se agolpaba al exterior, todo se realizó con el mayor orden.

Para amortiguar el sol del mes de Mayo, el teatro estaba cubierto con un inmenso *velarium*; era un toldo azul, formado por un tejido de seda con estrellas de oro, y en cuyo centro, en medio de una radiante aureola, se veía á Nerón con traje de triunfador y subido en un carro tirado por cuatro caballos. A pesar de la sombra que daba al teatro aquella especie de tienda, el calor era tan grande que muchos jóvenes tenían en la mano grandes abanicos de plumas de pavo real, con los cuales

refrescaban á las damas echadas más bien que sentadas en cojines de púrpura, ó en tapices de Persia, que los esclavos colocaron de antemano en las graderías que estaban reservadas á las mujeres. Entre éstas veíase á Actea, la cual no se atrevió á llevar las coronas ofrecidas por el vencedor, pero adornó sus cabellos con las hojas de oro llevadas por la paloma. A su alrededor no se agrupaban los jóvenes que rondaban á las demás mujeres, y únicamente estaba acompañada por su padre, cuyo rostro noble y grave, pero sonriente al mismo tiempo, indicaba el interés que tenía por los triunfos de su huésped, así como lo que le halagaban. El fue el que, confiado en la fortuna de Lucio, determinó á su hija á que asistiese, seguro de que en esta ocasión también asistirían á una victoria.

Aproximábase la hora anunciada para el espectáculo, y todos demostraban impaciencia y curiosidad, cuando repercutió un rumor parecido al del trueno, y cayó sobre los espectadores, refrescando y perfumando el aire, una ligera lluvia. Todos los asistentes aplaudieron, porque aquel trueno, producido por dos hombres que rodaban unas piedras en una plancha de acero, era el de Claudio Pulquer (1), y anunciaba que el espectáculo iba á comenzar; en cuanto á la lluvia, era sencillamente un rocío de perfumes, formado por una infusión de azafrán de Cilicia, que brotaba de unas estatuas que coronaban la cornisa interior del teatro. Un momento después apareció Lucio con la lira en la mano, llevando á su izquierda al histrion Paris, encargado de gesticular mientras que aquél cantaba; y detrás del cantor el coro, dirigido por el corifeo, un flautista y un mimo.

Desde las primeras notas emitidas por el joven romano, se reconoció que era un cantor hábil y práctico; porque en vez de abordar inmediatamente el tema, le hizo preceder de una especie de gama compuesta de dos octavas y una quinta, es de-

---

(1) Claudio Pulquer inventó este procedimiento, que conservó su nombre.

cir, la mayor extensión de voz humana que se hubiera oído desde Timoteo; tras este preludio, comenzó á entonar el tema con tanta facilidad como precisión.

El poema tenía por asunto, como ya hemos dicho, las aventuras de Medea, la mujer de belleza seductora, la maga de terribles encantos. Como maestro en el arte escénico, el Emperador Claudio César Nerón había tomado la fábula en el punto en que Jason, á bordo de su magnífico navío *Argos*, arriba á las costas de Colquida y encuentra á Medea, la hija del rey *Ætos*, cogiendo flores en la orilla. Actea se estremeció al escuchar aquellas primeras frases; así fue como ella vió llegar á Lucio; también ella cogía flores cuando el birreme de bordas de oro llegó á la playa de Corinto y reconoció en las preguntas de Jason y en las respuestas de Medea las propias palabras cambiadas entre ella y el joven romano.

En este momento, y como si para tan dulces sentimientos se necesitara una armonía particular, Esporo, aprovechando una interrupción del coro, se adelantó, llevando una lira de estilo jónico, es decir, de once cuerdas; el instrumento era parecido al que Timoteo pulsara ante los lacedemonios, y que fue juzgado por los eforos como tan peligrosamente afeminado, que declararon que el cantor había herido la majestad de la antigua música é intentado corromper á los jóvenes espartanos; verdad es que los lacedemonios dieron tal sentencia en tiempos de la batalla de *Ægos-Potamos*, que les hizo dueños de Atenas.

Ahora bien, cuatro eran los siglos transcurridos desde aquella época; Esparta estaba al ras de la hierba, Atenas era esclava de Roma, Grecia veíase reducida á la condición de una provincia; la predicción de Eurípides se había realizado, y, en vez de mandar al ejecutor de los decretos públicos que arrancase cuatro cuerdas de la lira corruptora, Lucio fue aplaudido con extraordinario entusiasmo. En cuanto á Actea, escuchaba anhelante, porque le parecía que lo que relataba su amante era su propia historia.

En efecto, lo mismo que Jason, Lucio venía á pretender un premio maravilloso, y ya dos tentativas coronadas de éxito habían anunciado que, como Jason, sería vencedor; pero, para celebrar la victoria, se necesitaba otra lira distinta de aquella con la que cantó el amor. Así fue, que desde el momento en que después de haber encontrado á Medea en el templo de Hecates, obtuvo de su hermosa amada el apoyo de su arte mágico, y los tres talismanes con cuya ayuda vencería los terribles obstáculos que se oponían á la conquista del vellocino, emprendió la relación con una lira lidia, de tonos tan pronto graves como agudos. Actea se estremeció de nuevo, y ya no pudo separar en su espíritu á Jason de Lucio: siguió al héroe, untado con jugos mágicos que le hacen invulnerable, en el primer encuentro donde se le presentan dos toros vulcanianos, de colosal talla, con pies y cuernos de acero, y echando fuego por la boca; pero apenas les toca Jason con el látigo encantado, se dejan uncir tranquilamente á un arado de diamante, y el heroico labrador desmonta las cuatro fanegas consagradas á Marte. De éste pasa al segundo obstáculo, y Actea le sigue; aquí sale al encuentro del héroe, desde un bosque de olivos y de laureles que le sirve de guarida, una serpiente gigantesca y amenazadora. Entáblase entonces una lucha terrible, pero Jason es invulnerable, la serpiente quiebra sus dientes en inútiles mordeduras, trabaja en vano para apresarle entre sus anillos, mientras que, por el contrario, cada estocada de Jason la causa profundas heridas: pronto retrocede el monstruo, y ataca Jason; el reptil huye y el hombre la persigue; penetra en una caverna estrecha y obscura: Jason entra detrás, arrastrándose también, y pronto vuelve á salir teniendo en la mano la cabeza de su adversario; regresa entonces al campo que ha labrado, y en los profundos surcos trazados en la tierra por su arado, siembra los dientes del monstruo. Inmediatamente, de los surcos mágicos surge viviente y belicosa una raza de hombres armados que se precipitan sobre él. Pero Jason se limita á arrojar entre ellos la piedra que le dió



Medea, y todos aquellos hombres vuelven las armas unos contra otros, y ocupados en matarse entre sí, le dejan penetrar al tercer recinto, en medio del cual se eleva el árbol de tronco de plata, follaje de esmeralda y frutos de rubíes, de cuyas ramas pende el toisón de oro; pero aún queda otro enemigo más terrible y más difícil de vencer que ninguno de los que ya ha combatido Jason: es un dragón gigantesco, de alas desmesuradas, cubierto de escamas de diamante, que le hacen tan invulnerable como el que le ataca; así, con este último adversario, las armas tienen que ser diferentes; Jason deposita en el suelo una copa de oro llena de leche, en la que el monstruo bebe un brebaje soporífero que le produce un profundo sueño, durante el cual el aventurero hijo de Eson se lleva el toisón de oro. Entonces Lucio vuelve á empuñar la lira jónica, porque Medea espera al vencedor, y es menester que Jason hable palabras de amor bastante poderosas para decidir á su amada á que abandone padre y patria, y le siga á través de los mares. La lucha es larga y dolorosa, pero al fin vence el amor; Medea, temblando y medio desnuda, abandona á su anciano padre durante su sueño, pero al llegar á las puertas del palacio, quiere ver por última vez al que le ha dado el sér: vuelve con paso tímido y conteniendo la respiración; entra en el cuarto del viejo, se acerca á su cama, se inclina sobre su frente, deposita un beso de adiós eterno en sus blancos cabellos, exhala un sollozo que el anciano toma por un acento soñado, y vuelve á echarse en brazos de su amante, que la espera en el puerto y que la conduce desvanecida á bordo de aquel navío maravilloso construído por la misma Minerva en los astilleros de Jolcos, y bajo cuya quilla las ondas se inclinan sumisas; al volver en sí, Medea ve desaparecer en el horizonte las costas nativas, y abandona á Asia por Europa, al padre por el esposo, al pasado por el porvenir.

Lucio cantó esta segunda parte del poema con tanta pasión y sentimiento, que todas las mujeres escuchaban con profunda emoción: Actea especialmente, al igual que Medea, estreme-

E. M.—*Mayo 1901.*

aida de amor, con la mirada fija, silenciosa y el corazón palpitante, creía escuchar su propia historia, asistir á su vida, cuyo pasado y porvenir se le representaban por arte mágico. Así fue, que en el punto en que Medea posa sus labios en los cabellos blancos de su padre, Actea se estrechó contra Amycles, y pálida y angustiada, apoyó su cabeza en el hombro del anciano. En cuanto á Lucio, su triunfo era completo: cuando acabó la primera parte del poema, fue aplaudido con furor; después de la segunda, las aclamaciones y los aplausos no cesaron hasta que empezó la tercera.

Volvió á cambiar su lira otra vez, porque ya no iba á cantar el amor virginal ó voluptuoso; ya no se trataba del triunfo del amante ó del guerrero, sino de la ingratitud del hombre y de los arrebatos celosos de la mujer; cantaba el amor furioso, delirante, frenético; el amor vengador y homicida, y el estilo dórico era el único que podía expresar todos sus sufrimientos y todos sus furores.

Medea boga en el navío mágico, aborda á Teocia, toca en Folcos para pagar una deuda filial al padre de Jason, rejuveneciéndole; después llega á Corinto, donde su amante la abandona para casarse con Creusia, hija del rey de Epiro. Entonces, la abnegada amante se convierte en la mujer celosa. Satura una túnica con un veneno violentísimo, y se la envía á la novia, que se la pone sin desconfianza; después, mientras la novia espera enmedio de atroces sufrimientos ante la vista del infiel Jason, Medea, frenética y desesperada, para que la madre no conserve ningún recuerdo de la amante, estrangula por sí misma á sus dos hijos, y desaparece en un carro arrastrado por dragones alados.

Al llegar á este punto del poema, que halagaba el amor propio de los corintios, arrojando, como ya lo había hecho Eurípides, el asesinato de los hijos sobre la madre, la ovación fue indescriptible, y entre los gritos de entusiasmo se oía el bullicioso ruido de las castañuelas, instrumentos destinados á expresar en el teatro el mayor grado de contento. Entonces,

no sólomente se concedió al maravilloso cantor la corona de olivo preparada por el procónsul, sino que cayó en la escena una lluvia de flores y de guirnaldas, que las mujeres arrancaban de sus cabezas y arrojaban con frenesí. Por un instante se pudo temer que Lucio fuese sofocado por las coronas, como lo fue Tarpeya bajo los carneros sabinos, tanto más, cuanto que inmóvil é insensible en apariencia á triunfo tan inaudito, buscaba con los ojos, entre las mujeres, á aquella por la que tenía ansias de triunfar. Por fin la descubrió, medio desvanecida, en brazos del anciano, siendo la única de las hermosas corintias que tuviese aún en la cabeza su tocado de flores. Miróla entonces Lucio tan tiernamente, y extendió hacia ella los brazos en ademán tan suplicante, que Actea se quitó la corona de su frente, pero careciendo de fuerzas para enviarla hasta su amante, la dejó caer en medio del patio, y se arrojó llorando en brazos de su padre.

Al día siguiente, al amanecer, el birreme de oro flotaba sobre las azules ondas del golfo de Corinto, ligero y magnífico como el navío *Argos*; como éste se llevaba á otra Medea, infiel á su padre y á su país: era Actea sostenida por Lucio, y que, pálida y de pie en el coronamiento de popa, veía perderse gradualmente las costas de Corinto. Inmóvil, con la mirada fija y la boca entreabierta, permaneció así mientras pudo ver á la ciudad coronando á la colina, y á la ciudadela dominando á la ciudad. Después, cuando la ciudad hubo desaparecido tras las aguas, cuando la ciudadela, punto blanco perdido en el espacio, balanceado aun durante algún tiempo en las crestas de las olas, desapareció como un ave que se sumerge en el mar, se escapó del pecho de la joven un suspiro, en el que se agotaron todas las fuerzas de su alma, dobláronse sus rodillas y cayó desvanecida á los pies de Lucio.

(Se continuará).

# POETAS AMERICANOS

---

## ATLANTIDA

### CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA

POESÍA

PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES DE BUENOS AIRES (1)

---

#### I

¡Cada vez que en la cumbre desolada  
De la ardua cordillera,  
Y tras hondo angustioso paroxismo,  
Como caliente lágrima postrera,  
Brotan de las entrañas del abismo  
Misterioso raudal, germen naciente  
De turbio lago, caudaloso río,  
Ronca cascada ó bramador torrente,  
Pardas nubes descienden á tejerle  
Caprichoso, movable cortinaje,  
Y abandonan los negros huracanes  
Sus lóbregas cavernas,  
Para arrullar con cántico salvaje  
Su sueño, y en señal de regocijo,

---

(1) Publicamos la presente composición para dar á conocer en Europa uno de los más ilustres poetas americanos.

Sobre muros de nieves sempiternas  
Despliegan, combatientes del vacío,  
Taciturnos guardianes  
Del infinito páramo sombrío,  
Sus flámulas de fuego, los volcanes!

Raudales de la Historia son las razas:  
Raudales que en la cuna  
Vela el misterio y con afán prolijo  
La fábula, Nereida soñadora,  
Que el verde junco con la hiedra aduna,  
Como la dulce madre que despliega  
Sobre la tersa frente de su hijo,  
Teñida por los rayos de la aurora,  
Su manto, de amor ciega,  
Envuelve con fantásticos cendales,  
Mientras se llena el mundo  
De rumor de catástrofes.—¡En tanto,  
Con las alas abiertas,  
Cruza la tierra el ángel del espanto,  
Y agita sus antorchas funerales  
El incendio iracundo  
Sobre la tumba de las razas muertas!

¡Allá en el fondo obscuro  
Del valle que á los pies del Apenino  
Se extiende como alfombra de esmeralda,  
Palenque misterioso del destino,  
Do el Tíber serpentea  
Del monte Albano en la risueña falda,  
Vago rumor se siente.....  
¡El rumor de una raza despertada  
Con el sello de Dios sobre la frente!  
Y en el confín lejano  
Del mar que muere en la desierta playa

Del Asia envejecida,  
Con eterno lamento,  
Hondo clamor hasta los cielos sube,  
Que en son medroso el viento  
Esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta,  
Como enjambre irritado, en las sombrías  
Hondonadas del Lacio,  
Es la raza latina, destinada  
A inaugurar la historia  
Y á abarcar el espacio,  
Llevando por esclava á la victoria!  
Y el clamor que resuena  
De la alta noche en la quietud sagrada,  
Es el grito de Ilión, que se desploma,  
Como gigante estatua derribada:  
Astro que se hunde en tenebroso ocaso  
Cuando surge en oriente el sol de Roma!

## II

Raudal que al descender á la llanura,  
Se torna en ancho río,  
Aquella tribu obscura  
En turbulento pueblo convertida,  
Sintió dentro del seno  
La inquietud de la ola comprimida,  
El rumor interior, la voz de trueno  
Que emplaza á las naciones  
A las gigantes luchas de la vida!  
Y se lanzó impaciente  
En pos de sus destinos inmortales,

Dando al viento los bélicos pendones,  
Siniestros mensajeros del estrago,  
Y encendiendo en el negro promontorio,  
Para servir de faro á sus legiones,  
La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano  
Del águila latina:  
La tierra despertó como de un sueño,  
Al sentirla pasar. El oceano,  
Generoso corcel que el cuello inclina  
Cuando siente á su dueño,  
Rugió de gozo y le rindió homenaje.  
Todo lo holló con planta vencedora:  
La montaña y el páramo salvaje,  
Las misteriosas selvas seculares  
En que, al compás de místicas endechas,  
Aflaba el germano taciturno  
Con siniestra ansiedad el haz de flechas;  
Y las negras pirámides distantes,  
Que, á la luz del crepúsculo, parecen  
Abandonadas tiendas de campaña  
De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada  
De su antiguo esplendor. La Iberia altiva,  
Como severa reina destronada,  
Dobló la frente ensangrentada al yugo,  
Mas no su corazón:—eterna hoguera  
En que la llama de Sagunto ardía  
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera  
Lanzó á los aires resonante grito,  
Y el escudo de bronce hirió tres veces  
Sobre el dolmen maldito!  
Pero cayó espirante en la contienda

Para dormir el sueño del esclavo,  
De César en la tienda!  
Y el Sárмата cruel, el Bretón bravo,  
El Escita ligero,  
El sombrío, feroz Escandinavo,  
Que en las brumas polares  
De otro mundo olfateaba el derrotero,  
Fueron á prosternarse en sus altares!

Largo su imperio fue, largo y fecundo:  
¡El hacha del Lictor estuvo siglos  
Alzada sobre el mundo!  
Cantó su origen inmortal Virgilio,  
Sus desastres Lucano,  
Mientras brillaba en el lejano Oriente  
La luz primera del ideal cristiano.  
Y en brazos de los Césares dormía,  
Al rumor de los sáficos de Horacio,  
Enervada y tranquila,  
Cuando sintió tronar en el espacio  
El rudo casco del corcel de Atila.

Despertó, ¡pero tarde! En vez del rayo  
Que en sus manos, ardiente,  
Viera la tierra atónita, llevaba  
El áureo tirso, y en la mustia frente  
La corona de yedra de la orgía.  
Corrió al foro, llamando á sus legiones  
Dispersas y distantes,  
Y sólo contestaron los histriones  
Mezclados al tropel de las Bacantes.  
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo  
Del cielo, en sangre tinto,  
Creyó ver que cruzaban en silencio,  
Como un augurio aciago,



La sombra lastimera de Corinto  
Y el fantasma lloroso de Cartago!

¡Era tarde, en verdad! El sol de Roma,  
Luz de la historia y esplendor del orbe,  
Del Aventino tras la obscura loma  
Y de la plebe trémula á los ojos,  
Para siempre se hundió. Rojo cometa,  
Del horizonte en la desierta cumbre,  
Apareció tras él, vibrando enojos.  
Nubes del septentrión, vientos del polo,  
Sobre la tierra inquieta  
Esparcieron sus ráfagas de horrores:  
Sólo quedó de pie, soberbio atleta  
Vencido, no turbado, destacando  
En las sombras el dorso giganteo,  
Como el genio de Roma en lucha aterna,  
Centinela de piedra, el Coliseo.

### III

No perecen las razas, porque caigan  
Sin honor ó sin gloria  
Los pueblos que su espíritu alentaron,  
En hora venturosa ó maldecida:  
Las razas son los ríos de la historia,  
Y eternamente fluye  
El raudal misterioso de la vida!  
¡El río que en otra hora  
Turbulento y audaz cruzó la tierra,  
Ya por blandas y vírgenes llanuras  
O por yermos de arena abrasadora,  
Al soplo animador de la fortuna,

De su cauce alejado,  
Fué á morir como lóbrega laguna,  
Inmóvil y callado!  
¡Pero el raudal ingente  
De la ánfora sagrada, la corriente  
Inagotable y pura, despeñada  
Por ignoto sendero,  
Con rumor de torrente surgió un día  
En la tierra encantada  
Del indómito Ibero,  
Donde todo es amor, luz, armonía,  
El sol más bello, el aire más liviano,  
Y siempre altivo, desbordante y joven,  
Palpita y siente el corazón humano!

¡Así como al salir de su desmayo  
La tierra estremecida,  
Del sol primaveral al primer rayo,  
Parece que sintiera  
En el aire, en el monte, en la pradera,  
En ondas tibias circular la vida;  
España despertó con fuerza nueva,  
Y unidas en eterno maridaje  
La pasada romana fortaleza  
Y la savia salvaje  
Del hijo del Pirene, diestro en lides,  
Engendraron la raza destinada  
A suceder á la Cesárea estirpe:  
¡La raza soberana de los Cides!

¡Llenó el mundo su nombre!—Las naciones,  
Del monte Calpe hasta el peñón marino  
En que vela el Britano,  
Creyeron que se alzaba en lontananza  
La sombra augusta del poder latino,

Que de nuevo volvía  
A ser el dueño del destino humano!  
¡Y España, como Roma, poseída  
De vago afán, de misterioso anhelo,  
Soñaba con batallas, cuando un día  
Al tender la mirada por el cielo  
Desde las altas cumbres de Granada,  
Vió surgir en lejanos horizontes  
La visión de la América encantada!

¡Dos mundos sujetó bajo su imperio,  
Y dejó de su espíritu los rastros  
En fecundas, brillantes creaciones!  
Como Ajax inmortal retó á la tierra  
Y, ansiosa de combates,  
Fue á renovar en África prodigios  
Y hazañas de Escipiones;  
Pero también se derrumbó impotente,  
No del potro del Vándalo á las plantas,  
Ni del cruel vencedor al ceño airado,  
Sino cuando cayó sobre su espíritu  
¡La sombra enervadora del Papado!

## IV

Mientras España duerme acurrucada  
Al pie de los altares,  
Calentando su espíritu aterido  
En la hoguera infernal de Torquemada,  
Francia recoge el cetro abandonado  
De la historia, y prepara  
Otra hoguera, á que arroja,  
Con ánimo esforzado,

Fragmentos de Bastillas,  
Instituciones viejas, privilegios,  
Y de un vetusto trono las astillas:—  
Hoguera á cuya lumbre soberana  
Va á forjar, como en fragua ciclopea,  
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora  
De las grandes, fecundas convulsiones,  
La hora en que, al compás de las borrascas,  
Se tumban ó levantan las naciones,  
Dios envía á la tierra los gigantes  
Del genio ó de la espada,  
Cual si necesitase de almas fuertes  
Y músculos pujantes,  
Para no perecer en la jornada.  
Así, la Francia tuvo,  
En las horas más grandes de la Historia,  
El genio de Voltaire, para anunciarle  
El tremendo, supremo cataclismo,  
Y el brazo poderoso  
De Napoleón, el genio de la gloria,  
Para alzarla espirante del abismo!

La fuerza es, en el mundo,  
Astro de inmensa curva, que, á su paso,  
Deja, como reguero de laureles,  
Fulgor de incendios, resplandor de soles;  
Pero astro que se pone en el ocaso,  
Tras nubes de rojizos arreboles.—  
¡Brillante fue el imperio de la fuerza!  
Brillante, pero efímero: la espada  
Que, sobre el mapa de la Europa absorta,  
Trazó fronteras, suprimió desiertos,  
Y que, quizá de recibir cansada

El homenaje de los reyes vivos,  
Fué á demandar en el confín remoto  
El homenaje de los reyes muertos;  
La espada de Austerlitz, la vieja espada,  
En los escombros de Moscú mellada,  
Ya no describe círculos gigantes,  
Esparciendo el pavor de la derrota:  
Cayó en los campos de Sedán sombríos,  
Ensangrentada y rota!

## V

Ateos de la Historia,  
Los pueblos que el espíritu y la sangre  
Llevan de aquella tribu aventurera  
Que encadenó á su carro la victoria,  
Ya los postre ó abata  
La corrupción ó la traición artera,  
No mueren aunque caigan.—¡Así, Roma  
En su tumba de mármol se endereza,  
Y renace en Italia, como planta  
Que el polvo de los siglos fecundiza:  
Así, España sacude la cabeza,  
Tras largas horas de sopor profundo,  
Y arroja los fragmentos  
De su pesada lápida mortuoria,  
Para anunciar al mundo  
Que no ha roto su pacto con la gloria!  
Y Francia, la ancha herida  
del pecho aún no cerrada,  
En la sombra se agita, cual si oyera  
Rumores de alborada!

## VI

¡Soberbio mar, engendrador de mundos,  
Inquieto mar Atlante,  
Que ora manso, ó terrible, en giro eterno,  
Ya imitando el fragor de roncadas lides,  
Ya gritos de angustiadas multitudes,  
O gemidos de sombras lastimeras,  
¡Te vuelcas y sacudes  
En la estrecha prisión de tus riberas.....!  
¡Soberbio mar, de cuyo fondo un día  
La colosal cabeza levantaron,  
Coronada de liquen y espadañas,  
Al ronco son de tempestad bravía,  
Náufragos del abismo, las montañas;  
Mientras del cielo en la extensión desierta,  
Que eternas sombras por do quier velaban,  
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,  
Inmensa luz de flor recién abierta,  
Sobre la cual, en armonioso coro,  
Enjambres de planetas revolaban!

¡Tú eres el mismo mar que alzaste un día,  
Bajo arcadas fantásticas de brumas,  
Al vaivén de las olas adormido  
Y envuelto dulcemente  
En pañales de espumas,  
Girones de la túnica de armiño  
De tus playas bravías,  
Huérfano de la Historia, un mundo niño!

¡Con cuánto amor velabas  
Su cuna, y qué sombrías

Nieblas sobre su frente desplegabas,  
Para que el aire errante, el viento inquieto  
Y el astro vagabundo,  
No fuesen á contarle su secreto  
A la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,  
El labio mudo, palpitante el seno,  
A interrogar el horizonte obscuro,  
De vagas sombras y rumores lleno,  
Cuando el alba indecisa aparecía,  
Mensajera de Dios, en el Oriente,  
Trayéndote perfumes de los cielos,  
Para mojar tu frente!  
¡Y qué grito salvaje,  
Mezcla de rabia y de pavor lanzabas  
Retorciendo los brazos,  
Cuando una vela errante aparecía,  
Y en la tarde traía,  
Bramando, el oleaje  
De algún bajel deshecho, los pedazos!

## VII

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos  
Guardaron el secreto!  
¡Lo presintió Platón cuando, sentado  
En las rocas de Egina, contemplaba  
Las sombras que en silencio descendían  
A posarse en las cumbres del Himeto,  
Y el misterioso diálogo entablaba  
Con las olas inquietas,  
Que á sus pies se arrastraban y gemían!  
¡Adivinó su nombre, hija postrera

Del tiempo, destinada  
A celebrar las bodas del futuro  
En sus campos de eterna primavera,  
Y la llamó la Atlántida soñada!

¡Pero Dios reservaba  
La empresa ruda al genio renaciente  
De la latina raza, domadora  
De pueblos, combatiente  
De las grandes batallas de la historia!  
¡Y cuando fue la hora,  
Colón apareció sobre la nave  
Del destino del mundo portadora!

Y la nave avanzó.—Y el Oceano,  
Huraño y turbulento,  
Lanzó al encuentro del bajel latino  
Los negros aquilones,  
Y á su frente, rugiendo el torbellino,  
Jinete en el relámpago sangriento!  
¡Pero la nave fué, y el hondo arcano  
Cayó roto en pedazos,  
Y despertó la Atlántida soñada  
De un pobre visionario entre los brazos!

¡Era lo que buscaba  
El genio inquieto de la vieja raza,  
Debelador de tronos y coronas;  
Era lo que soñaba:  
Ambito y luz en apartadas zonas!  
¡Helo armado otra vez, no ya arrastrando  
El sangriento sudario del pasado,  
Ni de negros recuerdos bajo el peso,  
Sino en pos de grandiosas ilusiones:  
La libertad, la gloria y el progreso!



Nada le falta ya; lleva en el seno  
El insondable afán del infinito,  
Y el infinito por do quier lo llama,  
De las montañas con el hondo grito  
Y de los mares con la voz de trueno!  
Tiene el altar que Roma  
Quiso en vano construir, con los escombros  
Del templo egipcio y la pagoda indiana;  
Altar en que profese eternamente  
Un culto solo la conciencia humana!  
Y el Andes, con sus moles ciclopeas,  
Con sus rojas antorchas de volcanes,  
Será el altar de fulgurantes velos  
En que el himno inmortal de las ideas  
La tierra entera elevará á los cielos!

## VIII

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas,  
Bajo el arco triunfal de mil colores  
Del trópico esplendente,  
Las Antillas levantan la cabeza,  
De la naciente luz á los albores,  
Como bandadas de aves fugitivas,  
Que arrullaron al mar con sus extrañas  
Canciones plañideras,  
Y que secan al sol las blancas alas,  
Para emprender el vuelo á otras riberas!

Allá Méjico está! sobre dos mares,  
Alzada cual granítica atalaya,  
Parece que aún espía  
La castellana flota, que se acerca  
Del golfo Azteca á la arenosa playa!

E. M.—*Mayo 1901.*

Y más allá Colombia, adormecida  
Del Tequendama al retumbar profundo.  
Colombia la opulenta,  
Que parece llevar en las entrañas  
La inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz; región querida  
Del almo sol, que tus encantos cela,  
Inmenso hogar de animación y vida,  
Cuna del gran Bolívar, Venezuela!  
Todo en tu suelo es grande:  
Los astros que te alumbran desde arriba,  
Con eterno, sangriento centelleo,  
El genio, el heroísmo,  
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo  
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,  
Viuda infeliz, sobre entreabierta huesa,  
Yace la Roma de los Incas, rota  
La vieja espada en la contienda grande,  
La frente hundida en la tiniebla oscura.  
¡Mas no ha muerto el Perú! que la derrota  
Germen es en los pueblos varoniles  
De redención futura:  
Y entonces, cuando llegue  
Para su suelo la estación propicia  
Del trabajo, que cura y regenera,  
Y brille al fin el sol de la justicia,  
Tras largos días de vergüenza y lloro,  
El rojo manto que á su espalda flota  
Las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia! la heredera del gigante  
Nacido al pie del Avila;

Su genio inquieto y su valor constante  
Tiene para las luchas de la vida.  
Sueña en batallas hoy; pero no importa:  
Sueña también en anchos horizontes,  
En que, en vez de cureñas y cañones,  
Sienta rodar la audaz locomotora,  
Cortando valles y escalando montes.  
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra  
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve  
A colgar en el techo  
Las vengadoras armas, convencido  
De que es estéril siempre la victoria  
De la fuerza brutal sobre el derecho.

El Uruguay que, combatiendo, entrega  
Su seno á las caricias del progreso;  
El Brasil, que recibe  
Del mar Atlante el estruendoso beso,  
Y á quien sólo le falta  
El ser más libre, para ser más grande;  
Y la región bendita,  
Sublime desposada de la gloria,  
Que baña el Plata y que limita el Ande...  
¡De pie para cantarla! Que es la Patria,  
La Patria bendecida,  
Siempre en pos de sublimes ideales;  
El pueblo joven que arrulló en la cuna  
El rumor de los himnos inmortales,  
Y que hoy llama al festín de su opulencia  
A cuantos rinden culto  
A la sagrada libertad, hermana  
Del arte, del progreso y de la ciencia.  
La Patria, que ensanchó los horizontes  
Rompiendo las barreras  
Que en otra hora su espíritu aterraron,

Y á cuyo paso, en los nevados montes,  
Del Génesis los ecos despertaron;  
La Patria, que olvidada  
De la civil querella, arrojó lejos  
El fratricida acero,  
Y que lleva orgullosa  
La corona de espigas en la frente,  
Menos pesada que el laurel guerrero.  
¡La Patria! En ella cabe  
Cuanto de grande el pensamiento alcanza;  
En ella el sol de redención se enciende;  
Ella al encuentro del futuro avanza,  
Y su mano, del Plata desbordante,  
La inmensa copa á las naciones tiende.

## IX

Ámbito inmenso, abierto  
De la latina raza al hondo anhelo:  
El mar, el mar gigante, la montaña  
En eterno coloquio con el cielo.....  
Y más allá desierto.  
Acá ríos que corren desbordados,  
Allí valles que ondean,  
Como ríos eternos de verdura:  
Los bosques á los bosques enlazados;  
Do quier la libertad, do quier la vida,  
Palpitando en el aire, en la pradera  
Y en explosión magnífica encendida.

¡Atlántida encantada,  
Que Platón presintió; promesa de oro  
Del porvenir humano, reservada

---

A la raza fecunda  
Cuyo seno engendró para la historia  
Los Césares del genio y de la espada.  
Aquí va á realizar lo que no pudo,  
Del mundo antiguo en los escombros yertos,  
La más bella visión de sus visiones:—  
¡Al himno colosal de los desiertos,  
La eterna comunión de las naciones!

OLEGARIO V. ANDRADE.

# EL NUEVO IMPERIO DE ALEMANIA

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
MINISTERIO DE CULTURA

I

Las fiestas para celebrar el bicentenario de la fundación de la Monarquía de Prusia, habían comenzado bulliciosamente en Berlín, apenas medió el último Enero, con un aparato solemne. No eran exclusivamente aquellas fiestas del Rey Emperador que las presidía. Eran las fiestas de toda la nación, fundada, desde el siglo x, por el Conde sajón Sigfrido, sobre el adelantamiento militar de la marca de Brandeburgo, que el Rey de los germanos, Enrique I, su suegro, confió al gobierno de su espada para contener las hordas bárbaras; de la nación en la cual, al cabo de otros diez siglos, se representa la fusión imperial y soberana de todas las estirpes de Alemania, desde la solemne consagración de Versalles, el 18 de Enero de 1871. Estas fiestas fueron inauguradas por los estudiantes de todas las Escuelas superiores de Berlín, en un banquete ó *commers*, á que concurren más de tres mil, con sus rectores respectivos á la cabeza, no olvidando los jóvenes, sobre quienes han de recaer los destinos del porvenir, que en los engrandecimientos de la patria prusiana la inteligencia culta ha sido siempre una fuerza efectiva y eficaz, y nunca un ariete movedizo, y sectario, y que en las tradiciones de los varones augustos en quienes se simbolizó el creciente poder de aquel Estado, si hubo un Mar-

grave Alberto, á quien se apellidó *el Aquiles*, y un Margrave Joaquín, á quien se llamó *el Nestor*, también alcanzó el sobrenombre de *el Cicerón* el Elector Juan, hijo de Alberto III y de Margarita de Baden. En el *commers* de los estudiantes de Berlín, uno de éstos peroró ardientemente en honor de sus Príncipes de Hohenzollern. Después se cantó á coro, estando todos de pie y descubiertos, el *leid* nacional de la patria alemana, y cuando sus últimas notas resonaron, invitados los asistentes por el Rector de la Universidad de aquella capital á ratificar allí las promesas patrióticas de renovar en toda ocasión que la defensa de la patria lo exija las gestas heroicas de 1813 y de 1870, un *¡hoch! ¡hoch!* agudo y prolongado respondió con vibración unísona y tonante á la propuesta del Profesor ilustre.

El Municipio de Berlín había recibido ya los tres grandes medallones alegóricos del pintor Döpler, con las figuras excel-sas del Emperador Guillermo I, del gran Federico-Rey y del gran Federico-Elector, regalo del Emperador Guillermo II. La Dieta prusiana, al concurrir en numerosa comisión á la estancia real é imperial á renovar al Emperador, en nombre de la nación por ella representada, los juramentos de la lealtad y las promesas de la fe nacional, había oído de los labios de Guillermo II las palabras de segura conciencia con que fía que el espíritu que ha conducido al pueblo alemán á su actual grandeza, se mantendrá firme é imperturbable en el porvenir. El *Reichsanzeiger* había publicado en sus columnas, con la bienvenida dada á las representaciones extraordinarias que de las potencias extranjeras habían llegado á Berlín para asociarse á las alegrías del Rey-Emperador de Prusia y de la Alemania entera, el resumen apologético del progreso histórico con que la Prusia, de avance en avance, aun con las alternativas varias de la suerte, de condado feudal trocóse en condado independiente, de Margraviato sucesivo de Nurenberg y de Brandeburgo en Electorado federativo, de dominio vitalicio en Prusia, tras la gran maestría del Orden Teutónico, en domi-

nio hereditario, y finalmente, de la Monarquía que el hijo de Federico-Guillermo, *el Grande*, instituyó en la real coronación del castillo de Königsberg, el 18 de Enero de 1701, aprovechando el triste fin del reinado de la Casa de Austria en España y de la aceptación del Duque de Anjou á esta última Corona por consecuencia del testamento de Carlos II, en la presidencia de la Confederación alemana del Norte en la Dieta de Francfort, y á la coronación en Imperio en 18 de Enero de 1871 en las puertas de París y en medio de los ejércitos de todas las naciones de Alemania, coronados del laurel de la victoria.

Estos 18 de Enero, tan gloriosos para Prusia y para toda Alemania, todavía recibían en las fiestas de Berlín la consagración más eminente en la noche del 18 de Enero último, en el propio palacio imperial de Guillermo II, en aquel banquete de gala celebrado en *la sala blanca*, en el que, ocupando el centro de la mesa los esclarecidos soberanos, la Emperatriz tenía á su derecha á la gran Duquesa de Baden, al Duque de Connaught, á la Princesa Federico-Leopoldo y al gran Duque Wladimiro; y el Emperador, á su izquierda, al Archiduque Francisco Fernando, á la Princesa Enrique, al Duque de Aosta, á la Princesa Carlota de Sajonia-Meiningen, al Príncipe imperial y á la Princesa hereditaria de Hohenzollern y al Príncipe Cristián de Dinamarca, formando el frente de aquella línea de augustos del solio, el Canciller del Imperio, Von Bülow, teniendo á su derecha á los Embajadores de Italia, Rusia, Francia y los Estados Unidos de América, y á su izquierda á los de Austria-Hungría, Inglaterra, Turquía y España.

La celebración del capítulo de la Orden del Aguila Negra; la recepción de las comisiones militares, portadoras á las regias estancias de las banderas y estandartes de las guardias de la persona imperial; las ceremonias de la institución del nuevo Orden caballeresco de la Corona de Prusia, que ha de seguir en orden jerárquico á las del Aguila Negra y el Aguila Roja; la colocación de una corona de honor sobre la tumba



del fundador del Imperio, Guillermo I, en el grandioso mausoleo de Charlottenburgo, y por último, la coronación verificada en la capilla imperial y las grandes y ostentosas luminarias de los edificios públicos y de la población de Berlín, en la noche del día 18, proseguían la ejecución de las festividades acordadas, sin agotar su programa, en medio de un entusiasmo delirante y de un tiempo sereno y hermoso, cuando el telégrafo de Londres vino inesperadamente á interrumpir la alegría de una conmemoración que enardecía en el pueblo alemán los sentimientos de su fe y de su adhesión entusiasta por el Soberano que simboliza el siempre creciente engrandecimiento del nuevo Imperio. La octogenaria Victoria I de Inglaterra, la madre augusta de la veletudinaria y enferma Emperatriz Federico, la abuela excelsa del Emperador, se hallaba en la agonia, y Guillermo II no titubeó un instante en dar por terminadas bruscamente las fiestas conmemorativas del reino de Prusia, en despedir á los huéspedes ilustres que habían venido á darles personal realce y en disponer él mismo su marcha precipitada para acudir á la cabecera de la moribunda, á recoger su último suspiro y á recibir tal vez las últimas recomendaciones de su político testamento.

¿Quién impulsó al Emperador Guillermo á tan súbita determinación? ¿Fue su propia filial y tierna devoción hacia la venerada abuela? ¿Fue la extremada ansiedad de su doliente madre la Emperatriz Federico, impedida de correr junto al lecho mortuorio de la que á ella le había dado el sér? ¿Fue, como se ha dicho, reclamado por la misma augusta moribunda para comunicarle los postreros pensamientos de la intimidad, como abuela y como reina? Verdaderamente es cosa maravillosa, respecto á la enfermedad, muerte, honores funerales y sucesión real de la última soberana de Inglaterra, que los ojos del mundo se hayan fijado más en su nieto imperial, extranjero para los intereses de la Gran Bretaña, que en el hijo augusto que había de asumir la dignidad y los deberes de su soberanía. El apresuramiento con que el Emperador Guillermo partió de

Berlín para Osborne, la prolongada residencia que hizo allí, hasta después de verificados los funerales, al lado de su tío el Rey Eduardo; la asociación del Kronprinz, así á las grandes solemnidades del duelo, como al cambio mutuo posterior de honores y atenciones; el inusitado entusiasmo producido en Londres por su presencia, donde los repetidos saludos populares de *Thankyou, Kaiser!—Good bye, Kaiser!—God bless you!* pronunciados en fervientes ovaciones, han sido los únicos clamores que han interrumpido el majestático silencio y compostura con que el pueblo británico ha hecho respetuosa ostentación de su dolor filial por la pérdida de su venerada soberana; los cordialísimos brindis del *lunch* de Madboroug-Housse al dirigirse en expedición de despedida de Paddington-Station á la estación de Charing-Cross, y hasta las condecoraciones del Águila Negra y del Águila Roja, concedidas por el Emperador al feldmariscal Robert, conquistador de las Repúblicas africanas del Transvaal y de Orange y al Duque de Connaught, hermano del Rey Eduardo, son actos que han constituido una serie notable de hechos, hacia los que en los diversos comentarios á que han dado margen, unos no los han encontrado justificados del todo, otros han expresado expectante y aun inquieta admiración, y algunos no han reservado su alarmante desconfianza.

Tal vez deba atribuirse esta disposición de los ánimos en las distintas naciones del continente, á lo menos en una gran parte, á la alborozada franqueza con que la prensa británica ha celebrado estos sucesos, como augurios felices de suspiradas aproximaciones entre los dos Imperios, el insular de la Gran Bretaña y el continental de la nueva Germania, aproximaciones que no se reducen sólo á la estrechez de los vínculos dinásticos entre las familias reinantes, á quienes fusionan en un espíritu interior idéntico los parentescos tan inmediatos que entre sí las enlazan y los que, para remacharlos más, se dibujan en perspectiva, si, en realidad, están acordados nuevos enlaces conyugales entre el Príncipe imperial de Alemania Federico Guillermo, que ya cuenta veinte años, y la Prin-

cesa Victoria Eugenia, hija del Príncipe Enrique de Battenberg y de la Princesa Beatriz de Inglaterra, que tiene trece; sino que fortifican y aumentan el grado de las relaciones políticas entre los dos pueblos y los dos Gobiernos, de los que verdaderamente puede decirse que jamás han estado tan amigos, y acaso tan vecinos á una inteligencia. Mas aunque así sea, esta inteligencia, ¿justificaría ni los movimientos de expectación inquieta que se manifiestan por unos, ni los movimientos de alarmante desconfianza que en Francia querrían hacerse prevalecer sobre todos los corazones de Europa? ¿Quién, ni en qué intereses, se sentiría herido ó amenazado por estas inteligencias, aunque pudieran llegar á la negociación formal de una nueva alianza? ¿Sería Rusia, como declaman los periódicos de París? ¿Sería Francia, esa prostituta enferma del continente, que jamás piensa en prosperar tranquila, y que cuando ha hecho ridículas en el mundo sus eternas alharacas contra Alemania porque no le devuelve las provincias rhinianas que se anexionó el Imperio vencedor, no deja transcurrir día sin bosquejar alguna provocación contra Inglaterra, ya con sus alaridos platónicos en favor de los *boers*, que no pasan de las aceras del boulevard, ya con sus invasiones africanas con que molesta sin tregua á sus llamadas hermanas Italia y España y turbarían, si pudiera, el equilibrio del Mediterráneo, ya con el aguijón de sus pretendidas alianzas ofensivas con Rusia y los Estados Unidos, á quienes no conseguirá arrastrar jamás al ambicionado duelo á que los estimula; ya con los proyectos, tan fantásticos y deleznable cuanto más públicos, de su flamante General Mercier sobre una invasión en la Gran Bretaña? ¿A quién heriría, y quién se sentiría amenazado, si Alemania y la Gran Bretaña llegaran á un acuerdo común? No será ciertamente á Rusia en Oriente, donde el problema del Celeste Imperio se aproxima á su término y en cuyas resoluciones reinará al cabo un espíritu concorde entre las potencias coaligadas para aquella empresa que tanto ha dado que hablar y que pensar. No será tampoco para

prevenir repartos en Europa, con que sólo sueñan los que quisieran poder echar haces y haces al rescoldo para encender el conflicto universal, y que declamando sobre prematuros pan-germanismos y sobre distribución de Estados y de pueblos y de razas húngaras y bohemias, ilirias y croatas, slavas é italianas, redactan á su modo el testamento del Emperador Francisco José, señalando inoportunamente para su muerte el fin de su Imperio. ¡Malos arúspices suelen ser los políticos de periódicos y cervecerías, que creen tener en su mano la pajuela con que prender fuego al mundo! Y como, si en realidad el siglo en que hemos entrado ofrece peligros más ó menos inminentes á Europa, esos peligros han de proceder de otro cuadrante, las inteligencias políticas entre Inglaterra y Alemania, ¡á despecho de las baldías alharacas navales de Tolón!—dellegar á substanciarse en acuerdos públicos y solemnes, lejos de producir temores ni desconfianzas, deberían ser considerados como una nueva garantía para la inmunidad de Europa y para la paz del universo.

Por ningún aspecto por donde se la considere, esta alianza puede dañar la amistad tradicional que existe entre el nuevo Imperio de Alemania y el vasto Imperio del Czar. Así el Imperio austrohúngaro, como Italia, que con el Imperio alemán forman la alianza triple, á quien el mundo debe la prolongada era de paz que disfruta, lejos de ver el decantado acuerdo germanobritánico como un síntoma de la ruptura de su alianza, no pueden menos de juzgarlo como un refuerzo poderoso para su propia eficacia, de que, ante los problemas reales del porvenir, indudablemente habrá necesidad; y aunque en los Balcanes haya siempre un material inflamable, sin que sean precisas otras chispas que las que puedan saltar de sus pequeñas provincias ó de sus pequeños Estados, sin que haya que atizar imaginarias concupiscencias en el corazón de Alemania para lograr poner un pie en Trieste y en el canal del Adriático como lo tiene establecido en Kiel y en el canal del Báltico, ni convertir la bahía de Delagoa y el canal de Mozambique en la co-

dicia extrema del formidable poder británico, á los Gabinetes de Londres y de Berlín, y á uno y á otro Almirantazgo, han de dar más cuidado que los fomentos de las escuadras de Francia y Rusia, que las ostentaciones navales italofrancesas de la rada de Tolón en presencia de Mr. Loubet, y aun que la misma política asiática del emperador Nicolás y que la misma política africana de la República, el incremento del poder de los Estados Unidos y su decantada doctrina de Monroe, que ahora vuelve á jugar en los proyectos del canal de Nicaragua, y cuya doctrina de exclusivismo americano en América no impide que los Estados Unidos, reclamados por la emulación de todo el viejo mundo, se presente á intervenir ó tomar parte en la lid perpetua de todos los intereses en Asia, en Africa, y aun en la misma Europa.

¿Cómo ha de despertar alarmas, ni desconfianzas, el supuesto acuerdo angloalemán, que se cree emanado de los sucesos últimos á que ha dado lugar la muerte de la Reina Victoria en la isla de Witth, si el mundo de la previsión, que sabe leer los oscuros alfabetos del tiempo futuro, y que tan gran culpa cometió cuando abandonó á España en sus colonias á las hambrientas garras del coloso opulento de la América del Norte, el problema más arduo que tiene delante de su mirada es la guerra intercontinental que ningún valladar humano ha de impedir en el siglo en que hemos entrado? Esa alianza angloalemana será la única esperanza de Europa cuando esa hora suene, aun contra las manos alevés y traidoras que de Europa se tiendan por encima de los mares para traer á nuestro continente al nuevo Tarif yanqui. Ante esa nueva y voraz ambición que Europa ha despertado, y que Europa ha permitido tome cuerpo formidable de repente, abandonando á España á la crueldad de sus apetitos, es ante la que importa á nuestro continente, en el momento y en la situación en que se halla, conocer como una esperanza y como una garantía el grado de las relaciones políticas que se han establecido entre Alemania y la Gran Bretaña, por consecuencia del súbito

viaje del Emperador Guillermo II á Osborne, interrumpiendo bruscamente las fiestas bicentenarias de Berlín, para recoger el último suspiro y los mandatos testamentarios de su augusta abuela la Reina Emperatriz Victoria.

En vano se extreman las alarmas artificiales de una incógnita inquietante para Europa. ¿Si realmente existiera esta incógnita, por ventura, podría darse por descubierta, ni aun después de las declaraciones que en el Reichstag se propuso arrancar en Marzo último el diputado del Centro, Schäder, al Canciller von Bulow, acerca del viaje del Rey, la neutralidad con los *boers* y las relaciones con Rusia? ¿Esta incógnita desaparecería después de las entrevistas con Zanardelli en Verona, de las alharacas de *La Patrie* sobre dislocación de la triple, y de la revista naval de Loubet? ¿Esta incógnita se convertiría en un acuerdo de acción en cuyas combinaciones pudieran entrar Trípoli, el Muluya, Mahón y Gibraltar á costa de Turquía, Marruecos y España?

## II

Es indudable que el Emperador Guillermo II no aplica, desde su ascensión al trono imperial de Alemania, otra política que la que tomó y repite de su gran maestro el antiguo Canciller, Príncipe de Bismarck, fundador del Imperio. Esta política puede muy bien definirse y apellidarse la política del genio: así se transpira en la improvisación de sus resoluciones. Para cada circunstancia de la vida préstanle la intuición suprema de la oportunidad y del acierto el seguro instinto y la abundancia de corazón que con fulmínea celeridad le impulsan á las más discretas determinaciones. ¿Y qué más que un rasgo, y ciertamente de los más simpáticos, de este carácter, de esta intención y de este acierto, fue el improvisado viaje del Emperador Guillermo á recibir el último suspiro de

su augusta abuela la Reina Victoria, que tal movimiento de simpatía causó en la noble sociedad de Inglaterra? El fino tacto, el pronto discernimiento, la suma prudencia son espontáneas y casi orgánicas disposiciones de la naturaleza del Emperador, y ellas explican el alto sentido con que procede de frente en toda ocasión y ante todo suceso y sobre todo en el que se relata. ¿Es que estas virtudes acompañan siempre, ó son inherentes á esas naturalezas especialmente circunspectas y sensibles de los que el lenguaje popular apellida hombres de corazón? Sin la tenacidad de las discusiones á que su presencia en Inglaterra, á la muerte de la augusta abuela se ha prestado, el acto referido no quedaría consumado sino como en reflejo del carácter personal del monarca. ¿No autorizaría este juicio la noción que se tenía del Emperador Guillermo, como hombre doméstico tan efusivo en la doméstica intimidad? Lo mismo en el Príncipe de Bismarck que en el Emperador Guillermo II, el hombre doméstico proyecta sobre sus nobles figuras esa simpática irradiación que brota del seno de la familia. Lo mismo el Príncipe de Bismarck que el Emperador Guillermo II, despojados de los atributos imponentes de su respectiva posición, en el círculo doméstico forman el ideal y el ejemplo de una virtuosidad maravillosa, y lo mismo del uno como del otro puede con razón decirse, así en el Imperio como en todas partes, que en toda Alemania no hay hijos, esposos, ni padres mejores que ellos lo son ó han sido. Los que han leído el interesante libro titulado *Nuestro Emperador: diez años de reinado de Guillermo II*, no pueden tener la menor duda de lo que es el Emperador Guillermo bajo este punto de vista, porque las descripciones que en él se hacen de las costumbres reservadas de su hogar, aunque algo panegíricas, son las revelaciones fidedignas de la intimidad. Bajo las mismas ingenuas impresiones escribió Enrique Gotthard de Freitschke también, cuando, con su estilo deslumbrador, en los prolegómenos de su *Historia de Alemania en el siglo XIX*, que interrumpió una muerte prematura, personificó en Bis-

marck la prosperidad del gobierno por el genio, y constituyó á Guillermo II en una imagen de Bismarck.

El reloj representa la suprema ordenanza reguladora de los actos del Emperador. De esta ley que sobre el Emperador impera emanan dos excelentes virtudes: el orden y la exactitud. Bajo el compás de las horas mide el cuidado y el aseo de su persona; atiende á su sustento siempre en comunidad con la Emperatriz; despacha los asuntos propios y los del Estado; recibe, mima, escucha, juega y aprueba ó reprende los actos infantiles de los Príncipes sus hijos, de quienes oye embelesado los sueños que han tenido ó el curso de los estudios en que se educan; acude con religioso tesón á las exigencias de sus deberes en su gabinete de trabajo; dicta su programa del día; se informa de su correspondencia epistolar; toma conocimiento, anota por sí ó hace pasar á las dependencias respectivas las 300 ó 400 cartas, peticiones, súplicas é instancias que la constituyen cada día; se traslada en coche con la Emperatriz á las inmediaciones del castillo de Bellevue, de Kurfürsterdam, ó á algún otro paraje desviado; pasea con su hermosa Augusta Victoria un rato á pie y cogidos de la mano; asiste á su regreso á las audiencias concedidas de antemano; se hace dar cuenta de la administración de los dominios imperiales, de las obras que se emprenden, de los presupuestos de fiestas y viajes; concede su turno á los jefes de los diversos Gabinetes civil, militar y de marina; firma, come y toma café; se toma de nuevo el carruaje de visitas; se regresa otra vez para continuar los trabajos de Gabinete interrumpidos, hojear los periódicos y admitir las conferencias de los personajes de mayor graduación, y la hora de la cena se reserva para las deleitaciones íntimas, á que concurren ordinariamente, no sólo los comensales de la etiqueta, de la política ó de la sangre, sino la gente de ciencia, las eminencias de la literatura y las artes, los impulsores de altas empresas y todas aquellas otras personas de posición culminante, de las que brotan rayos de luz para el Imperio y para el alma del Emperador.



Menos en sus funciones habituales de la rutina oficial, en todos sus demás actos toma parte la Emperatriz Augusta Victoria. En las habitaciones de la Emperatriz se sirve el desayuno de la mañana, se reciben las caricias de los Príncipes y se les despide para la práctica de sus estudios. Que haya un día tenebroso ó que lo dore un sol espléndido, la Emperatriz madruga, á la par que el Emperador, y hasta cuando por consecuencia de algún asunto apremiante el Emperador adelanta á las cinco de la mañana la hora de su colación, con él la liba la Emperatriz, ya ataviada en aquella cámara augusta que adornan los cuadros de Watteau, entre el menaje más refinado de la más artística coquetería. En aquella cámara, el Emperador siente la languidez del idilio, y anteponiendo este deleite de familia que allí goza á todo otro esplendor, frecuentemente se le oye decir: —*No soy jamás tan dichoso como cuando almuerzo frente á mi mujer y le leo un libro interesante.*—El paseo de la mañana, sin la Emperatriz, no tendría su singular encanto. Ordinariamente, la misma Emperatriz le anuncia la hora de él, presentándose á la puerta de su gabinete de trabajo á sacarle de la abstracción de sus ocupaciones. Cuando la pareja imperial toma el coche, un cazador con tricornio, que adorna una pluma blanca y que toma asiento en el pescante al lado del cochero, advierte á los que se aglomeran al paso desde la avenida de los Tilos hasta la puerta del Brandeburgo que allí van los soberanos. Todo el mundo los saluda, y con frecuencia los aclama. Por la modestia del traje, nadie los reconocería. El Emperador, que siguiendo la tradición secular de sus antepasados aún ignora el uso civil del frac, viste el pequeño uniforme de general prusiano, que cubre una capa gris. La *toilette* de la Emperatriz es también casi doméstica de puro sencilla. La comida de la una de la tarde, se hace cinco días de la semana en la cámara de la Emperatriz, y los augustos cónyuges la disfrutan solos. Solo dos días se admite á la mesa imperial, cubierta de flores, gran número de invitados, y entre ellos los tres Príncipes mayores; mas en estos días el café se

toma en la biblioteca ó en alguna otra sala de las habitaciones de la Emperatriz. La Emperatriz lleva la nota de las visitas ó de las excursiones de la tarde. Estas visitas, no sólo se hacen á diversos personajes oficiales, así del alto mundo alemán como del de los extranjeros, sino á los talleres de algún artista ó á las obras de alguna gran construcción ó monumento.

La comida de la noche y la velada que la sigue, son los actos que se dedican cada día á lo que pudiera llamarse las expansiones de la intimidad social. A esta comida concurre siempre gran número de comensales; por lo regular personajes que viven en un mismo medio y que se interesan en unas mismas cuestiones. A veces confluyen juntos oficiales, profesores, gente de ciencia, pintores, escritores de gran reputación, músicos, y la conversación general se entabla, desde luego, siempre animada y con frecuencia alegre. El Emperador habla á cada uno de sus invitados sobre algún tema de lo que le es más familiar; hace departir á cada uno de su ciencia ó de su arte; expone dudas y solicita sus opiniones. A veces se discute y se caldean las ideas. Se entra en polémica, en la que el saber pone tanta parte como la fina cortesía y el ingenio. Estos torneos de la suma cultura complacen mucho al Emperador y divierten á la Emperatriz; mas cuando se prolongan demasiado y se sostienen teorías de obstinación, el Emperador interviene para terminar las controversias, hallando siempre el medio de reconciliar con una opinión neutral las proposiciones opuestas. Las noches consagradas á los compositores, no sólo se hace música y se canta, sino el Emperador pide á los que saben que tienen obras sobre el bastidor, le hagan oír trozos ó piezas inéditas. La Emperatriz siempre sonríe, aplaude y anima; el Emperador siempre pregunta y aprende. El compás de las horas corta aquellas honestas deleitaciones. El Emperador se levanta, y á esta señal los invitados se retiran, despidiéndose respetuosamente. El Emperador vuelve á encontrarse solo enfrente de la Emperatriz, y sobre la imperial estancia reinan las dichas que esmaltan la soledad y el silencio.

El pequeño cuadro que queda trazado basta para formar el concepto íntimo del Emperador Guillermo en todas las fases del hombre y del soberano. Sus líneas personales dibujan un cúmulo extraordinario de seductoras virtudes. Tal padre, tal esposo, tal amigo; si esculpe la bella fisonomía de un gran monarca, ¿cómo no había de poner en alto relieve la del hijo tierno y la del tierno nieto? Sus visitas frecuentes al lugar donde devora la amarga melancolía de sus dolorosos males su madre augusta la Emperatriz Federico, constituyen para la pareja imperial una casi incesante peregrinación. Sus visitas á las residencias reales de la que fue su abuela la Reina Victoria de Inglaterra, más de una vez arrostraron las furias de la opinión. Hasta en la misma Inglaterra se le negaron en estas giras las corteses complacencias de un cortesano hospedaje. Hasta en la misma Alemania se vertieron expresiones de mal disimulada contradicción. En otras partes la irreverencia, alentada por los fueros de la impunidad, inspiró crudos epigramas y desnudas caricaturas.

Se ha dicho que las atracciones del parentesco disfrazan en él los pensamientos políticos; que antes de su caída, Bismarck sólo los adivinó, y que pesaroso de que ellos alteraran las bases del equilibrio que había establecido bajo Guillermo I y el Emperador Federico, el eje, así de las alianzas como de las amistades seculares del nuevo Imperio, las tendencias de Guillermo II á estrechar con la Gran Bretaña, no pesaron poco en su extrema resolución del retiro y en la desdeñosa acritud con que en él formuló sus censuras contra la política original del soberano nuevo. Tal vez el Príncipe de Bismarck, en sus prevenciones contra Inglaterra, se atenía más que á las atracciones que personalmente sentía hacia el Imperio de los Czares, el aliado de Prusia, como Prusia lo fue de él en sus horas respectivas de amargura, atracciones en que se identificaba enteramente con el alma de su Emperador Guillermo, al temor que le embargaba de que la Gran Bretaña fuera la única potencia que pudiera oponerse seriamente

á la política de expansión colonial y de expansión comercial que había inaugurado en Alemania, atropellando por todos los obstáculos que se le movieron, como complemento del gran poder y del gran influjo de que dejó decorado en el mundo el Imperio de su creación absoluta y personal. Pero esta política expansiva en el concepto de su poder colonial, de su poder naval y de su poder comercial, no podía mantenerla la posición estática en que colocó al Imperio en el seno de sus alianzas continentales, desde que el Imperio cobró en las relaciones del mar la graduación ascendente que determinan las posesiones adquiridas y los protectorados establecidos en África, en el mar Pacífico y en el Asia, y desde que alcanzaron el portentoso incremento que han tenido, en los treinta años de su glorioso encumbramiento, su flota militar, su flota mercantil y la admirable suma del capital nacional que en ese tiempo se ha invertido, ya en la promoción, ya en la participación de las grandes empresas acometidas por el dinero alemán en todos los círculos del planeta.

Estos nuevos intereses tenían que imponer al genio del Emperador Guillermo una nueva política en el equilibrio de los mares, que, lejos de aflojar las redes de su política en el equilibrio del continente, las apriete y las robustezca. Y si el Emperador Guillermo, con su instinto indiscutible del acierto, demandó ó, atropellando por encima de todos los desagrados, desde el primer momento de su ascensión al trono, penetró el fondo de estos intereses, y uniendo á la inspiración de sus pensamientos políticos la dulce inclinación de sus tiernos sentimientos familiares, á la sombra de la venerable maternidad de la Reina Victoria de Inglaterra, comenzó á poner los jalones que le han conducido, á pesar de tantas esquivas, á las entusiastas aclamaciones que ahora se le han hecho en la capital de la Gran Bretaña, hay que ver en este suceso un triunfo de su política y de su previsión: el triunfo que ha hecho que en la opinión del mundo, en los momentos del duelo de la Reina muerta, casi se hayan fijado todas las miradas más en

él y en su conducta, que en el Príncipe que ya ocupa el trono de la *wellbeloved* soberana.

Italia, la Italia que gobernaba aún Saracco, la Italia que bajo el gobierno de Zanardelli ahora va á la vez á Verona con sus ministros y á Tolón con sus naves, la Italia no lo disimuló entonces:—«Si se han establecido, escribían sus periódicos más importantes, las inteligencias de que se habla entre Alemania é Inglaterra, sobre la tumba de la Reina Victoria, por Guillermo II y por Eduardo VII, bienhadado sea este concierto. La triple alianza, garantía de la paz en el mundo, está de enhorabuena. En realidad necesitaba de ese poderoso refugio.»—*Berliner Tageblatt* ha dicho, durante la estancia del Emperador en la isla de Whigd: «Alemania entera tiene la vista fija en Osborne con ansiedad nacional.»—Y la *Kölnische Zeitung* así respondía á las alharacas insidiosas de los periódicos de París: «Inglaterra y Alemania tienen tantos intereses comunes en el mundo, y tan importante es para una y otra gran potencia el mantenimiento de la paz europea, que su mutua y concordada cooperación á este fin es cosa muy natural. Esta cooperación no excluye la de los otros Estados aliados y amigos de aquellas dos potencias, porque se dirige á la defensa y no á la ofensa: y es motivo de universal satisfacción que esta cooperación pueda verificarse desde el seno de una leal, recíproca, honrada y sincera amistad. Engañanse los que suponen un desacuerdo existente entre la nación alemana y su Emperador. La Alemania nacional siente la misma complacencia que la Alemania oficial en la aproximación amistosa de la Gran Bretaña.» Estas es en realidad la suprema intuición de los intereses germánicos en la posición actual del moderno Imperio, en la suprema previsión de los problemas del porvenir para Europa entera.

¿Aprovechó el Emperador su expedición á Inglaterra, movido del tierno afecto de familia que en su corazón es tan profundo, para escribir en los anales de la política del momento una página del genio? Von Bulow, en el Reichstag, lo ha negado: el tiempo hablará en verdad. A Bulow le hizo hablar

Schäder y de Alemania se sabe por todos que frecuentemente el poder ha tenido que realizar sus obras prácticas nacionales contra las mismas corrientes de la opinión. A pesar de estas corrientes negativas se hizo el Imperio.

### III

Todavía hay muchos espíritus en el mundo que acerca del Imperio de Alemania sólo alcanzan las opiniones que se formaron en los dos primeros períodos de su historia del último siglo, engrandecidas por los esfuerzos bismarckianos para la constitución definitiva del Imperio que formó del aura de las victorias marciales. Pero el que examina bien el fondo de las cosas, el espíritu de Alemania, al entrar el siglo xx, no es el espíritu de la Alemania del romanticismo, del liberalismo y ni aun del imperialismo del siglo xix, como no es tampoco su cuerpo político el cuerpo político que quedó de los desbarajustes napoleónicos, ni el cuerpo político de los dos Federicos Guillemos III y IV y su monarquía liberal, ni el cuerpo político que engendró Bismarck de las anexiones de los ducados, de la exclusión del Austria de la hegemonía germánica, de la nueva confederación del Norte, ni de la proclamación imperial de 1871. Si el espíritu es la inspiración, si el espíritu es el saber, compárense las corrientes del genio y de la ciencia entre la Alemania de las luchas napoleónicas, la Alemania del romanticismo inerte, la Alemania del liberalismo trastornador y la Alemania del imperialismo naciente, con el giro que desde la creación de una Alemania industrial, comercial, marítima y colonial, han tomado las artes y las ciencias, que hacen fecundos los tesoros de la inteligencia. Háganse estas mismas comparaciones en lo que respecta al cuerpo orgánico y sustantivo de la nación. En todos estos fenómenos, como en los políticos, no se observará ya más espíritu teórico ó práctico, que el esencialmente utilitario y conservador.

La más alta expresión de la virtualidad y potencia del espíritu alemán, al comenzar el siglo XIX, se hallaba encarnado en la legión gloriosa de sus filósofos, de sus poetas, de sus críticos, de sus filólogos. El influjo de sus ideas, de sus escuelas, de sus doctrinas, se había apoderado del espíritu del mundo culto y había engendrado universal imperio y universal proselitismo. El espíritu alemán, engendrador perseverante, pero paulatino de su actual Imperio, jamás estuvo en la inteligencia ilustrada de Federico el Grande, sino en su espada y en sus espuelas. El Gran Federico no era más que un semifilósofo á lo Voltaire, que cultivaba la filosofía francesa y sentíase halagado de que le rodeasen sus representantes cuando Alemania ya poseía á Manuel Kant, el crítico de la razón pura, cuyo genio había de imponerse al mundo para ser la expresión más elevada del pensamiento humano durante todo el siglo XIX. Del siglo XVIII trajeron y derramaron torrentes de luz sobre Alemania, para desparramarse después por toda la tierra, Winckelmann, el revelador del mundo antiguo; Lessing, el purificador de la literatura, y que le trazó un nuevo camino; Herder, que encendió sus antorchas á la crítica de la Historia; Goethe, que en sublimes oleadas rítmicas levantaba el pensamiento á nuevas armonías. Del germen de estos pensadores brotaba Schelling, abriendo el siglo en el mismo año 1800 con su sistema del idealismo trascendental, y cuando su influencia extendía su mágicas redes por toda la extensión del continente, revelábase en batalladora rivalidad Hegel, que, aunque no menos obscuro que su adversario, logró impregnar de su espíritu todas las creaciones objetivas humanas que á la sazón se reconstituían, disueltas sus antiguas bases en el crisol de la revolución que encendía el universo en una lucha de gigantes y semidioses, de la que salían las nuevas concepciones y los nuevos moldes del Estado, del derecho, de la moral y del arte. Apenas se pueden comprender en nuestros días, con ser hechos de ayer, de mañana, el poder que ejercieron sus metafísicas abstracciones; y, sin embargo, hasta casi acabar el tercer

cuarto del siglo que ha concluído, todas las manifestaciones del espíritu de una época tan dilatada llevaron el sello de la filosofía de Hegel.

El primer país hipnotizado era la misma Alemania. Los contemporáneos de Hegel nos han dejado testificado el efecto de los cursos que el ilustre profesor dictaba en Jena á la juventud de aquel tiempo. «Ninguna cátedra—dice Guillermo Schimper—era bastante espaciosa para contener sus oyentes, que se apretaban unos contra otros alguna horas antes.» Y sin embargo, en la transformación en que después han caído las ideas en Alemania, y en todas partes donde aquella filosofía encendió el entusiasmo hasta el delirio, ya se habla de las teorías de Hegel como de una cosa pasada, por donde los siglos han dejado su destructora carcoma. Las transformaciones geográficas y políticas han desviado el pensamiento de aquellas abstracciones, dirigiéndolo hacia la esfera de conocimientos más positivos; y en esta transformación ningún país de Europa ha tomado mayor parte, desde la aparición de Bismarck, que la misma Alemania, más profundamente impresionada por las realidades prácticas del éxito. Con aquella filosofía no se llegó á ninguna meta apetecida. El período liberal no produjo, ni en la teórica, sino simples medianías; y cuando después de los fracasados esfuerzos de Luis Buchner y Ernesto Haeckel, de Carlos Vogt y de Moleschott, el genial misántropo de Francfort, Schopenhauer, trató de reanudar el hilo interrumpido, su obra inmortal *El mundo como voluntad y representación* sólo sirvió de acicate á las ideas del imperialismo. A pesar de todo, el verdadero filósofo alemán de este último período, pues que su vida ha transcurrido entre 1844 y 1900, fué Nietzsche, el cual, á la proclamación del culto del heroísmo, reemplazando el de las virtudes de las muchedumbres, su expresión filosófica, debió la plena seguridad de su éxito triunfante.

¿Qué hechos positivos han emanado de la ardiente discusión de tantas teorías, de tantos principios y de tantas escue-



las y sistemas, para la ordenación del pensamiento? ¿Quién llamará jamás á estos filósofos los precursores de la libertad germánica, los propulsores de su unidad política, ni aun los augures siquiera de su actual y maravilloso Imperio? ¡Y sin embargo, á ellos, como á sus poetas, á sus críticos, á sus filólogos, no podrá negarse el título de cooperadores sublimes en la redención nacional, porque ellos contribuyeron en máxima parte á reconstruir la superioridad de espíritu que ha engendrado para la lucha la superioridad moral, y la superioridad material que ha sido en la acción de la diplomacia y en la acción de los ejércitos la palanca imponderable de su fuerza. Ya Goethe no agita el espíritu de las multitudes germánicas haciéndolas experimentar en la escena las ansias redentoras de Guillermo Tell, María Stuard, Juana de Arco; ya Augusto Guillermo y Federico Schlegel no despiertan los romanticismos heroicos que para popularizarlos en el país de los antiguos nibelungos aportaron de las literaturas medioevales de España, Portugal é Italia, y del genio colosal de Shakspeare; ya Luis Fleck, mofándose de la erudición exótica de los hermanos Schlegel, no acude á los tesoros escondidos de la antigua poesía alemana y á los monumentos del antiguo arte gótico alemán, y traduciendo en la lengua moderna los viejos cantos de los ministriles, y celebrando en la acción dramática del teatro la rústica piedad de los lejanos siglos, no prepara nuevos caminos para que otro Ricardo Wagner por un lado, y otro poeta imperial, como el que actualmente rige los destinos de la patria común germánica, resucitando los héroes de la leyenda y los dioses de las mitologías extinguidas, impriman un impulso más de unidad á todas las estirpes teutónicas, juntando en un mismo haz de veneraciones insignes los nombres de los que pelearon por individualizar las cunas de la familia alemana con los héroes de su moderna emancipación, de su moderna unidad y de su moderno engrandecimiento.

Indudablemente el período romántico del Imperio tuvo que ir pasando por una larga evolución de formas y de pensamien-

tos. Sucediendo á Fleck, creador del romanticismo, fórmula vaga de la suprema aspiración nacional, Arnim y Brentano despertaron los cantos populares de Alemania en su remota antigüedad, y los hermanos Grimm redujeron las tradiciones patrias á cuentos infantiles para asentar su firme cimiento en las almas alemanas por medio de la educación en las escuelas. Federico de Hardenberg, generalmente conocido por el pseudónimo de *Novalis*, formó en sus *Himnos de la noche* de su *flor azul* el símbolo del romanticismo. El alma de lo sobrenatural palpitó en las baladas de Alberto de Chamisso, y las de Luis Uhland alcanzaron el lauro de la popularidad, porque sacaron de sus tumbas los animados espectros del heroísmo plebeyo. Eichendorff se convirtió en el bardo místico de los bosques, y Gustavo Schwab, Justino Kemer y Moerike agotaron el caudal de la copiosa linfa del romanticismo. Los reemplazaron los Tirteos de la Independencia Teodoro Körner, el soldado poeta, muerto en Gadebusch, y Ernesto Mauricio Arndt, el autor de *Canto del hierro*. Siguiéron en pos los poetas políticos de la libertad civil, Ruckert, el mismo Uhland, Augusto de Platen, hasta que creada la universalidad del sentimiento regenerador civil, la *Joven Alemania* impulsó más activo el movimiento hacia la libertad, entrando en este impulso los jóvenes de todos los cultos. De la brillante pléyade se destacaron los nombres de dos ilustres israelitas: el de Enrique Heine, que luchó desde la proscripción, y el de Boerner, que al abandonar la lira por la pluma del periodista, combatió la tiranía tradicional hasta levantar contra Federico Guillermo IV las barricadas de 1848. La caterva que le siguió no dió á sus reputaciones el prestigio del genio, mas sus licencias insoportables atraieron sobre sí el rigor de todas las censuras de la honradez, y la Dieta federal de Francfort se vió compelida á pronunciar su condena contra aquella literatura anticristiana, blasfemadora é impúdica, cuya amarga sentencia se extendió hasta las obras posteriores de Laube, Gutzkow, Mundt y Wiembarg.

El movimiento literario iniciado por la *Joven Alemania*,

enteramente coetáneo, aunque en disconformes tendencias con el espíritu de la *Joven Inglaterra*, la *Joven Italia*, la *Joven Hungría* y todas las demás juventudes revolucionarias de Europa, después de haber sido bastante estéril durante el período para ella casi triunfante del liberalismo, se detuvo cuando, con el acceso de Guillermo I al trono de su hermano, que moría loco, y á la aparición de Bismarck en el poder, en lucha abierta contra los oradores, los poetas y los periodistas, inició la gran política exterior que llevaba en sus entrañas incubados los gérmenes del Imperio. Un solo escritor de aquel tiempo, Fallersleben, Profesor de la Universidad de Breslau, y cuyos *lieds*, inspirados en la corriente trastornadora, le costaron la cátedra, formuló en un canto inmortal la sublime aspiración que vagamente y sin soluciones concretas vegetaba en la mente de los pensadores alemanes. Fallersleben hizo popular este canto, que gritaba en rítmicas cadencias al alma alemana: *¡La Alemania, la Alemania por todo y sobre todo!* La burguesía, que no halagaba los mismos ideales del liberalismo, impregnado de la vecindad de Francia, pensaba, sentía y amaba en alemán puro y neto, y se aficionó á la novela que le describía las escenas de la vida y de las costumbres nacionales. El Conde de Anerspeger, que se firmó con el pseudónimo de *Anastasio Grün*, las enviaba desde el Austria pretendiendo sostener la alianza platónica de la política con la poesía; pero el teatro trató de romper el molde secular aristocrático, y Splelhagen se hizo en él y en la novela el caudillo de las democracias invasoras. Ayúdole Fanny Lewald, á quien Auerbach pone en sus idilios campestres al nivel de Jorge Sand; mientras en las Universidades Scheffel, con sus cantos llenos de abandono, de un buen humor un poco cínico, de risa fácil y chabacana y de sátira inocua, se infiltró en el corazón de los escolares. Pero este poeta de los sarcamos frívolos, del burdel y del aula, no era el poeta de la hirviente burguesía. La burguesía soñaba en prosa, y con la vista puesta en Bismarck, la mente activa, que desde luego se reveló como la síntesis de la ejecución, que había al fin de de-

rivarse de todas las largas vibraciones del pensamiento alemán, se inclinó instintivamente al naturalismo, porque en el naturalismo encarna más que en ninguna otra fase de la literatura y el arte el Dios-número y el Dios-éxito, el Dios-vientre y el Dios-verdad, y éste había de ser la suprema divinidad, del tiempo nuevo. Entonces apareció Gustavo Freitag, y abriendo el ciclo de los *Antepasados*, creó la novela local de la Alemania imperial, con que dejaron de interesar las virtudes burguesas, y el sentido de la realidad que inocularon las victorias del Imperio creó el grupo de *Los Modernos*, que si dieron paso á los talentos artísticos exóticos de todas las lenguas, Ibsen, Tolstoï, Zola, fue á condición de hacer figurar en la falange á Nietzsche, que actualmente impone á la multitud inteligente alemana, con el culto del individualismo, el del heroísmo, y que proclamando en la Historia el gobierno por el genio, ha erigido en las figuras del Príncipe de Bismarck y del Emperador Guillermo II las imágenes de los antiguos *semidioses* con el nuevo dictado de los *superhombres*, con que ha incorporado el grupo que representa á la gran corriente imperialista.

Hay que confesar, sin embargo, que á pesar del mérito reconocido del grupo de *Los Modernos*, en que campean, anunciando una ciencia, una literatura y un arte nuevo, Indermann, el hábil técnico dramático; Gerardo Hauptmam, talento mucho más vigoroso y original que el anterior, y que con alma convencida es el que más se interesa por las nuevas fórmulas de la ciencia, de la literatura y del arte; Halbe, que ha producido en su *Juventud* la obra más brillante tal vez de la joven escuela, y Kleist, Grillparzer, Hebbell, Otto, Gottfried, Keller, Ludwig y Teodoro Storm, la nueva corriente científica que de Alemania resbala hasta inundar de luz los horizontes intelectuales del universo entero, base principal de la fuerza que dota á Alemania de un poder incontrastable y de una eficacia inmortal para su universal supremacía, no irradia ya de las abstracciones de sus filósofos, de los que los últimos,

Zeller, Lotze, Hartmam, no pueden vanagloriarse de haber producido, como sus antecesores, ninguna influencia ni en los espíritus ni en los sucesos. De Max Stirner no sabríamos si no hubiera sido el maestro de Nietzsche. El protestantismo romántico de Schleyermacher y de David Federico Straus, que precedió á Renán en la *Vida de Jesús*, ni aun en Ritschi y en Stoccer, único pastor protestante que durante el imperio del *Kultur-Kampf* arrastró el oído y aun las almas de la muchedumbre, ha podido restaurar las luchas de que fueron alma á los pies del mismo Vaticano Niebuhr y Bunsen, cuando sostenían las tendencias liberales y nacionalistas. Desde que Bismarck, después de las enfáticas declaraciones de 1872, en 1879 se vió obligado á ir á Canossa, aunque á pasito, la escuela de los teólogos rebeldes ha enmudecido para las discusiones de la ciencia y de la política, y al alma grande de Luis Windthorst, de quien el 14 de Marzo último el Congreso Católico de Génova celebró el décimo aniversario de su muerte, se debe, á pesar de las persecuciones legislativas de Falk, que el ideal católico, mezcla de fe religiosa y patriotismo, se haya impuesto á los exclusivismos luteranos; pues habiendo logrado formar de la cohorte católica una masa compacta para ponerla enfrente del Gobierno protestante, con su perseverancia y con su denuedo logró constituirse en la amiga más necesaria del Imperio, consignando en su victoria el silencio impuesto á los atletas intelectuales, hasta detener el curso tortuoso que seguía toda la ciencia alemana de la fe y de la razón.

#### IV

Erigido el Imperio, el Imperio del número, del poder y de la utilidad, la corriente del movimiento de las ciencias de la naturaleza, de la observación, del análisis, del número y del cálculo ha sustituido casi enteramente á la corriente de la poesía y del sentimiento, á la corriente de la exploración y la con-

ciencia, á la corriente de la abstracción y de los idealismos y de la corriente nueva de las ciencias prácticas y de aplicación brota y se difunde todo el carácter científico de los adelantos que llenan de admiración al mundo y la vida de comodidades y beneficios. Cuando por una parte Kant, Hegel y aun el mismo Schopenhauer dirigían todo el movimiento filosófico del orbe civilizado, por otra, Schelling y Schlegel, Niebuhr y Curtius, Ranke y Schlosser, Mommsen y Sybel el de la Historia; Wolf, Hermann y Lachmann el de la Filología; y el mismo Mommsen, Ottfreid Müller, Otto, Jahn, Welcker, Schliemann, Kopp, Wackernagel, Eberhard, Lepsius, Nöldeke y Delitzsch el de todos los ramos de la erudición clásica y oriental y de todas las esferas de la arqueología romana, helénica, asiria, troyana, egipcia, y estos y tantos otros insignes que llamamos, parecía haber dado al genio alemán científico su expresión más elevada y el más inmarcesible laurel de sus conquistas, de los vastos dominios de las ciencias de aplicación surgía otra falange que, si no la había de eclipsar, al menos derramó de sus manos el cetro de la utilidad y se puso al lado del nuevo Imperio para robustecer sus fuerzas más positivas. ¿Entró este generoso ideal en el alma del barón Alejandro de Humboldt cuando de España partió á América, de América retrocedió á la Siberia y de la Siberia adelantó hasta la China para pedir sus incógnitas á la Naturaleza? ¿Cuando Hermann de Helmholtz, genio tan universal como el de Humboldt, matemático, físico, fisiólogo, anatomista, astrónomo, químico, filósofo, arrancó á la Naturaleza inerte el secreto de la conservación de la fuerza, entró en su alma aquel generoso ideal? Bunsen y Kirchhoff, físico el uno, químico el otro y ninguno astrónomo, descubriendo en colaboración el análisis espectral, y por él la composición elemental de los cuerpos, y con ella la multitud de elementos que hasta entonces habían sido desconocidos, la composición química del sol, de las estrellas, de los cometas, de la vía láctea, ¿abrigaron la conciencia del propio ideal político-sociológico? ¿La abrigó Liebig, el fundador de la teoría

atómica, y el primero que creó el laboratorio químico modelo, por medio del que han sido posibles los sorprendentes progresos de la ciencia, que colocó su nombre ilustre entre los jefes de la ciencia moderna alemana? Dado el signo de los tiempos, éstos, y sus secuaces, son los que han impreso su actual fisonomía al majestuoso edificio del nuevo Imperio alemán, y los que, marcándole la dirección suprema de sus destinos, han dado el poderoso impulso á todo su engrandecimiento.

De la escuela de Helmholtz salieron Weber, el más grande investigador del magnetismo, y el inventor, con Gauss, del telégrafo eléctrico; Clausius, el propagador más tenaz de la teoría mecánica del calor y de las propiedades físicas de los gases; Hertz, el joven y malogrado Hertz, sostenedor contumaz y demostrador palpable de que la electricidad, de la misma manera que la luz y el calor, está propagada por movimientos vibratorios del éter; Roentgen, que descubrió los rayos X, misteriosas vibraciones luminosas que atraviesan una multitud de cuerpos opacos á la luz ordinaria, y que al hacer posible la fotografía del interior del cuerpo humano viviente, ha traído el auxiliar más precioso al médico y al operador quirúrgico. Liebig, no sólo constituyó la química en la ciencia alemana por excelencia, sino que hizo el más abundante y fértil proselitismo. En el dominio de la química orgánica Kekulé, tal vez el sabio alemán menos conocido en el estudio de la gran ciencia de batalla, circunscrito á la labor árida de la ciencia pura, sólo proyectó la facundia de sus descubrimientos sobre la técnica. La química industrial, sin embargo, ha recogido todo el haz de sus teorías para aplicarlas sobre los cuerpos aromáticos. Pero el gran descubrimiento de Kekulé fue el de la molécula de la bencina en la forma de anillo ó exágono. A este descubrimiento se han debido las conquistas más importantes de la química tecnológica. Con el descubrimiento de la molécula exagonal de la bencina se han descubierto después los colores de la anilina, las propiedades de la antipirina, de la sacarina y de otros productos semejantes. A Wöhler, con-

temporáneo de Liebig, se debe la síntesis artificial de la úrea, con la que se ha destruído la química de los séres vivientes, la leyenda de la química vital.

Si la síntesis del índigo de Bayer y la síntesis del azúcar de Fischer hasta ahora no han ofrecido otro interés que el puramente teórico, el de la anilina por Hofmann ha sido de suprema importancia en sí mismo y sus resultados, y en sus inmediatas deducciones. La anilina ha prosperado de una manera sorprendente las industrias fundadas sobre la química y la física, industrias que en ninguna parte del mundo han alcanzado tan poderoso desarrollo como en Alemania. El nombre de los Siemens, por las aplicaciones industriales de estos descubrimientos, está ligado en el orbe todo á los progresos más importantes de la electrotécnica. Sobre la invención de la máquina dinamoeléctrica descansa la mayor parte de las aplicaciones prácticas de la electricidad por Werner Siemens. Él tendió el primer cable eléctrico submarino de Bona á Cagliari. Él hizo poner en prodigioso movimiento el primer ferrocarril empujado por la electricidad. Alemania ha unido estas conquistas á las incesantes que hace á la vez la mecánica, en cuyo estadio el número y el cálculo se han elevado á la graduación de la ciencia por excelencia. Aun como ciencia pura, ¡qué falange tan gloriosa la de la Alemania nueva! Jacobi con Abel, crean la teoría de las elípticas y de sus funciones; Dirichlet aplica el cálculo integral á la teoría de los números; Alcebius, Phuker y Kunmer, renuevan la geometría analítica; Arohonld, funda la teoría de las invariantes; Remauh y Weyertrass, desarrolla las de las funciones; y con éstos se hace inenarrable el número de los demás restauradores. A la ciencia del número, ciencia tan antigua como el hombre y como la vida tan inmortal, se junta otra ciencia nueva en sus formas, aunque tan vieja como la existencia sobre el planeta: la biología, la ciencia de los séres vivientes, en sus tres ramas botánica, zoológica y humana, aunque para la ciencia pura, la última se excluye. La biología, en realidad, no contribuye



al progreso de la ciencia, sino desde que fue descubierta la célula, que es para la materia viviente como la molécula para la materia inerte. El inglés Hooke indudablemente la adivinó en el corcho examinado al microscopio; pero su impericia científica no le permitió razonar lo que fue objeto simple de su curiosa observación. La célula, conquista del microscopio, se descubrió en los comienzos del siglo XIX por tres botánicos alemanes insignes: Schleider, Mohl y Nägeli. En su estudio quedó demostrado que la vida de la planta es la suma de la vida de estos organismos elementales, fuera de los que no hay ni es posible la vida. En seguida Schwann probó que el cuerpo del hombre, como el de los demás animales, estaba compuesto de células como el de las plantas, no existiendo, por lo tanto, ninguna diferencia fundamental entre las diversas formas de la vida. En esta nueva fuente de saber se ilustraron grandes capacidades científicas, Max Schultz, Brucke, Virchow y, sobre todo, Hertwiz que, extendiendo la teoría celular á los fenómenos de la sexualidad, demostró que el amor no es más que la recíproca atracción de dos células, que la fecundación es su fusión y que en esto también hombres, animales y plantas no presentan ninguna diferencia esencial.

A qué órdenes de ideas y de abstracciones ha dado margen esta nueva rama de la ciencia, los nombres de Lamarck, Darwin y Huxley lo revelan: mas el alemán Hæckel en su *Historia natural de la creación* y en su *Antropogenia*, traducidas á todas las lenguas cultas, puede, en realidad, llamarse su universal popularizador. De estudio en estudio, se ha venido á parar en la microbiología ó ciencia de los infinitamente pequeños del mundo de las plantas y de los animales. Los polvos vivientes impalpables, invisibles, que pueblan el aire, las aguas, el suelo donde los demás seres orgánicos se alojan, saliendo de la esfera de simple observación y catalogación del naturalista, pasaron luego á la jurisdicción de otras ciencias; y la Medicina, investigando el origen microbiológico de muchas enfermedades, especialmente las infecciosas, trató de

E. M.—Mayo 1901.

averiguar el papel que los microbios representan en las fermentaciones de los pudrideros. Un alemán, entonces, Fernando Cohn, hizo el primer reconocimiento sobre la naturaleza de los bacilos, y si al francés Pasteur se debe el descubrimiento del origen microbiológico en ciertas enfermedades, médicos alemanes, Koch y Behring han sido los fundadores de las doctrinas que han impreso una base científica á este descubrimiento, haciéndolo utilizable en beneficio de la humanidad. En sentido opuesto al del conocimiento de los microbios que siembran la destrucción y la muerte donde quiera que anidan, los progresos de la biología han tomado sus indemnizaciones en provecho de la industria. La conservación de los productos alimenticios, que ha proporcionado ya y aumenta cada día las fuentes de la riqueza universal, ha sido otra de las industrias fundadas sobre los progresos de la biología. No hablemos de las ciencias médicas. La biología ha dado á la medicina nuevas bases y de tal importancia, que casi puede decirse que hasta ahora ha sido un mero empirismo rutinario, y que ahora es una ciencia nueva.

## V

Se dice comúnmente que el impulso que han promovido los ferrocarriles, el telégrafo, los buques de vapor, los viajes científicos y las conquistas coloniales á la actividad de los pueblos modernos, han sido las palancas del progreso prodigioso de la industria y del comercio. Pero en todos estos adelantos, ¿no tiene su parte principal la nueva corriente práctica dada á la dirección del saber? En estas conquistas comunes, Alemania, ciertamente, no ha podido recriminarse jamás de haber quedado en rezago. Desde 1818 fue adoptado el vapor por ella para su navegación fluvial. En 1835, circuló su primer ferrocarril de Nurenberg á Furth, y si bajo el reinado de Federico Guillermo III el desarrollo de estos medios de locomo-

ción fue muy lento; después de los triunfos de Napoleón III en Crimea y en Italia, el Estado Mayor militar aconsejó con vivas instancias al Rey Federico Guillermo IV, que era preciso escuchar el hasta entonces desatendido clamor de los industriales y comerciantes, porque las líneas férreas habían de entrar en el sistema defensivo y estratégico de Prusia. En 1870, ya la red de los ferrocarriles de toda Alemania era bastante extensa, y después de la constitución del Imperio, el Príncipe de Bismarck instó á que el Estado imperial adquiriese el mayor número de ferrocarriles que se fuera pudiendo. En 1880, la red de los ferrocarriles alemanes ascendía á 31.636 kilómetros, de los que sólo 4.165 eran aún de compañías particulares intervenidas por el Estado, y 11.849 de las compañías únicamente. En 1890, la extensión total se dilataba por 40.983 kilómetros, teniendo por auxiliares 86.500 kilómetros de carretera. En la comunicación marítima, la primera línea postal con buques de vapor que se estableció con América en Europa, fue la de Bremen, en 1846. Hoy las Compañías trasatlánticas de navegación que Alemania cuenta, no tienen rivales en el mundo, y desde Hamburgo parten sin cesar las naves que llevan pasajeros, correspondencia, mercancías, á todos los mares que bañan costas de la tierra.

Pero para esta activa navegación se exige una base de producción y de industria extraordinariamente numerosa, que pueda comportar tan portentoso intercambio. Y aquí el fundamento esencial del poder del nuevo Imperio. La hulla y el hierro han sido los elementos impulsivos de estos grandes progresos. En 1800 la producción de la hulla en las minas del Rin no llegaba á más de 17.700 toneladas, y á poco más las de Silesia. En 1900 se elevó el valor del carbón de piedra beneficiado á 385 millones de marcos, á los que hay que añadir 44 millones de marcos por la extracción de la lignita. La producción del hierro corre pareja con la de la hulla. La industria del hierro, transformada por Alfredo Krupp, que ha logrado obtener el acero en bloques macizos, sirviéndose de

ellos para usos que hasta entonces estaban reservados al hierro de forja, ha llegado á convertir la pequeña fragua paterna de Essen en el centro más importante de la industria del hierro que se conoce en el mundo. A la vez que los mil y mil objetos pacíficos que fabrica para la economía y las artes, él es el arsenal de donde toman sus armamentos la mayor parte de las naciones de los dos hemisferios. Solamente cañones de cuantos sistemas son imaginables, ha construído, hasta 1900, más de 30.000, que se han distribuído por todos los espacios del planeta. Las ciudades de Düsseldorf, Bochum y Witen sostienen admirables fundiciones del mismo metal; en Solingen se fabrican armas blancas; cuchillería y tijeras en Remscheid; agujas en Aquisgram y Düren, y plumillas para escribir en Bona. Spandau, Berlín, Sömmerda, son los centros de la fabricación de las armas de fuego, y la de la maquinaria la misma capital Berlín, Mulhouse en la Alsacia, y Chenmitz. Las grandes construcciones navales se verifican en los inmensos astilleros de Stettin, Hamburgo y Bremen, y el desarrollo imponderable de las industrias textiles ha tomado su residencia predilecta en los países del Rin y de la Alsacia, aunque en lo general se halla difundida por toda Alemania. ¿A qué hablar de otras industrias? En el primer tercio de este siglo, por donde quiera que se viajaba en el mundo no se hallaban otras manufacturas que las de Inglaterra; durante los reinados de Luis Felipe y de Napoleón III, inundaba la industria francesa todo el mercado, al menos, del continente. En la actualidad, los productos de la industria alemana agobian todos los mercados del mundo. Cuando, después de la guerra de 1870, el Príncipe de Bismarck, en el tratado de Francfort, impuso á Francia la enorme contribución de los 5.000 millones de francos, que la República hizo efectivos con sus intereses correspondientes para 1874, no había quien no creyera que esos 5.000 millones reverterían á Francia antes de 1900 por el feudo de sus industrias, que hasta entonces habían tenido sus mejores mercados en los Estados alemanes del Sur y aun del Norte. El Príncipe

de Bismarck cerró á Francia las fronteras económicas, y protegiendo el desarrollo de la industria nacional, los 5.000 millones de la indemnización de la guerra no fueron nunca más restituidos á Francia por ningún camino.

Cuando el incremento que aceleradamente tomó la industria del nuevo Imperio exigió dilataciones coloniales para ampliar la vena progresiva de su gran comercio y desahogar sus almacenes atiborrados de géneros y manufacturas, entonces empezaron á sentirse las necesidades perentorias de crear una fuerza naval y una base colonial que fueran el complemento de toda la obra hasta entonces realizada. A Bismarck correspondió también la gloria de esta iniciativa en los últimos años de su amigo el primer Emperador Guillermo. Lo que no entró en la conciencia, fatigada por tantos trabajos, del Canciller de hierro, fue que los nuevos intereses del poder colonial naciente y de la expansión comercial, indispensablemente tenían que modificar los principios del equilibrio estático que él había creado, así en las relaciones interiores como exteriores de la nueva Alemania. ¿Y cómo no, cuando de estos hechos gloriosos había de proceder una revolución total hasta para los principios en que hasta entonces se había levantado el edificio secular de la ciencia alemana? ¿Vive ya la antigua Universidad? Sí; pero como un monumento de la arqueología de los siglos medios. Seiscientas escuelas politécnicas, laboratorios y escuelas de comercio repartidas por toda la extensión del Imperio, dan á la ciencia alemana y al pensamiento alemán un giro más concorde con los intereses que en el Imperio se desarrollan y con el poder que el Imperio necesita para conservar el eje de su supremacía en el mundo. El reino de Prusia consagra cuatro millones y medio anuales de marcos para sostener las nuevas escuelas de comercio, y otros tres millones más para las escuelas técnicas y de minas. A las escuelas industriales aplica otros cinco millones anuales de marcos. En Baviera, Sajonia, Wurtemberg y Baden las subvenciones á esta clase de establecimientos demuestran que por ellos se

siente la misma emulación. En Leipzig se funda el *Handels-horchsehule*, una especie de Universidad comercial. Al empezar el siglo xx, según nos acusan las últimas estadísticas del *Almanaque de Gotha* para el año 1901, en que nos encontramos, los territorios en protección sobre que Alemania impera, ocupan una extensión de 2.352.860 kilómetros cuadrados en Africa, 244.123 en el Océano Pacífico, 515 en Kiao-Cheon, y en todos cuenta 12.215.100 súbditos imperiales. La Marina imperial se compone ya de 105 buques de vapor, con 376.802 toneladas de arqueo y fuerza de 471.330 caballos, teniendo en construcción otros cinco navíos de línea, un gran crucero de 1.<sup>a</sup>, cuatro de 2.<sup>a</sup> y un cañonero. Todo esto revela para la actual posición del Imperio un nuevo aspecto de su influencia en el mundo como potencia naval y como potencia colonial. Como en este concepto la Alemania imperial se viene revelando desde 1888, también se han revelado otros Estados antiguos y nuevos, sobre todo la Gran Unión del Norte en América y el Japón en Asia. Rusia no se queda á la zaga, ni Francia tampoco. Con todo, ni Rusia ni Francia son una amenaza para Alemania y para Inglaterra, y lo son indudablemente los Estados Unidos de América, que con su gran opulencia crecen siempre, y que aspiran á disputar á todas las potencias navales y mercantiles del mundo la hegemonía en el Atlántico, la hegemonía en el Pacífico.

Los periódicos de Nueva York ya se han atrevido contra Alemania, tomando por pretexto sus cuestiones económicas con Venezuela. Contra Inglaterra todavía no se atreven, porque no se consideran aún bastante superiores á ella en fuerzas para provocarla, teniendo que malsufrirla en la cuestión de los canales, ayer por el tratado Clayton-Bulwer, y ahora por el tratado Hay-Pauncefote. Mas ¿quién duda de que en Washington se bebe los vientos por hallar medio de intervenir en cualquiera cuestión europea, como los Estados Unidos han intervenido en compañía con las grandes potencias de nuestro continente en China? Por ventura, ¿no trató de hacer la prueba

durante su guerra inícuca contra España, obligando á las potencias á influir sobre nosotros para hacer la paz de cualquier modo y con cualquier beneficio, antes que el *Oregón*, acorazado, se presentase en los mares de nuestro continente? ¿No lo intentó segunda vez con motivo de las indemnizaciones pretendidas de la Sublime Puerta, obligando á que se interpusieran en favor de Turquía las suplicaciones de la diplomacia rusa, alemana y británica en Washington? Prendas de paz y conservación ha sido para Europa la triple alianza de los Imperios centrales é Italia; prendas de paz y de conservación será para la Europa naval y mercantil la inteligencia que tanto se decanta entre Alemania y la Gran Bretaña, si á fórmulas de derecho público la elevan el Emperador Guillermo II y el Rey Eduardo VII, su tío. Para los intereses de Inglaterra quizás sea una necesidad. Para los intereses de Alemania quizás lo sea también. Lo que no cabe duda es que esta aproximación será una garantía suprema para los intereses de conservación de Europa.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

# VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

## Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

---

UN POCO DE HISTORIA MODERNA

Dar Muley Ali, 13 de Mayo de 1900.

El famoso gran Vizir Ba-Ahmed Ben Musa ha muerto esta madrugada, y tal acontecimiento, de trascendental gravedad para el régimen interior del Imperio de Marruecos, nos obliga á permanecer encerrados en nuestra vivienda, pues el Gobierno, temeroso de que puedan suscitarse disturbios, nos ha rogado que, por prudencia, nos abstengamos de salir á la ciudad. Lo cierto es que el fallecimiento, que esperábamos, del poderoso magnate, es un gran contratiempo para nosotros, dado que él había asumido en su persona todas las prerrogativas del poder, ignorándose quién podrá sustituirle. La política interior del Magreb es sumamente curiosa: nunca hay nada previsto, y su proverbial habilidad se reduce á dar largas á todo con objeto de ganar tiempo. Casi un mes llevamos en la capital sin haber podido comenzar nuestras negociaciones, y ahora, mientras se forma el nuevo Gobierno y los gobernantes se enteran de los asuntos pendientes, sabe Dios cuánto tiempo transcurrirá. El Sultán, alejado de todo por la voluntad omnipotente del valido, nada debe saber de administración, y es casi seguro que se dejará guiar ante todo por sus caprichos.

A pesar de prever semejante desenlace, la noticia nos ha



sorprendido. Nadie suponía que la enfermedad gravísima que aquejaba al gran Vizir tuviera tan rápido final, y los médicos que le asistían esperaban que duraría más tiempo. Durante los últimos días había mejorado visiblemente. Según nos dijeron, se encontraba tan fuerte y vigoroso, que no sólo conversaba alegremente con los individuos de su corte, sino que había comido con verdadero apetito, manjares nada en consonancia con su estado de salud. El Dr. Cerdeyra, nuestro compañero, nos tenía al corriente de cuanto ocurría, pues visitaba á diario al ilustre enfermo, y no sólo nada nos dijo anoche que pudiera hacer presumir que se aproximaba el fin, sino que esta mañana nos refirió que á las nueve había ido á casa de Ba-Ahmed, donde se encontró con los Dres. Verdún y Linares, siéndoles imposible á los tres visitar al paciente que, según les afirmaron, estaba descansando. En vista de esto, salimos como de costumbre, dirigiéndonos al Mellaj ó barrio de los judíos, con objeto de hacer algunas compras.

Cuando nos hallábamos en uno de los almacenes sentimos carreras y gritos, las gentes se refugiaban en sus casas, y los hebreos que se encontraban fuera de las murallas se apresuraban á reintegrarse en el recinto que tienen designado, dando muestras de espanto. Uno de los *askaris* que nos acompañaban dijo al intérprete que convenía regresar á *Dar Muley Ali*, pues se decía que el gran Vizir acababa de espirar, y los judíos, azorados, se disponían á cerrar todas las puertas del Mellaj, temerosos de que se sublevase la ciudad y sus acérrimos enemigos los maltratasen. Aunque creímos que la noticia no sería verdadera, sino alguna falsa alarma, nos dirigimos á nuestra casa, llamándome la atención que las calles, de ordinario concurridas, se hallaban desiertas, y que la mayor parte de las puertas que dividen los distintos barrios, se encontraban cerradas. Apenas llegamos al palacio supimos que, en efecto, el célebre Ba-Ahmed había muerto á las diez y cuarto, y que así lo había comunicado el Dr. Verdún, médico del ejército marroquí, á su compañero el Dr. Cerdeyra.

Momentos después entraba el Kaid Mac Lean á expresarnos, en nombre de S. M. Abdul-Aziz, su deseo de que se abstuviesen de salir á la calle todos los miembros de la Embajada, como prudente medida de precaución, manifestando también que con el mismo objeto se había duplicado el número de nuestros guardias. Según dijo, tenía que cumplir idéntica misión cerca de la Embajada italiana.

Quedamos pues, encerrados en el recinto de Muley Alí, hasta Dios sabe cuándo, sin más noticias del exterior que las que podamos conocer por medio de las personas que vengan á visitarnos. Parece que aunque el parte oficial asegura que el gran Vizir murió á las diez y cuarto de la mañana, ha espirado en las primeras horas de la madrugada, cuidando las autoridades de ocultar el hecho, hasta tomar las medidas convenientes para evitar disturbios. Durante los primeros momentos en que circuló la noticia, el pánico y la agitación fueron grandes. Algo de ello pudimos ver. No obstante, parece que todo ha cambiado. El tebib Mariano, que vestido de moro ha venido á visitarnos, nos asegura que en la ciudad reina el orden más completo; las tiendas están abiertas, el tráfico restablecido, y el síntoma que se advierte en los semblantes y en las conversaciones de los habitantes de Marrakesh, es el júbilo que á todos, sin distinción de clases, causa la desaparición del temido tirano.

Me ha contado también D. Mariano, que apenas exhaló el último suspiro el omnipotente Ba-Ahmed, se promovió en su palacio un formidable escándalo. Sus innumerables mujeres, concubinas y esclavas, más de mil según se dice, llenas de dolor, no tanto por la muerte de su amo y señor, como por el temor que les inspiraba su suerte venidera, se entregaron á los mayores excesos, destrozando cuanto hallaron á su alcance, y especialmente las lindas arañas de vidrio de Venecia que acababan de regalar al Ministro de S. M. Abdul-Azis, los enviados del Rey de Italia; pretendiendo que aquellos inofensivos aparatos habían influido en la desgracia ocurrida. Corre tam-

bién el rumor de que indignadas contra el médico de cabecera habían arremetido contra él, propinándole una respetable paliza, tanto que éste había tenido que huir precipitadamente ante tan injusta como ilegítima agresión. Ignoro la certeza de estos curiosísimos detalles. Unicamente la presencia del joven soberano, que contra lo que se esperaba ha dado muestras de decisión y energía, puso término á tan extravagantes muestras de dolor. S. M. Abdul-Azis, apenas supo la triste noticia, se personó en el palacio del que fuera su tutor, con objeto de disponer todo lo concerniente al sepelio, é incautarse de los cuantiosos bienes y caudales que deja, evaluados en más de cien millones. Desde luego, dando pruebas de singular generosidad, ha ordenado que todos los miembros de la familia y esclavos del difunto sean trasladados al propio palacio real, donde quedarán alojados bajo su protección y amparo. Esta medida parece que tranquilizó por completo á las numerosas mujeres y concubinas del gran Vizir, que temían, y no sin razón, la triste suerte que les aguardaba, de no ser recogidas por el monarca ú otra persona de prestigio y posición.

El mismo Sultán ha presidido el entierro de su valido, que se ha verificado con gran pompa, disponiendo que el cadáver sea sepultado en la mezquita de Muley Alí Sheriff, la misma en que se entierran los emperadores del Magreb. Ba-Ahmed, hijo de una esclava hebrea renegada, dormirá el último sueño en el propio panteón de los descencientes del profeta. Tan inusitado favor es una prueba manifiesta del aprecio en que Su Majestad Abdul-Azis tenía al hombre á quien en realidad debía la corona. La fúnebre ceremonia se ha celebrado con todos los detalles que fija el ritual, que por cierto es bien sencillo. Según está prescrito, apenas muere un musulmán, sus deudos y amigos cuidan de lavar y afeitar el cadáver escrupulosamente, colocándole después en unas parihuelas, no sin haberle envuelto en los amplios pliegues de un jaique. Así dispuesto todo, condúcenlo cuatro hombres, á quienes acompañan gran número de personas sin guardar orden ni concierto entre sí, ni dar

la más pequeña muestra de duelo, y marchando á pasos precipitados, hasta la mezquita más próxima al lugar donde ocurrió el fallecimiento. Para este acto se elige de preferencia la hora de la oración del medio día. Una vez ante la puerta del santuario, en donde se cuida de que no penetre el cadáver, el Imán anuncia á los fieles allí congregados que ya se halla la comitiva en el ingreso, y que es llegada la hora de sepultar al difunto. Todos los presentes se levantan y oran brevemente en común por el reposo eterno del alma del que fuera fiel creyente. Acabada la plegaria, se incorporan al séquito, que vuelve á ponerse en marcha, caminando siempre con extremada rapidez. Esto obedece á la creencia que tienen de que el ángel de la muerte aguarda al individuo en el borde de la tumba que le está destinada, con objeto de someterle á un interrogatorio, y pronunciar la sentencia definitiva que ha de decidir de su suerte en la otra vida. A cada instante se mudan y renuevan los conductores de las parihuelas, porque todos los asistentes desean participar en aquella piadosa obra y evitar que el ángel de la muerte se impaciente aguardando. Durante todo el trayecto, la mayoría va cantando con una salmodia extraña y melancólica, versículos del Alkorán.

Una vez arribados al cementerio, procédese á una nueva oración, en tanto que el cadáver es depositado dentro de la fosa sin ataúd. Se le coloca sobre la tierra, un poco inclinado hacia el costado izquierdo, con la fisonomía mirando en dirección á la Meca, es decir, á Oriente, y la mano derecha arriada al oído por el mismo lado y como si se apoyara sobre él. En seguida se cubre de tierra el cuerpo, señalando el lugar con un circuito de piedras, y la comitiva regresa al domicilio del difunto para dar el pésame á la familia. En el entretanto, así como también en el momento de la muerte y durante ocho días consecutivos, las mujeres y concubinas del difunto se reúnen para dar gritos espantosos, que duran casi todo el día.

Tales son las prácticas que se siguen generalmente para dar sepultura á los prosélitos de Mahoma, y de conformidad

con este ritual se habrá verificado el sepelio del poderoso magnate que desde la muerte de Muley Hassan ha sido, si no de derecho, de hecho, el verdadero Sultán de Marruecos. Esto es todo lo que hemos podido averiguar en el día de hoy, primero de nuestro encierro, que nos crea una situación un tanto extraña y desagradable. No sé por qué el recinto de Dar Muley Ali, en el que estamos reclusos, me resulta mucho más pequeño, y mi fantasía, excitada por lo misterioso y desconocido, desearía á todo trance saltar las murallas altísimas que nos rodean, y penetrar lo que pasa en la *Medina*, que dominada por el miedo, no nos transmite ni el menor ruido. ¡Hoy más que nunca parece como si estuviéramos en una ciudad muerta!

Dar Muley Ali, 14 de Mayo.

Seguimos prisioneros en nuestro palacio, pero las noticias que hemos recibido del exterior nos permiten creer que muy pronto la ciudad habrá entrado en plena normalidad. Según se asegura, el Sultán convocó anoche en su palacio á todos los *Shorfas Filalis*, ó sean los miembros de la familia imperial, y les declaró que la muerte de Ba-Ahmed era una pérdida irreparable; que nadie podía reemplazar al difunto más que él mismo, y que por lo tanto estaba dispuesto á recoger las riendas del poder, y á gobernar por sí y ante sí. Que al efecto, había designado ya los individuos de su confianza á quienes confiar los cargos de Gran Vizir, Gran Chambelán, Ministro de Estado, Guerra, y demás altos puestos vacantes, pero que todos tuvieran presente que desde aquel momento en adelante, tales funcionarios no serían más que meros auxiliares de su persona. Manifestó también que habiendo desaparecido las circunstancias especiales causantes de que el difunto Gran Vizir hubiera sido el intermediario entre su pueblo y él, todos los que le rodeaban, parientes, deudos y súbditos, debían entender que desde entonces, sus súplicas, sus ruegos, sus peticiones, sus consejos y hasta sus opiniones, serían directamen-

te oídas por él, legítimo y único jefe del Estado. Dióles en seguida á conocer la lista de sus futuros secretarios, distribuyendo los cargos en la siguiente forma:

Gran Vizir: Hadj Mucktar, primo hermano del difunto Ba-Ahmed, y á quien éste ha dejado encomendada la tutela de sus hijos.

Kaid-el-Meshuar (Introducción de Embajadores): Driss Bel Allan, el mismo que desempeñó estas funciones el día de nuestra presentación al soberano.

Mayordomos mayores de palacio: Sidi Kassen, hermano del Gran Vizir fallecido, y Hamu, su exconfidente, tesorero y jefe de casa.

Ministro de Negocios Extranjeros: Sidi Abd-el-Krim Ben-Solimán, que ocupaba el puesto de Secretario general á las órdenes de Ba-Ahmed.

Y Ministro de la Guerra: Sidi Mohammed el Gabbás, que también actuaba de Secretario de dicho departamento.

Se dice también que estos nombramientos no dan á las personas designadas, ni amplias facultades, ni el carácter de legítimos titulares de los cargos, sino que se les considera como interinos, y que, por consiguiente, proponiéndose el Sultán, según parece, hacer un ensayo de Gobierno personal, nada tendrá de extraño que vaya reemplazándolos conforme á las exigencias imprevistas de las diversas situaciones á que haya necesidad de hacer frente. Por lo que se deduce del discurso pronunciado ante la asamblea de los *Shorfas*, la actitud del joven soberano se ha modificado en absoluto. Hasta ahora, ya fuera por inercia, ya por temor al violento y enérgico carácter de Ba-Ahmed, se había conformado con gozar de todas las preeminencias de su elevado rango, absteniéndose de intervenir en la política activa. Aunque en el nombre era el Emperador, su Gran Vizir gobernaba por él, y en realidad disponía de todo á su antojo y capricho, interviniendo en su vida privada, y manteniéndole en tal sujeción, que S. M. Abdul-Azis no se atrevía á hacer nada, ni aun siquiera visitar á su madre,

sin contar antes con la autorización de su prepotente valido, quien, según se dice, sólo le consentía verla un breve rato, los viernes, antes de la oración principal. Para mantener su influencia, Ba-Ahmed siempre lo tenía rodeado de personas de su absoluta confianza, de manera que más bien que servidores eran guardias de su persona y espías de sus actos. Una de las hermanas del difunto estaba encargada de vigilar el harem imperial. Se comprende que el Sultán haya respirado con gusto al encontrarse libre de tan opresora tutela. Lo cierto es que el Gran Vizir, fallecido, debía estar dotado de grandes cualidades, pues no sólo había logrado imponerse al soberano, sino que mantenía sumiso y obediente al pueblo que, por lo general, le odiaba. De origen oscuro, puesto que Sidi Musa, su padre, aunque llegó á ocupar el puesto de Gran Vizir de Muley Hassan, de quien había sido criado desde su niñez, procedía de una familia de esclavos; y que su madre no fue más que una esclava hebrea que nunca llegó á ser elevada al puesto de esposa legítima, Ba-Ahmed, á fuerza de talento, de astucia y de audacia, consiguió ser el verdadero dueño del Magreb. A su capricho alteró el orden de sucesión al trono, dando la corona al hermano menor, en perjuicio del primogénito Muley Mohammed, legítimo príncipe heredero que, á pesar de sus indiscutibles derechos y de sus numerosos partidarios, fue reducido á prisión. Gracias á esta arbitrariedad pudo erigirse en tutor del soberano y en regente del Imperio. La manera con que llevó á cabo tan arriesgada y temeraria empresa, demuestra de modo claro y palpable la singular tenacidad y el valor á prueba que le adornaban. Desde la muerte de su padre, Sidi Musa, Ba-Ahmed disfrutaba de la confianza de Muley Hassan, pero á título de criado, si bien el Emperador, apreciando en su justo valor su extraordinario talento, se aconsejaba de él en todas las circunstancias difíciles. Durante este tiempo, la gran ambición que le dominaba movió á Ba-Ahmed á madurar el audaz plan de colocar en el trono al hijo menor de su señor, el joven príncipe Muley Abdul-Aziz, lle-

vando á efecto su proyecto apenas ocurrió el fallecimiento del ilustre Muley Hassan, á pesar de los partidarios que tenía el príncipe Muley Mohammed, primogénito del Emperador, conocido, aunque sin razón, con el apodo de el *Tuerto*, que ya había sido nombrado por su padre *Jalifa*, es decir lugarteniente, lo que equivalía á designarle como inmediato sucesor á la corona, siendo preciso reconocer que tal designación había sido perfectamente acogida por el pueblo marroquí, porque el tal príncipe, hombre de energías no comunes, carácter guerrero y muy dado á aventuras, era un verdadero prototipo de su raza, muy simpático, por consiguiente, á los fieles mahometanos, que veían en él un legítimo descendiente del profeta.

Realizado su proyecto, es decir, una vez proclamado Sultán Abdul-Aziz, Ba-Ahmed, valiéndose de la gratitud que le debía el nuevo soberano, de su extrema juventud y gran inexperiencia, se erigió en Regente, asumiendo todas las facultades del poder, manteniendo en un secuestro real y efectivo al Emperador, distribuyendo los altos cargos á personas de su confianza é imponiendo su férrea voluntad á todo el mundo, lo mismo grandes que pequeños, que debieron doblegarse ante su omnímodo poder. Hábil político, comprendiendo que las riquezas constituyen la principal fuerza de los pueblos, acumuló grandes tesoros, que le permitían responder á todas las continuadas demandas de indemnización que le formulaban los representantes de las potencias extranjeras, con las que mantenía continuas relaciones. Con singular energía domó todas las sublevaciones, tan frecuentes en el Magreb, aniquilando sin piedad las fuerzas enemigas y apoderándose de sus bienes, en tal forma que él, por medio de hombres fieles, llegó á ser dueño y señor absoluto del Imperio, siendo temido, y, por consecuencia, odiado por todo el mundo, que le consideraba como un tirano.

Por esta causa, no es extraño que hasta ahora no haya ocurrido nada de particular, ni que las diversas kábilas del Imperio, llenas de gozo al verse libertadas del oprimente yugo del



déspota, hayan pensado en sublevarse, hecho que se repite cada vez que se verifica un cambio político en el régimen interior del Estado. Las victorias que los ejércitos imperiales obtienen sobre los insurrectos del Sus, hoy mismo se han recibido las noticias de nuevos triunfos, y los emisarios que han traído la buena nueva, han sido también portadores de treinta y una cabezas de jefes rebeldes, que serán expuestas al pueblo en la plaza principal de Marrakesh, contribuyen también á tranquilizar los ánimos, como asimismo las muestras de virilidad dadas por el joven soberano, que son acogidas con entusiasmo por los árabes. Sean dichas pruebas de energía revelación inesperada de un temperamento, ó débense á la impresión producida en el monarca por los sabios consejos del difunto Gran Vizir, expresados, según se dice, en la carta que al sentirse morir le dirigió, es lo cierto que la transformación sufrida ha causado excelente efecto en la opinión popular. Los políticos comentan también muy favorablemente la actitud respetuosa y agradecida del Sultán hacia la memoria de su consejero, que ha manifestado públicamente con la gran participación dada á sus parientes en el Gobierno de la nación, con las pruebas de consideración con que trata á su familia y las inusitadas demostraciones de duelo que ha concedido á su cadáver, ordenando que toda la corte guarde luto durante siete días. Este proceder siempre de alabar en un soberano sobre quien ha pesado tan estrecha como rigurosa tutela, puede y debe considerarse asimismo como un acto de sabia y previsora política, puesto que es seguro que, de haber dado el Sultán la menor prueba de odio contra la memoria de Ba-Ahmed, ó de ensañamiento y venganza contra su familia, hubiera excitado la irritación popular contra una administración tiránica, dando pábulo á una reacción cuyas consecuencias imprevistas pudieran ser peligrosísimas hasta para el mismo trono Sheriffiano.

El día ha transcurrido tranquilamente; desde casa hemos percibido los lejanos ecos de la música imperial que acompañaba el cortejo del soberano, que se ha dirigido solemnemente

á la mezquita de Muley Ali Sheriff, para orar sobre la tumba de su difunto Gran Vizir. Por lo demás, todo ha permanecido en la más completa calma; únicamente la voz del almuédano que proclamaba las diversas horas de los rezos litúrgicos, ha venido á romper la silenciosa monotonía ambiente. A última hora llegan á avisarnos que hallándose constituido el nuevo Gobierno, mañana probablemente podremos circular de nuevo por la ciudad. Francamente lo deseaba; la noticia de haberse expuesto en el *Soko de Djemma el Fenaá* las treinta y una cabezas de los rebeldes del Sus ha excitado mi nunca satisfecha curiosidad, y quiero ver, aunque sea por un breve instante, que no sé si podré resistir más, tan repugnante espectáculo.

Dar Muley Ali, 15 de Mayo.

Conforme con lo que presumíamos, á medio día nos comunicaron que encontrándose la ciudad completamente tranquila y no habiendo ningún motivo de alarma, podíamos salir del recinto del palacio y dar nuestros acostumbrados paseos. Aprovechando tal libertad me dirigí á la plaza principal para contemplar lo que deseaba. En efecto, no habían mentido. Allí, bordeando la muralla de uno de los cuarteles de askaris, se hallaban colgados los treinta y un despojos humanos. Contra mis cálculos, el espectáculo no tiene nada de particular, y á primera vista no inspiraba repugnancia, puesto que las tales cabezas más bien parecían unas toscas bolas negruzcas en que no se distinguían facciones algunas. Esto era debido á que con el fin de conservar durante tiempo indefinido los sangrientos trofeos, se habían cuidado de hervirlos en alquitran, con objeto de que esta precaución les permitiese resistir el largo viaje que debían hacer para ser expuestos en las principales ciudades del imperio. El líquido viscoso había cubierto las cabezas con una capa negra, que brillaba y relucía al sol, y únicamente los cabellos, por los que estaban suspendidas, conservaban su primitivo color. No obstante, á medida que se fijaba la vista se iban descubriendo los rasgos fisonómicos de las des-

graciadas víctimas de los odios civiles, y, naturalmente, el interés de la tremenda visión se aumentó considerablemente. Había allí cabezas de ancianos venerables, que sin duda, cargadas por el peso de los años, se inclinaban ya ante la muerte, y cabezas de jóvenes á quienes sonreía la vida que para ellos comenzaba. La variedad de expresiones era extraordinaria, recorriendo todas las gradaciones, desde la calma serena y majestuosa hasta las más horribles y espantosas contracciones. Las personas que transitaban por la plaza apenas si lanzaban una mirada á los tristes despojos, acostumbrados sin duda á tan lúgubre exhibición, que testimoniaba una vez más el omnímodo poder del temido y respetado descendiente del Profeta. Probablemente aquellas cabezas habrán caído víctimas de la traición, y ni siquiera pertenecerían á los verdaderos culpables de la rebelión del Sus. Pero la cólera del ofendido Sultán no se detiene ante nada. ¡Qué importa que paguen justos por pecadores! Hacen falta sangrientos trofeos que testifiquen el triunfo del soberano, y todas las víctimas son buenas. Una vez hecho alarde de la victoria en Marrakesh, las cabezas serán expedidas á otra de las capitales del Imperio. Camellos cargados con tan fúnebres restos los transportarán de una á otra ciudad, hasta que, gracias á las inclemencias del tiempo, la mordedura de los animales y la indiferencia de los hombres, vayan á formar parte de algún montón de basura. Me dicen que los árabes, sin distinción de clases, se resisten á acompañar las acémilas que llevan por los caminos del Imperio las pruebas de la venganza del Sultán, y que encomiendan este oficio á los hebreos, obligándoles por la fuerza á ejecutarlo. Nueva prueba del desprecio con que consideran á los descendientes del antiguo pueblo de Israel.

Después de contemplar algún rato tan raro espectáculo, que probablemente jamás volveré á ver, me dirigí á visitar, por fuera desde luego, el suntuoso palacio que estaba construyendo para su residencia el difunto Ba-Ahmed. Orgullosa como todo buen musulmán, el famoso Gran Vizir, encumbrado en

las alturas del poder, quiso hacer patente su grandeza y habitar una vivienda que rivalizara con la misma residencia del Emperador. Al efecto, compró vastos terrenos en la parte Este de la ciudad, expropiando multitud de inmundos casuchos, que (cosa singular en las prácticas marroquíes) pagó en su justo valor, é hizo edificar una serie de construcciones, rodeadas de jardines y huertas, que encerró en un recinto de altísimas murallas. Se refiere que, durante más de tres años, mil hombres trabajaban diariamente en la construcción de los diversos palacios y el planteamiento de los jardines, en los que se había de hacer gala y ostentación de todo el lujo oriental. Cuéntanse maravillas del fausto y opulencia con que están adornadas las principales salas del harem, haciéndose fantásticas descripciones de los inmensos tesoros allí acumulados. Por lo que se aprecia desde el exterior, los edificios deben ser enormes; pero, desgraciadamente, nada más puede percibirse. Mucho rato hemos discurrido por larguísimas calles que cierran altísimas murallas, de ocho ó nueve metros de elevación por lo menos, que ocultan cuidadosamente el interior del palacio. Para contribuir á aumentar la impresión misteriosa que produce el inmenso y mudo edificio, hay que añadir que el Sultán, á quien hoy pertenece, ha mandado tapiar todas sus puertas, salvo una que está cerrada y vigilada por un piquete de *askaris*. En otras partes las construcciones no están terminadas, pudiendo verse espesos muros y pequeños edificios, entre ellos una mezquita, dedicada á la servidumbre del magnate, á fin de que pudiera cumplir sus deberes religiosos sin salir del recinto interior del palacio. Es casi seguro que estas obras comenzadas no llegarán nunca á su terminación. Dentro de algún tiempo, la corte imperial abandonará la capital del Sud para establecerse en Fez, y entonces nadie se cuidará del suntuoso palacio de Ba-Ahmed; y al cabo de algunos años de estar por completo abandonado, las construcciones á medio edificar se confundirán con las ruinas de la ciudad antigua.

Puede verse también gran parte de un curioso callejón, ce-

rrado por altísimas murallas, que debía poner en comunicación la regia residencia de Ba-Ahmed con el palacio imperial. El Gran Vizir deseaba tener un camino oculto y reservado por el que le fuera posible pasar para ir á visitar á su Señor sin que nadie en la ciudad lo supiese, evitándose el ingreso en el palacio por la plaza del Meshuar, donde nunca faltan curiosos y desocupados. Además, esta comunicación directa y excusada le permitiría ejercer una vigilancia más estrecha y activa sobre su imperial pupilo. Las obras de este callejón hubieron de interrumpirse porque debía atravesar un antiguo cementerio, considerado como lugar sagrado por los musulmanes, y las turbas fanáticas se opusieron á que fuera profanado. Ba-Ahmed no quiso contrariar por esta vez los sentimientos populares, y decidió dar un rodeo para llegar á conseguir su objeto, dejando á un lado el cementerio en cuestión y atravesando el Mellaj ó barrio de los judíos, colindante con el recinto del palacio imperial. Ya se hallaba en tratos con los propietarios de los edificios que quería comprar, cuando le sorprendió la enfermedad que ha acarreado su muerte. Un paseo alrededor de la residencia del Gran Vizir, da una idea bastante aproximada de su carácter. La inmensa extensión de terreno que ocupan los distintos edificios y jardines indican una ambición desmedida nunca saciada; las altísimas y fuertes murallas que circundan su recinto demuestran el recelo con que se ocultaba al pueblo despojando las grandezas del interior; las aspilleras y almenas de los muros hacen comprender que si se temía el motín popular y hasta quizá la venganza del Soberano, también se estaba dispuesto á la defensa. Porque el inconcluso palacio tiene marcado aspecto de fortaleza, como todos los grandes edificios de la ciudad, hallándose rodeado de callejas estrechas y tortuosas con objeto de facilitar la defensa individual en las frecuentes revoluciones populares y guerras de los Sheriffes, pues es indudable que semejantes callejones son inatacables desde el momento en que los defiendan cinco ó seis hombres.

He ido también á visitar la mezquita de Muley Ali Sheriff,

destinada á enterramiento de los Emperadores, y donde ha sido sepultado el cadáver de Ba-Ahmed, honor que ha despertado las legítimas suspicacias de muchos de los principales Sherifes. Está situada en medio de uno de los más antiguos barrios de la ciudad, y se la considera como sacratísima, gozando cuantos se refugian en sus alrededores del derecho de asilo. Innumerables desgraciados hay siempre acogidos á su amparo, que se pasan la vida sentados en derredor de aquellas veneradas murallas, de las que no se atreven á separarse, temiendo caer en las garras de una justicia venal y despiadada. Por fuera, la mezquita de Muley Ali Sheriff no tiene nada de particular; forma un vasto cuadrilátero de murallas, terminadas con las consabidas almenas dentelladas de forma trapezoidal.

La puerta principal, que da á una ancha plazoleta, es bien mezquina, y desde ella se divisa un patio plantado de naranjos y otros árboles, que debe preceder al santuario. Desde lo alto de mi mula, y á respetable distancia, curioseaba el interior, cuando debió darse cuenta de ello algún fanático, que dió la voz de alarma, pues se apresuraron á cerrar la fuerte puerta chapada de hierro, y á correr sus grandes cerrojos. Sin duda temían que mis indiscretas miradas profanasen la santidad del lugar. No son muchos los Emperadores de Marruecos enterrados en esta mezquita, pues cada uno puede designar á su gusto el sitio de su sepultura, que su cadáver consagrará para siempre. Aquí, según se dice, se hallan las tumbas de muchos Sultanes, y entre ellas la del famoso Muley Erraid. Ahora, contra todos los usos, sirve también de último asilo á los restos del prepotente Ba-Ahmed.

Si la plaza de la mezquita de Muley Ali Sheriff presenta un aspecto mezquino y pobre, no sucede así con uno de sus rincones, en que se encuentra una preciosa fuente que forma ángulo con un algibe y la entrada al lugar de las abluciones. Esta graciosa construcción, de marcado carácter oriental, está primorosamente decorada con grecas y festones capri-

chosos, presentando un conjunto muy pintoresco. Pero lo más interesante del cuadro eran los desgraciados acogidos al derecho de asilo, que adoptando las más extrañas posturas, no se atrevían á poner un pie fuera de la línea que señalaba el espacio consagrado. Lívidos, demacrados, harapientos, miserables, formaban un cordón humano que inspiraba honda tristeza, y, sin embargo, su penoso estado, en el que tienen que afrontar los denuestos de sus enemigos y las injurias del tiempo, es preferible al horrible abandono de una prisión musulmana, ó al castigo cruel de un kadi irritado, cuya clemencia no se haya podido comprar.

De regreso á Dar Muley Alí, he sabido que los propósitos del Sultán de gobernar por sí mismo, y de sustraerse en adelante á toda tutela, se van confirmando cada vez más, lo que es acogido con júbilo general por parte del pueblo, que conserva aún viva la memoria del despotismo del Gran Vizir. Aunque el Gobierno ejerce regularmente sus funciones, aún no han sido nombrados oficialmente más que el sucesor de Ba-Ahmed, el Maestro de Ceremonias Kaid-el-Meshuar y el Ministro de la Guerra. Los dos primeros son las personas cuyos nombres nos dijeron ayer; en cuanto al tercero no es el mismo, sino un joven prócer, amigo de la niñez de Su Majestad Abdul Aziz, y que goza de toda su confianza. Llámase El Menebbi, era muy querido del difunto Gran Vizir, posee una gran fortuna y es uno de los más influyentes kaidis de la provincia de Rejamna.

Quedan aún por proveer definitivamente los altos cargos de Hayeb ó Mayordomo mayor de Palacio y de Ministro de Negocios Extranjeros, si bien al presente los desempeñan con carácter de interinos los individuos que ya nos habían indicado. Parece casi seguro que Abd-el Krim ben Soliman será confirmado en el segundo de dichos puestos, ya que no sólo el Sultán le ha designado para su residencia el local destinado á Ministerio de Negocios Extranjeros, que antes ocupaba el antiguo Ministro de Muley Hassan, Sidi Feddul el Garnit,

sino que S. M. Imperial despacha con él directamente todos los asuntos de política exterior.

Lo mismo que ayer, aunque á distinta hora, hoy el Sultán ha salido para visitar la tumba del que fue su tutor y amigo, y se dice que repetirá este acto los siete días que dure el duelo decretado oficialmente. Como se desconoce con anterioridad la hora en que se verificará tal ceremonia, presumo que me será imposible presenciar, al menos, el paso del cortejo, que seguramente será digno de verse. ¡Qué le hemos de hacer! En este país todo se hace con el mayor misterio. Me han referido que hoy, en su salida, el joven monarca ostentaba como presea uno de los ricos alfanjes que le hemos traído de España.

Tales manifestaciones de duelo, á las que hay que añadir el inmenso número de asuntos cuyo despacho se ha interrumpido con la enfermedad y muerte del Gran Vizir, y que, según parece, el joven soberano desea conocer y resolver por sí mismo, es causa de que se retrase más de lo regular el comienzo de las negociaciones de esta Embajada, que deben inaugurarse con la recepción en audiencia privada del Ministro. Hay que reconocer que al recibirnos solemnemente, sin la asistencia á tan importante acto del difunto Ba-Ahmed, el Sultán nos ha dado una prueba clara, patente y manifiesta de su deseo de agradar á España, y por este motivo me parece que no hay razón alguna para creer que se demore con intención la entrevista privada, sobre todo si se tiene presente la situación extraordinaria creada por el fallecimiento de la persona que asumía todos los poderes y facultades del Estado marroquí.

Dar Muley Ali, 21 de Mayo.

Desde hace algunos días ha comenzado á correr el rumor de que el hermano mayor del Sultán, el Príncipe Muley Mohammed, vulgarmente designado con el apodo del *Tuerto*, ha sido puesto en libertad por S. M. Sheriffiana. Naturalmente, hemos tratado de averiguar la veracidad de la noticia que, de



ser cierta, reviste suma trascendencia, dados los antecedentes del primogénito de Muley Hassan. Según los informes adquiridos, resulta que, en efecto, S. M. Abdul-Azis, desde la muerte de Ba-Ahmed pensaba trasladar á su hermano á otra ciudad del Imperio, si bien lo que el vulgo hace días daba como hecho no se ha verificado hasta ayer, fecha en que el Príncipe Muley Mohammed fue sacado de la prisión en que se hallaba desde hace seis años, y conducido, acompañado por una fuerte escolta, á Mequinez, donde reside su madre. El hecho tiene suma importancia, pues el Príncipe en cuestión es un aspirante seguro al trono del Magreb, y goza de gran popularidad. Conviene, pues, conocer su historia.

Como he dicho, el llamado sin razón *Príncipe Tuerto*, puesto que no sufre de este defecto, es el hijo mayor del difunto sultán Muley Hassan y de una de sus esposas legítimas, oriunda de una noble familia de la kábila de Rejamna, tan severamente castigada por el difunto Gran Vizir. Apenas el joven Príncipe se halló en estado de poder llevar las armas, el Sultán su padre se complació en sacarle del harem y en tenerle á su lado, llevándole consigo á todas partes, incluso á sus expediciones guerreras. La gentil presencia de Muley Mohammed, su marcial donaire, sus aficiones guerreras y su incontrastable arrojo, le valieron, no sólo la marcada predilección de su padre, que le nombró su Jalifa ó Lugarteniente, sino la más completa adhesión de la soldadesca. Era natural, pues como hombre de energías no comunes, temperamento guerrero y muy aficionado á aventuras, encarnaba perfectamente en el carácter del pueblo marroquí, cuyas cualidades y defectos sintetizaba. Pero á medida que crecía en años y en vigor, se descubrían en el joven Príncipe rasgos de crueldad y tendencias crapulosas, que comenzaron á enagenarle el afecto del caballeresco y noble Muley Hassan. Durante la expedición de éste á las remotas provincias del Sus, en la que pudo recorrer puntos jamás visitados por sus antecesores, quedó el Príncipe de Gobernador en Marrakesh, y hallándose en

completa libertad, dió rienda suelta á sus aviesos instintos. Ciertos atropellos cometidos en el Mellaj, fueron causa de que el Sultán le reprendiera en presencia de la corte, y que el joven Príncipe en un arranque de ira exclamara públicamente que ninguno de los magnates que habían presenciado su disputa con su padre conservaría la cabeza sobre los hombros; veinticuatro horas después de su exaltación al trono imperial. Muley Hassan, cada vez más indignado con los nuevos y continuos excesos cometidos por su hijo, se vió precisado á reducirle á prisión en la Alcazaba de Marrakesh.

Probablemente por entonces comenzaría el Emperador á acariciar el proyecto de modificar el orden de sucesión al trono, sustituyendo al Príncipe Muley Mohammed, por el menor de sus hijos, el jóven Abdul-Aziz, habido de su concubina favorita, la bellísima circasiana llamada *Lala Rakia*, que le había sido regalada por Sidi Brisha, el futuro Embajador marroquí que debía visitar la corte de España después de los sucesos de Melilla, y que había costado, según se cuenta, la respetable suma de 30.000 francos. Esta hermosísima mujer, conocida también por el nombre de *Erquia Turquía*, había logrado captarse por completo la voluntad de su señor y dueño, que accedía á todos sus caprichos, por lo que me parece que no tiene nada de extraño que influyera poderosamente para que el elegido del Emperador fuese su hijo querido. Sin duda alguna, Muley Hassan comunicó sus deseos y sus esperanzas á Ba-Ahmed Ben Musa, entonces su humilde criado y confidente familiar, gracias á haber sido su amigo fiel y compañero de juego de la niñez. De este modo se explica que durante la agonia y la trágica muerte del Sultán, enmedio de las tribus rebeldes de Fázaz, llevara á cabo el astuto y ambicioso servidor del Emperador, aquella trama de tanta audacia como lúgubre ingeniosidad, que dió por resultado la inmediata é inesperada proclamación de S. M. Abdul-Aziz, que á la sazón contaba diez y ocho años de edad. Pero este episodio merece ser contado detalladamente.

Los desgraciados sucesos acaecidos en Melilla á fines del año 1893, fueron causa de que el Emperador Muley Hassan se viera obligado á interrumpir su comenzada expedición á los oasis de Tafílete. Precipitadamente hubo de regresar á Marrakesh, donde debía recibir á la Embajada española que presidió el General Martínez Campos. Su ya quebrantada salud sufrió mucho durante el apresurado viaje de vuelta, pues fue necesario atravesar las altas cimas del Atlas en pleno invierno y entre vientos y nieves, que hicieron no pocas bajas en el séquito del Emperador. Añádase á tales contratiempos las preocupaciones inherentes al grave conflicto exterior que habían promovido las kábilas del Riff, oponiéndose con las armas en la mano al cumplimiento de lo convenido entre dos potencias amigas. El 31 de Enero del siguiente año recibía, en efecto, con toda la solemnidad acostumbrada, á los enviados de España, manifestando públicamente que era en absoluto ajeno á los actos realizados por sus desleales vasallos, y que estaba dispuesto á castigar á los culpables. No he de extenderme hablando sobre este particular, por ser demasiado conocidos de todos los resultados que obtuvimos de aquella misión extraordinaria. Después de terminadas las negociaciones, el Sultán, ya gravemente enfermo, se dedicó á poner en orden los principales asuntos pendientes; pero habiendo estallado una rebelión en los territorios que rodean á Azimur, hubo de convocar á su ejército, y poniéndose á su frente, salió de Marrakesh el día 6 de Mayo de 1894, primer día del mes de Dulkâda del año 1311 de la Hegira, con dirección á los montes de Fázaz, y más especialmente hacia la kábila de *Aait Sajman*, que poco antes había hecho traición á su Gobernador, que era nada menos que primo del Sultán. El viaje fue azaroso por los graves padecimientos que sufría Muley Hassan, á quien acompañaba, en calidad de mayordomo, su amigo el intrigante Ba-Ahmed Ben Musa. Parece que al llegar al lugar denominado *Uadi el Abid*, en el territorio de Tadla, hacia las once de la noche del día 3 del mes de Dulhiya siguiente (3 de Junio), espiró el Em-

perador en brazos de su fiel confidente. Ba-Ahmed, única persona que tenía libre ingreso cerca de Muley Hassan, ocultó cuidadosamente á todo el mundo la desgracia ocurrida, depositó el cadáver de su señor en una litera, y pretextando una agravación de la enfermedad, hizo continuar el viaje á marcha forzada, hasta llegar á Rabat, la ciudad vecina más importante, que aún se hallaba á tres días de camino.

Durante este tiempo, Ba-Ahmed, con una audacia extraordinaria, evitó que nadie se percatase del fallecimiento del Sultán, fingiendo con sin igual sangre fría que continuaba despachando los asuntos con el Emperador, y que continuamente recibía sus órdenes. El respetuoso aislamiento en que viven habitualmente los soberanos del Magreb, le permitió llevar á cabo su atrevido intento. Ni los magnates, ni la escolta se enteraron de nada; todo siguió lo mismo, salvo el apresuramiento en la marcha de la expedición, pues lo único que se decía era que el Emperador deseaba descansar cuanto antes en su palacio de Rabat. Una vez llegados á la ciudad, Ba-Ahmed puso al frente de las tropas que la guarnecían á hombres de su completa confianza, y sólo entonces, ya seguro de sus fuerzas, convocó á los *Shorfas* que acompañaban á la corte, y les manifestó que, habiendo fallecido Muley Hassan, era necesario designarle un sucesor, y que él, conforme á las instrucciones que había recibido del difunto, proclamaba como Emir de los creyentes al joven príncipe Muley Abdul-Azis, que allí se hallaba. Hay que recordar que el príncipe Muley Mohammed había sido declarado por su padre *Jalifa*, lo que equivalía á una designación para heredero del trono. Aunque á la sazón había caído en desgracia y se encontraba prisionero en la *Kasbah* de Marrakesh, no le faltaron partidarios que en la asamblea de Rabat defendieran sus derechos. Todo fue inútil. Ba-Ahmed había tomado perfectamente sus medidas, y al fin y al cabo triunfó la parcialidad que apoyaba al príncipe Muley Abdul-Azis, que fue proclamado Emperador. Después de dejar enterrado á Muley Hassan en una mezquita de Rabat y frente

á la tumba de su abuelo Sidi Mohammed, el nuevo Sultán marchó á Fez, con objeto de investirse de la dignidad imperial en el santuario de Sidi Driss, conforme á la costumbre establecida por sus antecesores. Después de llenar este requisito, fue reconocido por todo el Magreb y también por las potencias extranjeras. Como era de esperar, y en agradecimiento al trono que le debía, Ba-Ahmed fue nombrado Gran Vizir, no tardando en convertirse, dada la juventud é inexperiencia del nuevo Sultán, en una especie de tutor, ó más bien de regente del reino. Desde entonces, el obscuro funcionario, hijo de Sidi Musa y de la esclava hebrea, su concubina, ha sido el soberano de Marruecos.

Para mantener su obra, el Gran Vizir adoptó desde luego las bárbaras medidas de precaución y de represión que han caracterizado siempre á los gobernantes marroquíes. Todos los enemigos del nuevo soberano fueron reducidos á la indigencia, encerrados en una prisión, ó condenados á muerte. Gracias á tan radicales procedimientos, llegó á confundir á sus enemigos y á sostener el vacilante trono del joven Sultán, combatido á la vez por los Shorfas, que despreciaban al monarca por ser hijo de una concubina extranjera, y á su Vizir por su ascendencia de esclavos, y por gran parte del ejército y de las kabilas, dispuestos á olvidar las malas cualidades que afeaban el carácter de Muley Mohammed, en atención á su ilustre prosapia y á sus guerreras hazañas. No es, pues, de extrañar, que en atención á todo esto, el desgraciado Príncipe tuerto haya sufrido durante los últimos seis años los rigores de la más estrecha prisión, ni que se haya propagado varias veces, apoyándose en la lógica inexorable de la razón de Estado marroquí, la especie de haber sido á traición envenenado tan temible competidor á la corona.

Ya conocidos tales antecedentes, se comprenderá fácilmente el alcance político que puede tener el acto de clemencia de S. M. Sheriffiana, y el efecto extraordinario que habrá causado en la imaginación popular. Por mi parte, mucho me temo

que la tan decantada liberación del Príncipe Muley Mohammed se reduzca á un simple cambio de prisión, y que sus acciones sean tan celosamente vigiladas en Mequinez, á donde ha sido trasladado, como lo han sido hasta ahora en Marrakesh. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que esta prueba ostensible y manifiesta de la aparente magnanimidad del Sultán, al mismo tiempo que autoriza y confirma las gratas esperanzas del pueblo, demuestra palmariamente la confianza en sus propias fuerzas y en su creciente prestigio, que parece animar al joven monarca.

Dar Muley Ali, 24 de Mayo.

El tiempo pasa; hoy hace precisamente un mes que llegamos á Marrakesh, y todavía no se ha comenzado á trabajar. La verdad es que hemos sufrido una larga serie de inoportunos é imprevistos contratiempos, y que la enfermedad y muerte del Gran Vizir, primero, el duelo de la corte después, y por último, el desconocimiento absoluto que tiene el joven soberano de los asuntos internacionales, nos han impedido entablar las negociaciones. Aún no puede presumirse ni remotamente el día en que el Ministro será recibido en audiencia privada, y por consiguiente, es imposible calcular el tiempo que aún nos queda que permanecer en esta ciudad. Para calma, los mahometanos. Además, conviene saber que los funcionarios marroquíes no trabajan todos los días de la semana. Los lunes, por tener que despachar la correspondencia dirigida á las provincias; los viernes, por ser el día festivo equivalente á nuestro domingo, y los jueves, por dedicarlos á los goces del harem y á las expansiones familiares, son días inhábiles para tratar de negocios, sin contar que nunca faltan pretextos, mejor ó peor fundados, para declarar fiestas de solemnidad los demás días de la semana. Con estos antecedentes, cualquiera calcula para cuándo habrá la Embajada cumplido su misión.

Anteayer terminó el luto de la corte, que ha durado una semana, conforme á lo mandado por el Sultán, quien ha visi-

tado públicamente la tumba de Ba-Ahmed los cinco primeros días que han seguido á su fallecimiento, siempre á distintas horas y con el mayor misterio, por lo que me ha sido materialmente imposible poder presenciar la ceremonia. Algunos de nuestros compañeros de expedición comienzan á mostrarse fatigados de su estancia forzosa en Marrakesh. Lo cierto es que nuestra vida no deja de ser monótona y aburrida. La nostalgia de la civilización se hace sentir despiadadamente. Sólo para aquellos que, como yo, hallan su entretenimiento observando costumbres raras y curiosas, y tratando de penetrar en lo posible los secretos de la vida íntima de un pueblo que tanto debiera interesar á los españoles, el tiempo se pasa sin sentir. Para mí todo me ofrece la misma novedad que el primer día. Paréceme que vivo en el siglo XII en Córdoba ó en Sevilla ó en Granada.

Si no tenemos mucho que hacer, lo cierto es que tenemos en qué pensar. La comparación entre la vida musulmana y la de gran parte de la España medioeval, es fuente de interesantes deducciones. Indudablemente la civilización árabe ejerció una gran influencia en nuestra raza. En Andalucía, sobre todo, ha dejado huellas tan hondas que aun hoy día subsisten. Tampoco nos faltan fábulas y consejas con que recrearnos. La novedad del día es que los ilustres Shorfas que duermen el sueño eterno en la mezquita de Muley Ali Sheriff, se hallan en el mayor estado de indignación por haber sido depositado entre ellos el cadáver de Ba-Ahmed Ben Musa, indigno de recibir tal honor. ¡Ni entre los muertos puede haber igualdad! Ningún buen musulmán pone en duda que la justa cólera de los difuntos descendientes del Profeta se traduce en vías de hechos, y que todas las noches el espíritu del Gran Vizir sufre una tremebunda paliza que le propinan con el fin de expulsarlo del sagrado recinto los poderosos magnates que allí reposan. ¿Acaso es justo que se atreva á permanecer en aquellos venerables lugares? Lo cierto es que todas las noches los que residen en las cercanías de la mezquita escuchan con espanto los

lamentos que exhala la pobre víctima de su involuntaria audacia. Es verdad que otras personas niegan todo esto, y, mejor informadas, aseguran que lo exacto es que Allah, indignado por las tropelías é injusticias que durante su vida cometió Ba-Ahmed, le ha castigado convirtiendo su espíritu en perro, y que lo que se oye todas las noches no son lamentos de dolor, sino los desconsolados ladridos de un can que aulla á la luna. ¡Nada; un cuento de las *Mil y una noches!*

RAFAEL MITJANA.

(*Se continuará.*)



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—SOCIOLOGÍA: Los deberes sociales de las clases superiores y la evolución del socialismo.—BIOGRAFÍA: Anatolio France.—Armando Silvestre.—LITERATURA: La evolución de la poesía en el último cuarto de siglo.—La literatura de los jóvenes y su orientación.—Las sustitutas.—PSICO-FÍSICA: Los caracteres humanos.—CRÍTICA: La lengua parlamentaria.—BELLAS ARTES: El escultor Rodin.—COSTUMBRES: El harem del gran Turco.—IMPRESIONES Y NOTAS: La obra de Nietzsche.—La publicidad.—El poder temporal del papa.—El automovilismo.—El presidente Krüger.—Aplicaciones de los globos cautivos.—El Walhalla británico.—El paludismo y los mosquitos.—Cómo se jura en Francia.

## SOCIOLOGIA

LOS DEBERES SOCIALES DE LAS CLASES SUPERIORES Y LA EVOLUCIÓN DEL SOCIALISMO.—El movimiento de las ideas directivas del socialismo—dice en la *Nuova Antologia* el profesor de Nápoles Alejandro Chiappelli—ha cambiado de orientación en estos últimos años, determinando profunda crisis en su seno. Mientras por una parte va abandonando los rígidos dogmas del marxismo, por otra el carácter revolucionario y violento que de cuando en cuando se manifiesta en la entonación apocalíptica y milenaria de una parte de la prensa del partido, va transformándose en movimiento evolutivo y reformador. Y esta modificación en las teorías ha trascendido á la práctica, prevaleciendo el criterio de la acción política y legal que ha dado la victoria al posibilismo de Jaurés sobre el radicalismo de Guesde, llevando á Millerand á ocupar un puesto de Ministro en el Gabinete francés.

E. M.—Mayo 1901.

Menos visible, pero no menos notable, es otra transformación del socialismo: como las exigencias morales, latentes en el movimiento de la clase obrera, son verdadera fuerza impulsiva de la ascensión social, la misma democracia social se ve obligada á dar á la idealidad moral, no sólo el valor de un síntoma, sino el de un elemento eficaz de acción social. Todavía prevalece, sin duda, en el campo de la economía liberal como en el de la economía socialista, un concepto determinista de la vida social; y sin embargo, mientras la nueva escuela económica inglesa de Marshall reconoce el hecho moral como coeficiente indispensable de la vida económica, el socialismo comienza á desprenderse del materialismo puro. Mientras que hace tres años no se quería oír hablar, ni aun por los adoradores de Marx, de la moral del socialismo, hoy se reconoce la necesidad de colocar las cuestiones éticas en el puesto preeminente que les corresponde.

En tanto que los agitadores y demagogos hablan de derechos y casi nunca de deberes, importa reconocer que en las altas esferas sociales sucede todo lo contrario. Salvo en las homilias de los templos ó en las exhortaciones de algún moralista, las altas clases apenas oyen hablar de sus deberes ni de los derechos de las clases inferiores. Y sin embargo, la masa inorgánica es un peligro permanente; pues si de ordinario es inerte é inofensiva, cuando se pone en movimiento lo precipita todo en torno suyo; por eso la educación de los humildes, de la que ha de salir su organización, es un preciso deber social. ¿Qué se puede y qué se debe hacer para realizarlo? Esto es lo que Chiapelli estudia en dos capítulos dedicados á exponer la educación social de las clases inferiores y la de las superiores.

La educación social del proletariado suele ser dejada á un lado por las fuerzas directivas del movimiento socialista; los jefes del socialismo quieren elevar al poder á los obreros, pero no se cuidan de prepararles para ello, sobre todo con una severa disciplina moral. Importa que las clases inferiores se per-

suadan de que el verdadero oficio de una democracia civil debe ser, no ya deprimir á los excelsos, sino elevar á los humildes; importa que se convenzan de que el valor económico no es fruto sólo del trabajo manual. En la vida social, como en otros órdenes de la humana actividad, no se obtienen grandes y duraderas mejoras sin clara conciencia de lo que se quiere conseguir. El pueblo es demasiado apático é inculto para realizar su propia redención económica. Los agitadores le quieren educar, pero educar no es llamar á la batalla; y la verdad es que sobre la masa todavía inorgánica y heterogénea del proletariado, se constituye una oligarquía de jefes intelectuales que gobiernan el mundo obrero y que hacen del pueblo un instrumento, un ejército gobernado por un pequeño estado mayor procedente del campo de la burguesía. ¿Cómo es posible esa ascensión del proletariado al poder, si los trabajadores nada pueden sin los jefes que el capitalismo burgués les ha dado? ¿No sería eso un simple cambio de amo, pasando del dominio de los capitalistas al de los oradores?

Ningún evangelio social puede ser ya predicado hoy más oportunamente que el que enseñe, como el de Tolstoï, «la dignidad del trabajo»; pero es necesario que el trabajo manual no se exalte á costa del intelectual, como suelen hacer muchos por adular á la plebe; la civilización moderna no es debida á la mayor distensión de los músculos, sino á la intensa actividad del espíritu. Ir predicando á los obreros que sólo arrojando del poder á las clases directoras de hoy, reemplazándolas por proletarios, puede obtenerse la salvación, es una temeridad y una imprevisión; la transformación industrial de la *manufactura* en *maquinofactura*, fundamento del capitalismo moderno, es obra de la ciencia principalmente. En una edad como la nuestra, en la que Darwin ha destruído el concepto de las especies inmutables de la naturaleza, es doloroso oír hablar de «especies sociales». Esparcir, por el contrario, una oleada de sana moralidad, difundiendo la cultura en el mundo obrero, vale mucho más que acariciar instintos egoístas y fomentar

convulsiones intempestivas. El mismo Bebel, que no habla ya de comunismo, sino de reformas practicables, y el valiente libro de Bernstein, confirman esta nueva orientación.

Mucho más vasto es el campo que se abre ante nosotros cuando se habla de los deberes que incumben á las clases dominantes. Para iluminar á los demás es preciso iluminarse á sí mismo. El que analiza la sociedad no puede menos de preguntarse si la competencia, frecuentemente cruel y violenta, es consecuencia inevitable y lógica de la libertad y del progreso industrial, ó si más bien, como dice Marshall, la extrema desproporción de las fortunas logra impedir la producción de la mayor suma posible de actividad. Gran parte de la población no toma parte en la lucha ó lo hace en condiciones tales, que le quitan toda probabilidad de éxito, sea cualquiera el mérito natural ó la capacidad de sus componentes: cuando entran en la vida, encuentran ya ocupados los mejores puestos en el banquete, y como carecen de armas para luchar, quedan de hecho excluidos, faltos del saber necesario para abrirse paso.

Esta emancipación y educación de la democracia no es posible mientras subsista el actual estado de servidumbre de las clases obreras, que cuando no se sienten aplastadas por la fortuna de los privilegiados, se ven asediadas por la apremiante solución del problema del pan; el que tiene hambre no puede ser libre. De ahí la urgente necesidad de poner á todos en condiciones de libertad y de competencia. Roto ó poco menos el vínculo religioso que antes unía á todas las clases, toda comunidad espiritual entre la clase culta y la inculta ha desaparecido, no siendo maravilla que el gusto por la poesía y el arte, la ciencia y toda vida ideal, como el culto á las grandes figuras históricas, esté perdido en las clases populares.

Las diferencias entre patricios y plebeyos, propietarios y proletarios, nunca han sido tan grandes como las que hoy separan las «clases instruídas» de las «clases sin instrucción»; el derecho á la educación en su forma más elevada es hoy privilegio de los ricos; por eso las clases superiores no sólo deben

preocuparse de proporcionar á las inferiores beneficios materiales, sino que deben tener su «cura de almas». La clase obrera constituye un verdadero grupo social que tiene su filosofía de la vida, su espíritu peculiar, su modo propio de ver y de sentir, siendo el centro de la vida económica y el grupo fundamental de la sociedad humana. Todos lo estiman así, y todos entienden que el progreso humano debe consistir en la elevación moral de esa gran colectividad.

El hecho, sin embargo, es que este gran movimiento tropieza por doquier con graves obstáculos: en el exterior, por la resistencia de los demás órdenes sociales, que creen amenazados sus intereses; y dentro, por la masa misma de los obreros con sus apasionamientos y exageraciones. No faltan hombres de talento en la dirección del movimiento, pero abundan los intrigantes y los facinerosos, elementos perturbadores y disolventes; por eso las clases mismas superiores son las que deben buscar una orientación de justicia y de paz.

Si en esta obra de educación social del proletariado conviene dar la preferencia al principio del *self-help*, que informa la legislación inglesa, ó al del *staats-hilfe*, en que se inspira la alemana, es cuestión delicada que debe resolverse circunstancialmente, según la índole de los pueblos. Es indudable, sin embargo, que todo lo que es libre producto del propio trabajo tiene mucho más valor moral y social, no habiendo nada más pernicioso que esperarlo todo pasivamente del Estado. El Estado puede y debe intervenir, pero de un modo tutelar que que nunca signifique tiranía ni omnipotencia.

Dentro de este concepto positivo de sus funciones promotoras de las iniciativas individuales, debe el Estado secundar y sostener todas esas formas intermedias de asociación obrera y de organización económica que pueden salvar á la sociedad moderna de la omnipotencia unificadora del poder central y del indisciplinado atomismo individual, tales como los sindicatos obreros y las variadas formas de sociedades cooperativas, con las instituciones de previsión y seguridad mutua.

Pero es preciso que esta labor la secunden las clases directoras é inteligentes, no por mero cálculo de interés, sino como resultado de una clara conciencia de sus deberes. Para esto se necesita energía de propósitos y buena voluntad, con una gran fe en los destinos y en el porvenir de la civilización. Para que surja este espíritu de sacrificio hace falta que se produzcan en el seno de nuestra burguesía fuertes corrientes de idealidad, vivos impulsos de fe en una finalidad superior á los meros intereses de las clases sociales. ¿Cuántos jefes de industria viven entre sus obreros? ¿En cuántas de nuestras fábricas es el obrero consocio más que instrumento del capitalista? ¿En cuántas es el salario resultado de un contrato bilateral, libremente discutido y pactado entre el empresario y el obrero? ¿En cuántas es proporcionado á las horas de trabajo, ó éstas son más ó menos según las variaciones del mercado?

Suele empezarse por reformas externas, y éstas son vanos expedientes sin una íntima renovación. Y en nuestros tiempos no hay que esperar la salvación, como muchos creen, ni de la inesperada aparición de algún gran héroe de la civilización, ni de improvisadas revoluciones políticas, guerras ni golpes de Estado. La tendencia á la gran armonía social de los individuos, de las clases y de los Estados se funda en la nítida visión de la nueva idealidad ética, en la solidaridad económica garantizada por la justicia. ¡Ay de las clases superiores si se mantienen inaccesibles rehusando el fecundo contacto con las vírgenes energías populares! ¡Ay de los que no estén preparados para esta gran obra de renovación social mediante la renovación de su conciencia moral! Cuando suene la hora, serán excluidos de los beneficios de la civilización y arrojados de los caminos de la historia.

## BIOGRAFIA

ANATOLIO FRANCE.—Todo invita en este hombre genial á hacer su retrato; así abundan sus fotografías de cuerpo entero,

en busto, de frente, de perfil, de todas maneras, siendo tema de todo linaje de literatos un artículo sobre Anatolio France, seguros de que no hay quien se resista á la atracción de tan prestigioso nombre.

Sería preciso un volumen—dice Fernando Gregh en la *Revue Bleue*—para anotar todos los rasgos de su genio sutil. ¡Qué libro tan delicioso podrá escribirse más tarde, muy tarde, lo más tarde posible, cuando esté terminada su labor!

Es célebre y poco conocido, sin embargo, no por falta de informes de reporters ni de fotógrafos. Unos y otros se sirven del mismo cliché: «el sonriente Anatolio France». Sí, es risueño, pero no se contiene todo en este epíteto, y hay algo más en él. Su acogida es afable, su apretón de manos amistoso, su mirada sonríe dando la bienvenida al que llega, y la alegría vive en su rostro como en sus pensamientos, derramándose por sus labios y por sus palabras. Pero de pronto, ante un nombre ó una idea, sus facciones se fijan, la sonrisa desaparece, el rostro adquiere gravedad, la mirada empaña su brillo y se hace interior, y súbitamente ese parlanchín descuidado y jovial, con su barbilla y sus bigotes encerados, toma—¡Dios me perdone!—el aire marcial y abotonado de un general del segundo Imperio.—Este tránsito incesante de la sonrisa á la seriedad, esta envoltura de un núcleo de sólidas verdades en ligeros papeles sedosos de ironía, es toda la obra de Anatolio France, desde sus primeros versos hasta sus últimos volúmenes, y sobre todo de su *Historia contemporánea*.

Todo es digno de aprecio en tan considerable labor: la gracia un poco marchita del *Crimen de Silvestre Bonnard* y del *Libro de mi amigo*; el maravilloso sentido histórico del *Estuche de nacar* y *Clío*; la hermosa *Thais* y la prestigiosa *Asadería de la Reina Pedauque*; los breviarios del libre pensamiento del *Jardín de Epicuro* y las *Opiniones de Jerónimo Coignard*; y en fin, el *Lirio rojo*, uno de los más bellos libros de amor que se hayan escrito en estos últimos cuarenta años.

Bien pensado todo, los cuatro volúmenes de la *Historia*

*contemporánea* son la obra maestra de Anatolio: tienen algo de todos los demás, y algo que es exclusivamente suyo: Bergeret es Bonnard y es Coignard; el estudio de los celos de Bergeret en *Maniquí de mimbre* es tan notable, en su género, como el de Dechartre en el *Lirio rojo*, y Pafnucio mismo se encuentra por entero en la *Historia contemporánea*, sólo que ahora es asuncionista.

Los principios de esta obra fueron humildes: estudios de sacerdotes en el *Eco de París* con el epígrafe de *Las ideas del cura Lantaigne*, seguidos de la *Despedida de Piedagnel*, una obra maestra; de cuento en cuento, France adquirió la conciencia de la idea que instintivamente había germinado en él y comprendió su riqueza y novedad; y Bergeret, que era sólo un comparsa, se convirtió en el héroe principal del libro y en el verbo del autor, surgiendo sucesivamente *El Olmo del maullo*, *El Maniquí de mimbre*, *El Anillo amatista* y *El señor Bergeret en París*. Estos libros no se parecen á nada, son inclasificables; son á la vez cuentos y folletos, estudios de costumbres provincianas y políticas, y cuadernos de reflexiones morales, diálogos filosóficos y novelas. No hay palabra que los defina, y el gusto que se disfruta leyéndolos es infinitamente complejo: son instructivos como un manual de historia, sugestivos como un libro de filosofía, deliciosos como un poema perfecto, entretenidos como una revista de fin de año.

\*  
\* \*

ARMANDO SILVESTRE.—No era sólo un cronista despierto, un libretista ingenioso, un cuentista de la vieja raza gala; era además, y sobre todo—dice Manuel des Essarts—un verdadero poeta, de los que han decorado el Parnaso, y vivirá en todas las antologías del porvenir. Ha hecho y publicado muchos miles de versos, siendo inagotable su facilidad.

Catulo Mendes no vacila en comparar Armando Silvestre con Lamartine, y ambos, en efecto, se asemejan en la nobleza



del sentimiento, la dignidad del pensamiento y la inspiración y el brote de versos soberbios, como los que á cada paso se encuentran en sus obras.

Su colección de estreno en 1866, *Sonetos paganos*, le valió un prefacio de Jorge Sand; ocho años después la ilustre escritora renovó el elogio del poeta al publicarse otro tomo de *Poesías*, donde Silvestre presentaba reunidas sus dos colecciones de *Rimas nuevas y antiguas* y *Los renacimientos*. En ambos volúmenes, Silvestre se revelaba ya como un poeta genial, y sus estrofas están llenas de alejandrinos inolvidables como éstos:

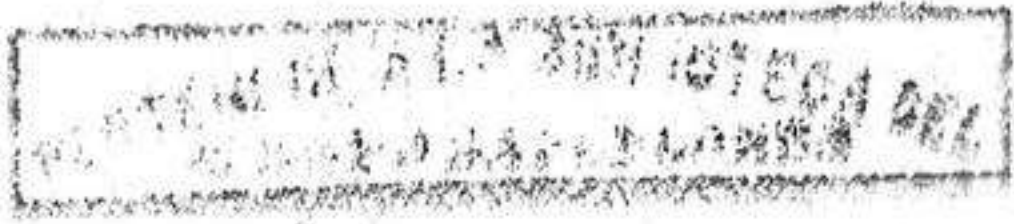
Seul l'Idéal nous fait d'immortelles blessures  
Et le mal de l'aimer console d'en souffrir.

Al final de las *Poesías* aparecían los *Versos para ser cantados*, cuyos trozos más hermosos son para *Des Essarts Quand j'ai dit à l'aube sa sœur*, *L'obscurité des grands bois* y la *Chanson des blés*, aunque quizá el más elocuente y lírico de estos poemas fuera *La gloire du souvenir*.

La *Canción de las horas*, de 1875, iguala á los volúmenes precedentes en el fondo y en la forma. Las *Rimas viriles* fueron seguidas de las *Fantasías celestes*, á veces deliciosas. Tras ellas, los *Intermedios paganos* nos vuelven al sueño plástico de la antigua belleza, habiendo en este poeta de Tolosa más de Propercio y Ovidio que de Lamartine y Musset.

Otras cuatro colecciones, *Las alas de oro*, *El país de las rosas*, *La canción de las estrellas* y *El oro del poniente*, siguieron á las anteriores; hay en ellas versos hermosos, pero en general valen menos que los precedentes.

Las poesías de Armando Silvestre tienen algo del *más allá*, á veces hasta del infinito, conservando el reflejo del alma del poeta, generosa y grande, patriótica y honrada.



## LITERATURA

LA EVOLUCIÓN DE LA POESÍA EN EL ÚLTIMO CUARTO DE SIGLO. —Hace veinte años—dice Jorge Pelissier en la *Revue des Revues*—la escuela parnasista estaba en pleno triunfo, y no hace diez que produjo los *Trofeos*, su obra maestra. La poesía en los *Trofeos* consiste, sobre todo, aun al desplegar su mayor magnificencia, en la precisión, en la exactitud, y esa es la idea que de ella se formaba el Parnaso. La poesía parnasista es esencialmente didáctica, lógica, técnica, distinguiéndose por la claridad, la precisión, la concisión, la rectitud.

Frente á este concepto se eleva el concepto de los simbolistas: la poesía para ellos tiene por objeto, no reproducir con precisión formas determinadas, sino evocar «el alma de las cosas». La poesía parnasista se enlaza con las artes plásticas; la simboliza con la música. Cuando se trata de sugestionar, las palabras no sólo son signos lógicos, sino sonidos y notas musicales. Para ser poeta simbolista no hay necesidad de símbolos precisamente; basta expresar las secretas afinidades de las cosas con nuestra alma. Por eso los simbolistas suelen ser oscuros; lo claro, según ellos, es materia de la prosa: no hay poesía sin obscuridad.

Alfredo de Vigny, por su afición al misterio, y Baudelaire, por su «don de correspondencia», podrían pasar por precursores del simbolismo; pero los verdaderos precursores de esta escuela son Mallarmé y Verlaine. Mallarmé fue al principio parnasista, y sólo en la segunda parte de su carrera se hizo el teórico de la nueva estética. Su vena poética fue siempre pobre, pero en sus últimos años llegó á ser estéril; algunos estudios en prosa, como su *Divagación sobre el verso*, es todo lo que en él puede mostrarnos al iniciador del simbolismo; pero como muchos jóvenes poetas frecuentaban su casa, allí es donde se elaboró en coloquios la moderna poética. En sus poesías

hay algún verso que parece hermoso y atractivo; pero ¿qué valor tienen estos mismos versos si los anteriores y los posteriores no hacen sentido? En algunos pasajes hay que andar á tientas sin verse la menor sintaxis ni explicarse la función ni el lugar que ocupan las palabras. Se adivina en Mallarmé una especie de genio confuso, oprimido y martirizado por su obra, de la que nada probablemente quedará.

Pablo Verlaine sufrió también al principio la influencia del Parnáso, especialmente de Leconte de Lisle y de Banville; pero ya en la *Buena canción* se anuncia una nueva manera por la ingenuidad y la dulzura, por la fluidez de la forma y por cierta torpeza. Cuatro años después de la dispersión de los parnasistas por el Año terrible, Verlaine publica sus *Romances sin palabras*, donde se revela como es: son estados de alma no analizados, no anotados en rasgos precisos, sino indicados por alusiones, por imágenes vagamente análogas sin enlace lógico entre sí. Siete años más tarde publicó *Sabiduría*, especie de letanías donde se exhala su natural misticismo, y que con *Jadis et naguère*, *Amor*, *Paralelamente* y *Dicha*, completa la obra de Verlaine, que comenzó en 1885 á ser mirado por los jóvenes como su maestro. No hay que hacerle, sin embargo, jefe de escuela, pues Verlaine jamás tuvo otra regla que el instinto del momento, y toda su doctrina, si este nombre puede emplearse en este caso, se encierra en este verso: «el arte, hijos míos, es ser absolutamente uno mismo.» Declara la guerra á la retórica y aun á la elocuencia: «Coge la elocuencia—dice—y retuércela el cuello.» No quiere una poesía lógica como la de Boileau, ni pintoresca como la de Gautier, ni escultural como la de Leconte de Lisle, sino fluída, aérea, vagamente matizada, reñida con todo lo artificioso y preparado. Todo lo que quede de los doce ó catorce tomos de Verlaine cabe en cien páginas; muchas de sus poesías no tienen sentido, y las que se entienden suelen ser alambicadas ó triviales, estando llenas de simplezas. Sólo algunas son verdaderamente deliciosas y bastan para asegurarle un puesto entre los verdaderos poetas

Al principio del simbolismo los críticos se veían en verdaderos apuros: unos ridiculizaron las tentativas de los innovadores, entre los que había más desequilibrados y charlatanes que verdaderos artistas; y otros, cuya regla es «estar en el movimiento», colmaron de alabanzas á los jóvenes, sin distinguir á los desequilibrados de los poetas. Con Enrique de Regnier, sin embargo, no había error posible: era un verdadero poeta que tomaba en serio el arte. Algunas de sus obras, *Los dos racimos*, *El ladrón de abejas*, *Ariana* y *El Pastor* anuncian lo que pronto será, no ya la alegoría, sino el símbolo; con los *Poemas antiguos*, *Como en sueños* y *Aretusa*, se separa decididamente de sus primitivos maestros Leconte y Heredia, por la forma, empleando el verso libre, y por el fondo, por ser su poesía toda de sombras y sueños; *El hombre y la sirena*, en *Aretusa*, es quizá la pieza que mejor hace sentir el encanto y la gracia de la nueva poesía. Sus más recientes colecciones, como la del año pasado, *Medallas de arcilla*, parecen indicar que vuelve al Parnaso.

Alberto Samain, muerto el año último, merece ser citado después de Regnier, siendo la nota que le caracteriza la mezcla singular del *baudelerismo* con el *verlainismo*. En el *Jardín de la Infanta*, *Acompañamiento*, *Otoño*, *Música*, *Elegía*, á *Gabriel Randox* y otras, hay trozos deliciosos; cansado, sin embargo, de «buscar oropeles de feria», ha querido «volver á la verdad de su corazón», escribiendo sus elegías, menos originales, pero más sinceras. Los idilios alejandrinos de *En los costados del vaso*, son laudables por su pureza y elegancia.

Juan Moreas, autor de *El peregrino apasionado*, considerado por muchos jóvenes poetas como obra maestra que consagraba definitivamente el simbolismo, rompió poco después con los simbolistas para fundar una nueva escuela, la *romana*, que le condenaba á no hacer sino imitaciones.

Todos estos poetas eran más ó menos fieles á la poesía clásica; pero hay otros que para nada se inspiran en ella. Así Vielé-Griffin, el compañero de Regnier, está plagado de impro-

piudades, de giros barrocos, de neologismos estupendos, de ritmos discordantes, incoherencias y divagaciones, mereciendo, sin embargo, ser mencionado con elogio por obras como *La Cabalgata de Yeldis*, *Focas el jardinero* y la *Leyenda alada de Wieland el herrero*, donde las más grandes ideas filosóficas y morales toman una forma viva, ora dramática, ora lírica.

Jorge Rodenbach, cuyo *Reinado del silencio* merece especial mención, es el poeta de las medias tintas y de la penumbra, el poeta de todo lo que se marchita y aja, dándonos la impresión de su país natal, la Bélgica, con sus paisajes descoloridos, horizontes brumosos, canales sosegados y ciudades adormecidas. Emilio Verhaeren, en sus *Desbandadas* y *Aparecidos*, nos presenta otra Bélgica exuberante, orgiástica y mística á la vez, dando á los objetos un relieve brutal con su lengua abrupta y peñascosa y su prosodia desconcertante por lo discorde de los ritmos.

Volviendo á los franceses de nacimiento, hay que poner aparte á Mauricio Bouchor, que tiene su simbolismo especial, desarrollando en sus *Símbolos* los grandes mitos por los que la humanidad ha expresado bajo diversas formas el sentimiento universal del más allá. Más tarde ha escrito *misterios* para un teatro de fantoches, mereciendo ser citados los *Misterios de Eleusis* como uno de los más hermosos poemas contemporáneos, por la inspiración, por la adecuación y por la admirable poesía que envuelve.

Fuera de estos poetas, que son los que han contribuido á la evolución de nuestra poesía, hay otros muchos, como Richopin, Arancourt, Lahor, Guerne, etc., que han sido ó románticos retrasados ó creyentes de la poética consagrada. Theuriot es el pintor delicado y gracioso de los Ardennes. Vicaire, de las costumbres y tipos de la Bresse; Fabié, del Rouergue, y Goffic y Le Braz, de la Bretaña; todos ellos forman el grupo que pudiera llamarse de los provincianos y «campestres».

El simbolismo es sólo una fase más ó menos duradera en la historia de nuestra poesía. ¿Ha terminado su misión? Nadie

puede decirlo. Su influjo es, en todo caso, laudable: ha roto el mecanismo parnasista y ha emancipado la métrica de reglas puramente artificiales.

\*  
\* \*

LA LITERATURA DE LOS JÓVENES Y SU ORIENTACIÓN. — Estudiándola en la poesía primero, y en la novela después, el poeta simbolista Gustavo Kahn consagra á la literatura de los jóvenes un sustancioso artículo en *La Revue* de París.

Júzguese como se quiera, es indudable que los escritores englobados bajo el nombre de simbolistas produjeron en 1885-86 el primer movimiento contra el parnasismo, triunfante en la poesía, y el naturalismo, dueño de la novela. Los simbolistas habían leído mucho á Baudelaire y á Flaubert, á los refractarios del Parnaso, como Mallarmé, Verlaine, Villiers y Cros, y al refractario del naturalismo, Huysmans. Criticaban al Parnaso por no ser una escuela nueva, sino el fin del romanticismo, un romanticismo clasificador y helenizante; echaban en cara al naturalismo el prescindir de evocaciones, sueños, leyendas y fantasías.

La conquista más neta del simbolismo es el verso libre, fórmula elástica que libra al oído del runrún siempre binario del verso antiguo y permite á cada cual escuchar y reproducir la canción que tiene dentro. La mejor definición del simbolismo es la de Gourmont: «la expresión del individualismo en el arte». En los comienzos de la escuela aparecen las firmas de Mallarmé y Verlaine con las de Rimbaud, Laforgue, Moreas, Adam y Kahn. La lista de los que después han aceptado el nombre de simbolistas es numerosa, figurando entre ellos Maeterlinck, Regnier, Verhaeren, Vielé-Griffin, Merrill, Dubus, Morice, Gourmont, Saint-Pol, Mockel, Gide, Claudel, Elskamp, Fort, Hirsch, Fontenas, Lerbergue, Rette, Souza, Mauclair, Scheffer, Dumur, Saint-Paul, Herold, Rambosson, Gerardy, Klingsor, Pilou, Degrou, Thibaudet, Reja y otros. Algunos

que no aceptaban el verso libre, participaban de las ideas del grupo sobre otros puntos, como Samain, Quillart, Valery y Pedro Louys.

El movimiento era sobrado amplio para permitir la formación de grupos diferentes. Así el simbolismo dió de sí, ante todo, la escuela *romana* con Moreas, Tailhade, Reynaud y Du Plessis, que quisieron hacer algo semejante á la pléyade del siglo xvi, modernizando la lengua por medio de la resurrección de arcaísmos. Luego surgió otra agrupación con Andrés Gide y Enrique Maubel á la cabeza, que habló de cierto *ideo-realismo* para expresar sensaciones rarísimas, dar impresiones de silencio, de fenómenos anímicos y paisajes de almas, en prosa ó verso, siendo frutos de esta escuela el *Viaje de Urien*, *Paludes*, *En la isla*, y el *Conocimiento del Este*, de Pablo Claudel.

Jorge Rodenbach traía, por su parte, un lindo canto de intimidad, consagrado á describir sensaciones breves y blancas, analizando la vida como en sueños; de aquí el grupo de los *intimistas*, con Jammes, que sabe, en versos perfumados con epítetos coloreados, describir las bellezas de las hojas, de las flores, de la sombra y del sol, y los goces y penas de los humildes; Bataille, que ha dado en *Cámara blanca* las más minuciosas sensaciones de convalecencia; Guerin, Laforgue, Abril, Briquel y Gheon, que han cantado sensaciones de la naturaleza. Entre ellos hay que poner á Andrés Rivoire y Andrés Dumas.

Otros, vibrando al contacto de las cosas, quieren ser los poetas del ansia de libertad y fraternidad que siente el mundo, haciendo de estos ideales su especialidad, como Gregh, Pioch y Vignaud. Al lado de éstos han aparecido últimamente otros dos grupos bien distintos: los *tolosanos* y los *naturistas*, siendo su nota común la reacción contra el simbolismo.

Los tolosanos Delbousquet, Magre, Lafargue, Viollis, Tallet, Marival, Camo, Frejaville, Nervat, etc., están unidos por el lazo de su común origen, teniendo la preocupación de pin-

tar las cosas de todos los días con amplio y elocuente acento. Los naturistas, con Bouhelier al frente y Montfort y Abadie á su lado, se encierran en una fórmula algo vaga, pomposa y declamatoria, con cierta afectación de ingenuidad y algún exceso de retórica y elocuencia.

Por lo que hace á la novela, el ideal que salió de los esfuerzos de Zola tenía más de Maupassant y de Daudet que de él. La novela psicológica fue obra de Bourget, contribuyendo á su desarrollo Bonnières débilmente, y Hervieu con sus notas de ironía, que constituyeron una variante dentro del género. Mirbeau es difícil de clasificar, pues desde el psicologismo ha pasado en el *Diario de una camarera* al realismo más zolesco.

Hartos de las predicaciones de Zola, cinco novelistas, Bonnetain, Rosny, Descaves, Pablo Margueritte y Guiches, renunciaron en un manifiesto á las teorías del maestro, acusando á Zola de exclusivismo en sus procedimientos y de exceso de atención á la vida animal del hombre. De todos ellos Rosny era el más importante, aunque todos cuenten con obras meritorias. De la corriente naturalista han salido también León Hennique y Huysmans.

Marcelo Prevost se enlaza por un lado con Bourget, y por otro con Jorge Sand y Feuillet; hoy parece haber subordinado sus antiguos propósitos á escribir novelas de tesis, dedicándose especialmente al feminismo; quizá es curiosa la novela de Prevost, pero no es artística. Julio Case, con vigor, tacto y probidad, ha sacado de la doctrina realista los métodos de restauración de la novela idealista. Mauricio Barrés, que estuvo en contacto con los simbolistas, y cuyos primeros trabajos estaban dedicados al culto del yo, se ha consagrado á la novela social.

Llegando á la novela de poetas, Catulo Mendes fue quien la mantuvo, después de Víctor Hugo, con más robusta actividad, desde el *Rey virgen* y *Madres enemigas* hasta *La casa de la vieja* y *Gog*, obra de poeta, de evocador, de narrador lírico. *La Eva futura*, de Villiers, plantó una obra maestra en la sel-



va de nuestras novelas. Anatolio France, cuya novela tiene de la psicológica y de la social, es en sus novelas un poeta, y su arte se ha perfeccionado de un modo maravilloso: ha llegado á despojar la novela de todo lo que no es ornamento esencial, y no se sirve del fondo sino como de un pretexto para la variación filosófica, que es el todo.

También el simbolismo tiene en la novela lucida representación. Pablo Adam ha producido una serie de volúmenes que lo abarcan todo, desde la anécdota callejera hasta la restitución de la antigua Bizancio; su labor ha producido ya más de veinte obras, ligadas por el hilo algo empírico de una especie de epopeya de la voluntad, á semejanza de la *Comedia humana*, de Balzac. Pedro Louys, sin ser un simbolista, ha escrito ese hermosísimo cuento de *Afrodita* que tanto éxito ha tenido. La señora Rachilde desarrolla siempre con brío la idea fundamental de sus novelas, alternando las curiosas notas femeninas con adivinaciones del fondo animal del bípedo pensante y amante, que suelen ser muy hermosas. En Regnier, los juegos mitológicos del siglo XVIII se enlazan con los acentos de las Memorias de ultratumba. Hugo Rebell está superiormente dotado para la reconstitución histórica de sucesos contados por los viejos, y al lado de estos artistas puede citarse á Luis Dumur, Virgilio Josz, Alberto Delacour, Carlos Hirsch, Eugenio Demolder, Camilo Mauclair, Enrique Bourgerel, Marcelo Battilliat y otros muchos, más ó menos francamente alistados en las filas del simbolismo.

Tampoco faltan los humoristas en este período, y Julio Renard tiene el honor de haber creado el tipo, con *Pelo de zanahoria*, siendo sus continuadores Pedro Veber, de alegría algo grosera, pero comunicativa; Tristán Bernard, cuyas *Memorias de un joven arreglado* serán exactísimo documento de la mediocridad de la vida moderna; Renato Boyslève, novelista espiritual; Luciano Muhlfeld, que nos trae una novela más hablada que escrita; Andrés Beaunier, clarividente crítico; Mauricio Baubourg, el más artístico y trágico de los humoristas, y Ca-

milo de Sainte-Croix, á quien hay que situar hacia los confines de la novela utópica.

En estos momentos hay cierto recrudecimiento de curiosidad hacia la novela histórica, acentuado por el éxito enorme de Sienkiewicz. Las novelas de Maindrou, el *Viaje de Shakspeare*, de León Daudet, y *El crepúsculo de los dioses*, de Elemiro Bourges, son curiosas muestras de las diversas tendencias de la novela histórica. El cansancio del realismo es el que abre el apetito para este género, cuyo porvenir es difícil de predecir.

\*  
\* \*

LAS SUSTITUTAS.—Grande y merecido ha sido el éxito de esta obra de Brioux en el teatro Antonio de París. El primer acto—según du Tillet, de la *Revue Bleue*—es insuperable; y si los otros dos le hubieran igualado, *Las sustitutas* hubieran sido una obra maestra.

Estamos en una aldea del Nivernés, en el «país de las nodrizas», población singular cuya industria única es el «amantamiento», y donde todos viven de la leche de sus mujeres. Unas dan de mamar á los asilados de la Beneficencia pública, y otras van á París á criar á los hijos de las ricas parisienses. Los maridos de estas nodrizas, frescos, gordos y colorados, pasan su tiempo de taberna en taberna, entretenidos en combinar embustes formidables para sacar dinero á los amos de sus mujeres ó á sus mujeres mismas: accidentes raros, enfermedades súbitas, incendios y ruinas, gastos de bautismo, de escuela ó de primera comunión, de todo sacan partido para estrujar la bolsa de sus mujeres ó de sus amos y llevarse así la mejor vida del mundo.

De esta situación resulta, que en aquella aldea tener hijos, muchos hijos y lo más pronto posible, es la mayor fortuna, y todo allí se explica por esta preocupación. Una muchacha los tiene antes de casarse; por un lado lo siente, porque la paga-

rán menos, pero por otro se alegra, porque la solicitarán más y se colocará más pronto. Otra era delgaducha y débil y nadie la quería en matrimonio, porque parecía ser estéril; pero resulta embarazada, y los mozos se disputan su mano. Este no tiene hijos y es la risa de todos, y tiene que andar á pesca de algún convite pagado por las más pesadas bromas; aquél, en cambio, tiene demasiados hijos, pues aun á los diez y ocho meses de ausencia su mujer le proporciona uno; le bromean un poco, pero en el fondo le envidian, pues su mujer, para hacerse perdonar, le envía todo lo que gana, salarios y propinas.

Tal es el fondo del cuadro, en el que Brioux ha colocado una pareja natural y honrada, Planchot y su mujer Lazarita. Se quieren, llevan cuatro años de casados, tienen de qué vivir trabajando, saben lo que pasa en los matrimonios en los que la mujer se separa del marido, y están resueltos á vivir unidos con el hijo que acaba de nacerles. Imagínense las burlas y las tentaciones de que es objeto el buen Planchot; imagínense los lamentos del suegro, exasperado al pensar en los dos mil francos que produciría el contrato de su nuera; imagínense á la pobre Lazarita, vacilante entre el dolor de abandonar á su pequeño y el miedo á las escenas por que va á pasar si no se somete. La pobre, vencida, acepta «la crianza» que la ofrecen y marcha á París.

Aquí la obra se para. Tras este admirable cuadro de aldea viene un cuadro del gran mundo, que parece escapado de alguna zarzuelilla. Una señora que habla de las «novelas» de Nietzsche y que repite disparatando las frases que acaba de oír; un médico mundano que tiene gracia.... y nada de drama. La pieza que esperábamos se ve reemplazada por una conferencia. Esta conferencia la hace el Dr. Richon, el médico de la aldea, que aparece en casa de la señora Denisart (el ama de Lazarita) el día de su santo, y á quien hacen hablar á la mesa con el propósito de reirse de él sin conseguir más que respetarle y admirarle. La conferencia está perfectamente, pero lo

mismo se aplica á los Denisart que á los Planchot. «En otro tiempo—dice el Doctor—podía uno librarse del servicio militar comprando un sustituto; pues así como se acabó con aquello, es preciso que nadie pueda comprarse sustitutas». Esta es la fórmula; pero ¿qué significa? Sólo tiene una conclusión lógica: «Si no podéis criar, no tengáis hijos». Lejos de esto, Brieux quiere que haya hijos, aun á la fuerza, si es preciso, señalando sueldo á las madres pobres, porque el presupuesto de las madres es más útil que el presupuesto de la guerra; «vale más gastar dinero para aprender á vivir que para aprender á matar».

Son estos resortes más propios de un *meeting* popular que del teatro. Lazarita se ve cuidada con esmero: la atracan, la miman, la tratan como lo que es, «una vaca de leche», y Lazarita sufre por su degradación, y no pudiendo resistir se vuelve al pueblo. En unos minutos lo vuelve á poner todo en orden, y se acaban los convites y juergas de Planchot y las bribonadas y marrullerías del suegro, la gresca y el festín de los amigos. Todos vuelven al trabajo honrado y una nueva era da comienzo, siendo la dicha el premio del deber. El Dr. Richon entona un cántico de acción de gracias, sin pensar quizá en que allá en París hay un niño que se está muriendo por el abandono de su nodriza. Después de todo, culpa es de sus padres.

Sea lo que quiera, pues claro es que jamás puede darse gusto á todo el mundo, *Las Sustitutas* es una pieza digna de entusiasta aplauso por la valentía de su exposición y de sus conclusiones, y por la verdad conmovedora de las escenas que forman su interesantísima trama.

### PSICO-FISICA

LOS CARACTERES HUMANOS.—Original y hermoso, como todo lo que emana de su pluma, es el estudio dedicado á los carac-

teres humanos en la *Nuova Antologia*, por el insigne escritor Pablo Mantegazza.

¿Qué es el *carácter*? Para el vulgo es lo que distingue moralmente á un hombre de otro, lo que le *caracteriza*. Para el estoico Zenón, es «la surgente de la vida, de donde brotan las acciones»; para Mantegazza, «el retrato moral del hombre». ¿Y qué es el hombre moral? Quitémonos, para verlo bien, los vestidos que nos han hecho esos sastres que se llaman educación, religión, patria y ambiente; pongámonos desnudos frente al sol y mirémonos: la cosa parece fácil y, sin embargo, son tantos los motivos de aberración, que se diría que nos miramos en un espejo mal hecho, que tan pronto nos hace más grandes como más pequeños, deformando líneas y colores; y es que para mirar nos ponemos siempre, ó los cristales de aumento que fabrica la soberbia, ó los lentes de disminución que prepara el desaliento.

Dejemos de mirarnos á nosotros mismos y miremos á nuestro alrededor, á nuestro criado, nuestra camarera, al amigo y al enemigo..... pero, ¡ah! que aquí también nuestros ojos ven los hombres á través del vidrio rosado de la simpatía ó del vidrio verde de la envidia, y el odio y el amor, y mil otras pasiones hacen desviar el rayo de luz deformando las imágenes. Aun admitiendo que se logre vencer el orgullo y el desaliento y acallar la envidia, la simpatía y la antipatía, ¡cuántas dificultades quedan todavía por vencer antes de definir un carácter, de hacer un retrato que haga reconocer al original inmediatamente por todos!

Las dificultades son muchas y grandes, pero no nos deben asustar: también los termómetros y barómetros tienen defectos, pero sabemos corregir sus errores, y lo mismo puede hacerse con el estudio de los caracteres humanos. El carácter es el esqueleto moral de un hombre, y si hacer la osteología es más difícil que hacer la anatomía, puede y debe hacerse. Para este gran trabajo propone Mantegazza un breve cuestionario, semejante á los que han puesto de moda los que practican las

*interviews* políticas, artísticas y literarias. De las respuestas que se den depende la clasificación del carácter. He aquí este cuestionario:

*Para las mujeres:* ¿Cuál es para ti el ideal de un marido perfecto? ¿Preferirías un viejo rico ó un joven pobre? ¿Preferirías un marido tirano y genial ó un marido tonto? ¿Crees mejor al hombre ó á la mujer? ¿Prefieres tener muchos hijos ó ninguno? ¿Tienes muchas amigas, pocas ó ninguna?

*Para los hombres:* ¿Cuál es para ti el ideal de la mujer? ¿Crees en el amor eterno? ¿Prefieres la mujer hermosa á la inteligente y buena? ¿Eres afortunado en amor? ¿Qué aprecio haces tú de la mujer en general? ¿Cuál es la mujer de la antigüedad que querrás tener por amante?

*Para ambos sexos:* ¿Prefieres una vida tranquila, sin dolores y sin grandes goces, ó una vida llena de grandes goces y de grandes dolores? ¿Cuál es tu autor predilecto? ¿Prefieres á Miguel Angel ó á Rafael, á Rossini ó á Wagner? ¿Cuál es para ti la pasión más fascinadora y enérgica? Pudiendo escoger tu posición social ¿qué querrías ser? ¿Prefieres el celibato ó el matrimonio? ¿Cuál es tu credo religioso? ¿Crees que la vida es una bendición ó una maldición? Si no fueras italiano ¿en qué tierra querrías haber nacido? ¿Qué personaje histórico desprecias más que á todos los demás? ¿Qué hombre histórico es el que más admiras? ¿Qué hombre es el que más envidias? ¿Prefieres vivir en el campo ó en la ciudad? ¿Cuál es para ti el mayor placer? ¿Cuál es para ti el mayor dolor?

El carácter se afirma y revela apenas surge el primer albor de la inteligencia, y está ya delineado en sus contornos á los cuatro ó cinco años; pero puede sufrir muchas y varias influencias que modifican sus líneas y colores, sin cambiar jamás por eso su naturaleza. Estas influencias pueden ser internas ú orgánicas y externas; es decir que se hallan dentro de nosotros ó fuera de nosotros.

Los modificadores internos ú orgánicos del carácter son la herencia, el sexo, la edad, la salud ó la enfermedad, la acción

recíproca de los sentimientos, y las energías intelectuales. — Los modificadores externos son unos físicos, y otros psíquicos; los físicos son los alimentos, las bebidas, el clima, las estaciones y los fenómenos meteóricos; los psíquicos son el ejemplo, la educación, las profesiones y el ambiente político, social, económico y religioso.

### CRITICA

LA LENGUA PARLAMENTARIA. — No puede dudarse, — dice en *La Revue de Paris* Ernesto Charles, — que existe una lengua parlamentaria. Cada grupo social tiene su vocabulario y su sintaxis, y el Parlamento no podía prescindir de tener los suyos. No es el objeto del autor estudiar las causas de la existencia ni de las evoluciones de esta lengua, sino examinar la transformación que sufren, en boca de los políticos, las frases de la lengua usual. Es indudable que los políticos son extremadamente ignorantes de lengua nacional; si hablan de todo sin saber de nada, tienden, sin poderlo remediar, á decirlo todo incorrectamente: voces apartadas de su propia significación, frases, perífrases y metáforas desordenadas é incoherentes, incorrecciones tradicionales que el parlamentario joven copia del viejo: tales son los elementos típicos de la lengua parlamentaria, no ya de la empleada por oradores sin relieve, sino de la que emplean los políticos más ilustres, Gambetta, Freycinet, Bourgeois, Pelletan, Viviani, etc.

Lo primero que hacen es «plantear cuestiones», en lo cual hacen perfectamente: pero ¿es lícito que digan, como Viviani, «quisiera establecer los términos de la cuestión»? Cuneo d'Oruano se propone «someter una cuestión al Gobierno», y Ribot afirma que «pone la cuestión en su verdadero terreno». Pero cuando un diputado explora ese terreno verdadero se encuentra con que «la cuestión tiene lados diversos», y entonces «los aborda», hablando «del lado político de la cuestión» y di-

ciendo que «es peligroso abordar las cuestiones económicas por el lado pequeño»; luego hay que abordarlas por el lado grande, y allí ¡cuántas dificultades! En efecto, «de cualquier lado que se aborde la cuestión»—y en verdad que no se sabe por qué punta cogerla—pronto se ve que esa cuestión «toca á intereses múltiples». ¡Lástima de contactos! ¿Y qué resulta? «En este punto estamos en una situación difícil. ¡Los *puntos*, los *lados* ó las *ramas* de la cuestión, pues, como dice Gati-neau, «la cesación de las persecuciones no es una rama de la gran cuestión de la amnistía»! Mejor sería «no perseguir por ahora, como dice Freycinet, la solución de esta cuestión», pues tal persecución no daría resultado, porque «jamás ley alguna levantó tantas cuestiones complejas y delicadas». Lo mejor sería «cortar la cuestión», pues las cuestiones pueden cortarse en sentidos diferentes, y para cortarlas mejor, se emplea el escalpelo del análisis». Acabemos, pues, ya que «la Comisión *est saisie*» de una cuestión considerable» y que Waldeck-Rousseau trata de «establecer el génesis de la curva descrita por la cuestión» (!). ¿Y qué decir de la audaz combinación de vocablos descubierta por Mougeot: «quieren haceros votar bajo el régimen de la inexactitud de la posición de la cuestión»? ¡Qué génesis, qué curva y qué régimen tan raros! Las cuestiones, por otra parte traen los problemas, y «de cualquier lado que se vuelvan ó revuelvan los problemas» (Gambetta) la cosa es muy seria; así, el orador asegura que «entra en su examen», aunque «hubiera debido encerrarse én la crítica que dirige», si no quiere, como Bourgeois, «encerrarse en el punto particular que trata», por ser «una necesidad moral que se pone ante él».

La lengua parlamentaria que así se expresa en los exordios y proposiciones, no es más correcta al desarrollar el resto del discurso. Viviani dice: «si vuelvo á la materia en que nos agitamos, encuentro que.....» Gambetta decía: «Mi objeto ha sido perseguir la unión indisoluble de los que trabajan y los que poseen». Leon Say, á su vez, sostenía que «cuando la democra-



cia ha perseguido la igualdad y la justicia, se ha apoyado en el espíritu económico». Unos buscan la solución y otros, como Estournelles, «emprenden» la solución de los problemas, empresa comprometida. Pelletan afirma por su parte que hay una política «que se apoya gustosa en las situaciones adquiridas, en los intereses saciados, en el temor al cambio».

En un manual de vulgarización de la lengua parlamentaria merecen figurar estas frases: «hay que repartir los esfuerzos de una generación» (Treveneuc); «me doy perfectamente cuenta del sentimiento de fatiga que se ha apoderado de la Cámara» (Flandin); «hay que colocarse bajo el punto de vista de los intereses del porvenir» (Montfort); «hay que ligar el derecho del Estado á una idea más allá»; «la organización práctica de las fórmulas» (Jaurés); «todos hacemos doctrina sin colocarnos en el terreno práctico» (Clemenceau); «la línea de conducta que le era dictada por las Cámaras» (Decazes); «importa que ponga bajo vuestros ojos las circunstancias mismas que han rodeado la cuna de la proposición originaria» (Gatineau). ¡Qué galimatías! Una cuna, la cuna de la proposición, las circunstancias que la rodean, unas circunstancias que se van á poner bajo nuestros ojos..... ¡Qué espectáculo! Puede ponerse al lado de aquellos en que Jaurés contempla «la marcha necesaria de los fenómenos económicos», y Bourgeois observa «tres grandes puntos que expresan claramente la voluntad del país», diciendo que «hay dos puntos indicados como constituyendo especies á las que es posible proveer».

He aquí un lote de metáforas parlamentarias: «esta manifestación de la Cámara será un arma eficaz»; «el respeto á los resortes del mecanismo de la sociedad»; «los agentes del Estado son un mecanismo cuyos frotamientos absorben una parte y á veces la totalidad de la fuerza social» (León Say); «formemos un haz de nuestras convicciones, que sea como un pedestal inmenso en cuya cima flote el Estado á plenas velas hacia sus gloriosos destinos» (Gustavo Droz); «el principio del progreso democrático está adosado al sufragio universal» (Pelle-

tan); «esos asilos donde, corriendo á oleadas de todas las fuentes de la credulidad, se amontona el encaje metálico de los golpes de Estado cesaristas» (Viviani); «soy prisionero de la definición; su texto es un torno jurídico en el que estoy cogido» (Viviani); «hacía una noche tan sombría, que se hubiera uno creído en plena Edad Media» (Allais).

El vacío de las frases destinadas á expresar ideas generales es sorprendente: «la institución no es necesaria sino en tanto que subsiste el fin por ella perseguido» (Gambetta); «los sucesos conducen la política más bien que la política los sucesos» (Gambetta); «buscaremos las soluciones que implican los grandes problemas que en el mundo entero apasionan los espíritus, para adaptarlas al genio nacional, á nuestras tradiciones, á nuestras costumbres» (Floquet); «las naciones no viven sólo de política, viven también de negocios y de intereses materiales» (Freycinet).

¿Y las definiciones? «La noción de la solidaridad es el fruto del doble movimiento de los espíritus y de las conciencias que forma la trama profunda de los acontecimientos de nuestro siglo» (Bourgeois); «el feminismo consiste en poner sobre el mismo pie al hombre y á la mujer» (Carlos Ferry); «la república es la prenda común del renacimiento de las fuerzas materiales de la nación» (Gambetta); «la revolución francesa es la emancipación de todas las criaturas vivientes como individuos y como miembros de una sociedad colectiva» (Gambetta); «el partido republicano es el que asegura el desarrollo pacífico, legal, progresivo, de todas las consecuencias legítimas de la revolución» (Gambetta).

Las vías y las marchas son innumerables: «De la unión de los republicanos hay que hacer salir una marcha mesurada y prudente, pero continua, hacia las reformas reclamadas por la democracia» (Freycinet); «la buena voluntad permite marcar una primera etapa en estas vías de aplacamiento» (Descazes); «Francia puede avanzar con decisión en la vía de las reformas» (Freycinet); «la libertad ha marchado al mismo paso que

la civilización»; «la libertad que no procede por las vías de la dictadura, no puede ofrecer transformaciones súbitas» (Floquet); «en esta marcha incesante hacia el ideal de la libertad, no marcamos al adelanto límite fijo» (Freycinet). ¡Muy bien hecho!

## BELLAS ARTES

EL ESCULTOR RODÍN.—La escultura—dice Héctor Ximénes en la *Rassegna internazionale della letteratura é dell'arte contemporaneo*—ha tenido en todo tiempo el fin de ennoblecer asuntos y formas, dando á su conjunto agradable complejidad artística. Quien no sabe imprimir en la materia un concepto grandioso, podrá ser un ingenio paciente y reflexivo, pero no es un artista.

Tal es el caso de Rodin. No habiendo acertado á fijar en él la atención del público en treinta años de carrera, ha intentado conquistar la fama por medios excéntricos, y como nada hay más interesante que las figuras concluídas en parte, y en parte esbozadas por Miguel Angel, ha querido imitar al genial artista dejando sin concluir sus obras. Miguel Angel, sin embargo, esbozaba y concluía sus figuras con el mazo, sin auxilio de los medios que hoy existen; y si dejó sin concluir su *San Mateo*, es porque la muerte se lo impidió. Pero Rodin ¿por qué deja sin acabar sus estatuas? Porque no acierta á concluir las; las esboza hasta obtener el efecto que desea y allí se detiene. ¿Es esto arte?

Podrá conmover al vulgo aficionado á nebulosas y adivinanzas, pero nunca obtendrá el aplauso sincero de los inteligentes que tengan el sentimiento delicado del Arte. Límitese pues, á esculpir desnudos y deje que sean ornamento de un mueble sus figuras de arte incompletas expresando en la obscena amalgama de dos cuerpos el poder triunfante del amor, y no intente la representación ideal y sobria del monumento.

Su apologista Case afirma que su estatua de Balzac no

será expuesta en ninguna plaza pública, porque perdería con el ruido de la multitud su carácter misterioso. Lo cierto es que no se levantará en ninguna plaza de París, porque quienes la encargaron á Rodin la encuentran indigna de ser expuesta al público, prefiriendo perder su dinero y volviendo los ojos al pobre Falguiere. ¿No ha tenido el Ayuntamiento de Buenos Aires que cubrir la estatua del general Sarmiento, inaugurada hace unos meses, para defenderla de las iras populares? Dejar incompletos los trabajos es muy cómodo para quien no sabe darles feliz remate.

Incertidumbre en la forma, desarreglo en las líneas, *truco* en el trabajo: esas son las cualidades artísticas de Rodin.

## COSTUMBRES

EL HAREM DEL GRAN TURCO.—El contingente del harem de Yildiz se recluta casi exclusivamente en Circasia, y según Jorge Dorys dice en *La Revue*, cuenta también con algunos hermosos ejemplares de las razas siria y rumeliota. Escogidas por su gracia precóz, las odaliscas son compradas muy jovencitas por agentes especiales, cuando no son arrebatadas á sus padres por gobernadores de provincia excesivamente celosos ó regaladas por las tías y primas del Sultán.

Pasado el dintel del palacio, las reclutas deben olvidarlo todo, su país, sus padres y hasta su nombre, para dedicarse al desempeño del nuevo papel, recibiendo ante todo la educación que les da la Bach-Kalfa. Esta educación, refinadísima, tiene por objeto principal el desarrollo de todas las gracias, encantos y seducciones que las jóvenes bellezas atesoran: la armonía de las posturas, el canto melodioso, la danza lasciva, el lenguaje poético, la dulzura de las miradas, la molicie de las actitudes, las caricias deliciosas, todo lo que el arte más exquisito puede añadir al encanto natural de una mujer hermosa y sensual.

Esta instrucción dura dos años generalmente y termina con un solemne examen, presidido por la sultana-madre (Validé). En este examen cada alumna debe probar que conoce todos los detalles del servicio á que se la destina, desde el modo de saludar al Sultán, hasta la manera de presentarle las zapatillas, debiendo estar al corriente de sus gustos y preferencias, de sus caprichos y de sus manías.

Generalmente este examen de madurez coincide con la edad núbil de la tierna joven, que ya no tiene más que esperar á que el capricho del gran señor, al visitar el harem, se digne fijarse en ella. Pero tiene trescientas compañeras igualmente bellas y ambiciosas, sin contar con las rivales que surgen cuando menos se piensa, si al Sultán se le antoja fijarse en cualquiera de las esclavas que acompañan á sus hijas ó parientas cuando le van á visitar. Así, por ejemplo, una noche en que había baile en el harem, el Sultán notó entre las bailarinas á una joven del séquito de su hija mayor, y al día siguiente dos eunucos la fueron á buscar; Mesté-Alem, que así se llamaba la linda circasiana, se dispuso conmovida á obedecer las órdenes de su señor, y su misma dueña, la princesa Zekkié la hizo tomar el baño tradicional y asistió á su tocado; perfumada, llena de galas, y escoltada por eunucos á caballo, hizo su entrada en Yildiz donde la Validé se encargó de darla las instrucciones de costumbre. A pesar de la precipitación con que por orden del Sultán había sido llevada á Palacio, Mesté-Alem no fué llevada á presencia de S. M. hasta cuatro días después; entonces, fuese porque se le hubiera pasado el capricho, ó porque no le pareciese tan hermosa con su nuevo traje, el Sultán al verla frunció el ceño, y se limitó á decir: «No es esa; devolvedla». Y trémula y acongojada, llena de vergüenza y herida en el fondo de su naciente orgullo, la pobre Mesté-Alem volvió al servicio de la princesa Zekkié sin más aparato que la repugnante compañía de un viejo eunuco negro, no tardando en languidecer y morir, víctima de aquel desprecio inesperado.

Según la ley, ningún musulmán puede tener más de cuatro mujeres legítimas, pero puede tener cuantas esclavas quiera, y los hijos en ellas habidos son tan legítimos como los de las esposas. Abdul-Hamid, como todos los sultanes modernos, no se ha casado, y las cuatro primeras mujeres de quienes ha tenido sucesión, reciben los honores de esposas, pero no lo son realmente. Cuando se fija en una esclava y la elige para compartir su lecho, la esclava pasa á ser *gueuzdé* (la que le ha llenado el ojo), y al salir de la alcoba imperial es promovida al rango de *ikbal* (glorificada); si la *ikbal* concibe y da á luz un hijo, se hace *kadina*, y ocupa el rango de princesa en el harem, teniendo su *dairé* ó habitaciones aparte, con esclavas y eunucos á su servicio, formando una pequeña corte.

Abdul-Hamid, con trescientas mujeres, parece que debía tener muchos hijos; pero sólo tiene trece, porque apenas se notan los primeros síntomas del embarazo, las *calfas* (esclavas viejas) procuran por todos los medios provocar el aborto para no multiplicar los hijos del Sultán.

Una *kadina* jamás puede abandonar el serrallo imperial; pero una odalisca, y hasta una *ikbal* sin hijos, puede ser regalada por el Sultán á un favorito ó á un personaje, y á veces estos regalos se hacen para realizar ocultos designios; así Seifeddin-Effendi, uno de los hombres más temidos por el Sultán, recibió el regalo de una admirable esclava demasiado hermosa, y la amó tanto y fue tan amado por ella, que murió. El espionaje es la misión más frecuentemente confiada á estas odaliscas regaladas, que pueden volver al «jardín de la felicidad» si saben cumplir su misión, «obteniendo su pasaporte», como se dice en el caló del serrallo.

El serrallo fue con otros sultanes teatro de orgías espantosas; pero hoy todo eso se ha corregido, y allí es imposible ninguna intriga de amor ni el más pequeño desliz. Encerradas en doble recinto de altas y gruesas murallas, las mujeres viven en un mundo inverosímil, sin ver jamás otro hombre que el Sultán; hasta los gatos, para ser admitidos en el harem, tienen

que ser castrados. El baile es su principal distracción, con el canto, la música, la fotografía y hasta el ciclismo. Se divierten, como niñas, con muñecas de todas clases, y se entretienen en imitar el zumbido de la mosca, el ladrido del perro y el canto del gallo, en enharinar la cara de las esclavas negras y en excitarlas á hacer monerías; fuman cigarrillos perfumados, se atracan de golosinas y adoran el café, las cartas, las chuscadas y los gatos, las palomas y los loritos; el vino y el raki (aguardiente) les está prohibido, pero á veces se lo proporciona algún eunuco complaciente, y lo beben con delicia. Lo que va desapareciendo del harem es el pintoresco traje de los *hanums*; las odaliscas prefieren vestir á la europea, y las modas de París reinan en Yildiz como en todo el mundo. Comen, sin embargo, á la turca.

Esta vida ociosa y aburrida arrastra á las mujeres del harem á toda clase de vicios contra la naturaleza, y es causa de todo género de intrigas y disputas, aumentando el desorden los eunucos al tomar partido por unos ú otros bandos.

Si las odaliscas no pueden salir del serrallo, en cambio las mujeres de los ministros y cortesanos visitan con frecuencia el harem imperial en traje de etiqueta, blanco para las señoritas y negro para las señoras, valiendo á veces estas visitas á los maridos no pocos adelantos en su carrera.

El serrallo es una institución llamada á desaparecer. Pero hasta que ese caso llegue, ¿cuánta sangre y cuántas lágrimas correrán todavía por aquellas lujosas habitaciones? ¿Cuántas veces se repetirá la historia de aquella desgraciada, muerta á tiros por el Sultán en su propio lecho, tan sólo porque hizo un movimiento que el déspota creyó ser una tentativa que la pobre niña hacía para estrangularle?

## IMPRESIONES Y NOTAS

LA OBRA DE NIETZSCHE.—Según Víctor Basch en la *Grande Revue*, pueden distinguirse en la labor de Nietzsche tres esta-

dios ó períodos: el primero, que podría llamarse dionisiaco, abarca la *Génesis de la tragedia* y las *Consideraciones inactuales*; el segundo, positivista, *Humano, Sobrehumano, La Aurora* y *El Gay Saber*; y el tercero, del eterno retorno de los séres, *Así habló Zaratustra, Más allá del bien y del mal, Genealogía de la moral, El caso Wagner, El crepúsculo de los ídolos, Nietzsche contra Wagner* y *El Anticristo*. Todos estos períodos están dominados por la nota del individualismo, que los envuelve á todos y constituye su característica común.

Para Víctor Basch, Nietzsche es, más que un pensador ó un filósofo, un verdadero poeta, el más profundo y musical de la segunda mitad del siglo XIX.

\*  
\* \*

LA PUBLICIDAD.—Interesantes y curiosos son los estudios que el Vizconde de Avenel viene dedicando en la *Revue des Deux Mondes* al mecanismo de la vida moderna. Entre ellos figura el dedicado á la publicidad como elemento de reclamo, no subiendo á menos de cien millones de francos los que el Vizconde de Avenel calcula que se gastan anualmente sólo en Francia como presupuesto *visible* de la publicidad.

De estos cien millones, cuarenta se invierten en anuncios y reclamos de periódicos, revistas y almanaques; veinte en circulares é impresos sueltos; veinticinco en carteles y medios similares, y quince en los demás procedimientos de publicidad, cromos, cajas de cerillas, listas, tarjetas, etc.

Hay negocios que exigen gastos de publicidad verdaderamente sorprendentes; así, por ejemplo, para hacer tragar al público el anzuelo de una novela en un periódico que vive de su folletín, se ha llegado á gastar hasta ochenta mil francos en reclamos.

\*  
\* \*



EL PODER TEMPORAL DEL PAPA.—El insigne prelado americano Ireland, sostiene en la *North American Review* que es condición esencial para la existencia del Papado la restauración de su poder temporal, siendo imposible para la Santa Sede renunciar á él. Toda la cuestión romana, y la cuestión italiana misma, con sus derivaciones internacionales, consiste en la existencia ó no existencia del poder temporal, y mientras no se resuelva en sentido afirmativo, no podrá cesar el malestar social de que Italia es víctima. Los partidarios del poder temporal, no sólo en Italia, sino en el mundo entero, son muchísimos, y para todos ellos la única fórmula aceptable es esta: «El Papa libre en Italia libre».

\*  
\* \*

EL AUTOMOVILISMO.—Desde la última Exposición universal de París, la fabricación y venta de automóviles ha tomado gran incremento, no siendo ya sólo los archimillonarios americanos, como dice el *Bolletino illustrato degli sports*, los que se dan el gusto de encargarse de automóviles de precios fantásticos, sino que también los millonarios ingleses se arriesgan á pagar altísimos precios por los nuevos carruajes. Así, Lord Savile ha comprado un automóvil por 53.000 francos, y hasta ha contratado en Francia un maquinista para guiarlo; y lo mismo ha hecho Alfredo Harnosworth, á quien un año de pruebas y de gastos para aprender á guiar un automóvil, no le ha costado menos de 2.000 libras esterlinas (50.000 francos).

Lord Churchill ha comprado también un automóvil eléctrico de gran valor, y otro el señor Berens, cuya hija, lady Cairns, posee uno de los mejores que se hayan visto en Inglaterra. El más hermoso, sin embargo, de los que corren en Londres, es propiedad de Hugo Weglin, llamando también mucho la atención los de Cornwallis West, lady Churchill, Cunard, Hennard, etcétera, todos los cuales están contentísimos de sus adquisi-

ciones, á juzgar por el calor con que han cogido el nuevo *sport*, y el gusto con que lo practican.

\*  
\* \*

EL PRESIDENTE KRÜGER.—La señora Ernesto Luden publica en el *Pall Mall Magazine* una interesante entrevista que ha celebrado con el tan simpático como desgraciado Presidente de la República del Transvaal, de cuyos hijos, dos han muerto en la guerra, y otros dos han sido hechos prisioneros y se hallan en poder de los ingleses, uno en Ceilán y otro en Santa Elena.

«¿Qué me reserva el porvenir?—se pregunta el ilustre anciano.—¿Me quedaré completamente ciego y sordo, arrastrando miserablemente mi vida, y pidiendo hasta mi última hora justicia para mi país? ¿Moriré como Moisés á la vista de la tierra prometida? ¿Volveré libremente á Pretoria recobrando mi autoridad presidencial? Sólo Dios lo sabe. Pero cuando en los años venideros brote el trigo entre charcos de sangre en el suelo africano nutrido de cadáveres, cuando los hijos pregunten á sus madres por las causas de esta guerra, las madres responderán contando nuestra historia, y los padres me perdonarán sin duda mis culpas y debilidades, por el amor que he demostrado á mi patria y por la fe que he tenido en su fuerza.»

\*  
\* \*

APLICACIONES DE LOS AERÓSTATOS CAUTIVOS EN LA GUERRA.— Los globos cautivos constituyen observatorios móviles [que abarcan hasta una distancia de seis kilómetros, y en condiciones muy favorables de luz y terreno hasta 12 kilómetros, distancias que en el mar pueden duplicarse. Si el terreno es accidentado ó de bosque, ó bien en casos de niebla, lluvia y humo, la observación se hace difícil. En cuanto al viento, si éste tiene más de 14 metros de velocidad por segundo, la observa-

ción en los globos *esféricos* es casi imposible, por la rotación del globo ó por el mareo de los observadores; en globos de forma especial pueden hacerse observaciones, aunque el viento tenga doble velocidad que la indicada.

«Los globos cautivos se emplean en los sitios y en las batallas, y aun en los navíos de guerra. En los sitios, el globo puede servir para precisar el tiro de la artillería, y para descubrir los órganos esenciales de la fortificación y de la defensa, pudiendo también prevenir la sorpresa de una salida. La plaza sitiada, á su vez, se sirve del globo para observar las zonas de ataque y descubrir las operaciones tácticas del enemigo, y los efectos del fuego de la propia artillería.

En la guerra campal el globo cautivo puede sustituir ó ayudar á la caballería exploradora y reconocer segura y rápidamente el terreno y las operaciones del adversario. Durante el combate permite averiguar la situación y distribución de las fuerzas enemigas, y puede servir para la transmisión de órdenes por medio de signos convencionales; en todo caso puede utilizarse para obtener fotografías del terreno y de los combatientes, suministrando datos positivos libres de toda apreciación personal. De noche se utiliza para iluminar el terreno ó para transmitir órdenes.

\*  
\* \*

EL WALHALLA BRITÁNICO.—Apenas muerta la Reina Victoria, Inglaterra se ha creído en el deber de elevar á su nombre y á su reinado un monumento conmemorativo digno de la nación inglesa y de la señora que durante tantos años rigió con tanta fortuna sus destinos. Una comisión, presidida por Lord Salisbury, se ha encargado de dar forma á este pensamiento, y numerosos proyectos han surgido en seguida por todas partes.

Según el ilustre Stead manifiesta en la *Review of Reviews*, unos han propuesto que no se limite el recuerdo á un solo mo-

numento, estatua ó mausoleo, sino que se construyan grandes parques en todas las ciudades importantes, dándoles á todos el nombre de Victoria. Otros, en cambio, proponen que se construya un mausoleo triunfal en Green Parck; otros prefieren un panteón militar en el que figure la estatua de la Reina, rodeada por todas las grandes figuras militares de su tiempo; otros quisieran que se perpetuase el recuerdo de la Reina abriendo una gran avenida entre el Pall Mall y el palacio de Buckingham, construyendo en Pall Mall un arco de triunfo, y frente al palacio una hermosa plaza con la estatua de la soberana en el centro; y Chamberlain quiere un templo de la gloria, en cuyo centro se levantara la imagen de la Reina, rodeada de sus súbditos llorando.

Stead, por su parte, propone la erección de una especie de Walhalla británico, un gran museo histórico donde aparecieran convenientemente clasificados todos los elementos que han contribuído al engrandecimiento de Inglaterra en todos los órdenes durante el glorioso reinado de Victoria. La concepción es grandiosa y práctica.

\*  
\* \*

EL PALUDISMO Y LOS MOSQUITOS.—Hoy es cosa perfectamente averiguada, según las conclusiones adoptadas por la Academia de Medicina de París, que el mosquito *anofeles* es el propagador del paludismo.

Los anofeles hembras depositan sus huevos en la superficie de las aguas estancadas, muriendo en seguida; transformados los huevos en larvas á los dos días y en ninfas á los quince, el insecto llega á pleno desarrollo á los diez y ocho ó veinte días de nacer, nutriéndose exclusivamente de vegetales si es macho, y de sangre de mamíferos, especialmente de sangre humana, si es hembra, y muriendo veinticinco ó treinta días después. Por la noche persigue á sus víctimas, y por el día reposa en

sitios resguardados del aire y de la luz, en las grutas, cuadras, bodegas, alcobas, armarios, etc.

Conocidos todos estos datos, la profilaxis del paludismo no es difícil. Según la *Higiene moderna*, deben mantenerse las antiguas medidas profilácticas, limpieza de pozos y acequias, desecación de tierras insalubres, canalización de los ríos, etc., evitando el vivir en casas rodeadas de huertas ó jardines, y procurando la cría de peces en los lagos y estanques, porque destruyen y comen las larvas del mosquito. Si se trata de charcas ó estanques pequeños, puede emplearse el petróleo; pero este medio y el de los demás antisépticos, mezclados con el agua, es peligroso y nocivo desde luego para los demás seres que vivan en el agua ó puedan beberla.

Aparte de estas medidas de higiene pública, deben cerrarse bien puertas y ventanas y toda clase de aberturas para evitar la entrada del mosquito, fumigando las habitaciones oscuras ó húmedas con ácido sulfuroso ó con hojas de eucalipto ó de tabaco quemadas; deben sacudirse y airearse las ropas de cama, rociando los dormitorios con esencias, y sobre todo debe dormirse con un buen mosquitero. No se debe andar por el campo una vez puesto el sol, y se debe llevar perfumada la ropa ó el pañuelo, pues el anofeles huye de los perfumes.

\* \* \*

CÓMO SE JURA EN FRANCIA.—El modo más corriente del juramento ó *taco* en francés, según el *Petit Journal pour rire*, no es otra cosa que una corrupción de la palabra *sacristie* (*sacristía*); su forma más corriente es la de *sapristi!* con variantes raras, más ó menos grotescas, como *sapristol!*, *sacrebleu!*, etc., dedonde luego han salido *parbleu!*, *corbleu!*, *ventrebleu!*, *palsambleu!*, etc. Estas formas, sin embargo, es cosa bien sabida que no son sino degeneraciones ó adulteraciones de *sacre Dieu*, *par Dieu*, *cœur de Dieu*, *ventre de Dieu*, *par le sang de Dieu*, etc.

El juramento favorito de Luis XI era *Pâque-Dieu!* (pascua

de Dios); el de Carlos VIII, *Par le jour Dieu!* (por el día de Dios); el de Luis XII, *Le diable m'emporte!* (el diablo me lleve); el de Francisco I, *Foi de gentilhomme!* (á fe de gentilhomme); y los de Enrique IV, *Vive Dieu!* y *Ventre saint gris!* (vientre San Gris).

Bossuet juraba por el *sacré tabernacle!* (sagrado tabernáculo); Fenelon, *Par les saints anges!* (por los santos ángeles); la señora de la Sablière, protectora de Lafontaine, *Par les ailes de l'amour!* (por las alas del amor); Shakspeare por las «¡Castas estrellas!», y María Antonieta por sus zapatillas.

Luis XIV, cuando se encolerizaba, gritaba: *Foudre et tonnerre!* (rayos y truenos); el gran Turena decía: *Triple biscaien!* (triple vizcaíno); Augereau, *Tonnerre de Dieu!* (trueno de Dios), etc. La famosa interjección *sac à papier!* (saco de papel), que tan vulgar se ha hecho, es de Carlos X.

Entre la gente ordinaria hay también multitud de juramentos ó exclamaciones más ó menos extravagantes y sonoras, tales como *Nom d'un chien!* (nombre de un perro), *Peste!* (peste), *Nombril du pape!* (ombligo del papa), *Noce de cabre!* (boda de cabra), *Sacré nom du diable!* (sagrado nombre del diablo), *Mille macarons!* (mil macarrones), *Chien de métier!* (perro de oficio), *Tas de pékins!* (montón de paisanos), etc.

FERNANDO ARAUJO.

## CRÓNICA LITERARIA

---

Traducciones de novelas extranjeras. —Hacen falta ediciones populares de los clásicos españoles.—Los nuevos académicos.

Quienquiera que se fije en los escaparates de las librerías observará cómo va creciendo el número de traducciones de novelas extranjeras, que se publican en ediciones económicas. Barcelona, en particular, inunda de libros de esta clase el mercado. Se traduce lo antiguo y lo moderno, á Sienkiewicz, á Alejandro Dumas y á Balzac. Y cada día aparecen bibliotecas ó colecciones nuevas que lanzan otra serie de traducciones, generalmente de autores franceses ó de escritores de otras tierras, como el autor de *Quo Vadis?*, cuya reputación nos viene hecha de Francia. La creciente abundancia de libros de este género y la baratura de muchas de estas ediciones, indican que se lee más de lo que generalmente se cree ó se dice. El éxito editorial de *Quo Vadis?* ha servido de espuela á muchos editores, y tras la célebre novela que ha dado la vuelta al mundo, y de la cual se habrán publicado en España cuando menos media docena de traducciones, han aparecido casi otras tantas de la obra del ruso Marejkowsky *La muerte de los Dioses*, libro que ha aprovechado el colosal *reclamo* que ha hecho la obra de Sienkiewicz á las novelas históricas inspiradas en asuntos del mundo antiguo, y principalmente en el contraste entre el

cristianismo naciente y la agonía de la sociedad pagana. El Nerón de *Quo Vadis?* ha abierto el camino al Juliano el Apóstata de *La muerte de los Dioses*; pero con todo, la obra de Merejkowsky, á pesar de su mérito relativo y del interés que ofrece el personaje histórico que desempeña el papel de protagonista en este libro, no se ha difundido tanto como la de Sienkiewicz, ni ha conseguido un triunfo tan ruidoso. Verdad es que no todos los días se alcanzan éxitos semejantes al conseguido por la obra del escritor polaco. Para ello se necesita el concurso de muchas circunstancias exteriores, además del mérito intrínseco del libro. Y hay veces que este mérito en sí es el último de los factores que contribuyen al triunfo.

Annunzio, el novelista italiano, ha hecho también el gasto en esta lluvia de traducciones. Tolstoi ha dado asimismo un contingente regular de obras. A Maupassant y Zola no es nuevo que se les traduzca al castellano. En cambio otros literatos de menos fuste, aunque buenos y muy celebrados en su tierra, como Octavio Mirbeau, empiezan á presentarse á nuestro público traducidos al español. Entre las obras del autor de *Les mauvais bergers*, cuya traducción he visto anunciada, figura el *Journal d'une femme de chambre*. Trabajo le mando al traductor. Si el francés literario moderno, como decía Boileau del latín, *brave l'honneté*, en el español no se han editado todavía ciertos atrevimientos. Digo en el español moderno, pues en nuestra literatura picaresca hay para dar y tomar.

Libros ingleses y alemanes se traducen muy pocos. Lo francés y lo que en Francia llama la atención, es lo que consigue llegar á nosotros. En cambio, de literaturas tan afines á la nuestra como la portuguesa, no tomamos nada. La mayor parte de las novelas de Eça de Queiroz no han sido traducidas aún al castellano, y cualquiera de ellas puede resistir la comparación con la mayor parte de los libros franceses ó italianos vertidos recientemente á nuestro idioma, y salir victoriosa de la prueba.

No es maravilla que se multipliquen las traducciones de



obras literarias. En todas partes se traduce mucho, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en los Estados Unidos. La razón es que, aunque el conocimiento de las lenguas extranjeras se ha extendido grandemente en todos los pueblos cultos, ha crecido en mayor proporción el público de las obras de literatura amena.

En sí, la publicación de numerosas traducciones de obras extranjeras es un síntoma literario favorable. Indica afición á la literatura, existencia de un público relativamente numeroso, comunicación intelectual de los demás pueblos. Pero en España ocurre que las obras de nuestros literatos, á excepción de media docena de ellos, tienen escasísima difusión, y que el tesoro de nuestra tradición literaria yace olvidado, sin que lo visiten más que los eruditos. Por eso el desarrollo creciente de la publicación de traducciones de obras literarias extranjeras está pidiendo, como contrapeso, la difusión de la literatura española en ediciones económicas accesibles á todos. Desde el punto de vista del resultado económico, que es el que en todas partes persiguen, y no pueden menos de perseguir los editores, esta empresa es perfectamente viable. Y corporaciones como la Academia Española, que cuentan con sobrados medios para ello, podrían prestar un buen servicio á las letras patrias tomando la iniciativa de la reimpresión de nuestros clásicos. Nada de ediciones monumentales, ni de prólogos llenos de erudición y de prolijas investigaciones bibliográficas, ni de tomos excesivamente voluminosos y caros como los de la colección de Rivadeneira. Ediciones populares baratas, á peseta ó dos pesetas el tomo, acompañada cada obra de una breve nota biográfica y bibliográfica del autor y de sus principales producciones literarias. Para los mismos autores modernos sería un bien que se difundiese la afición á nuestra literatura y el conocimiento de nuestros grandes autores. *Nacionalizándose* un poco el gusto del público, tendrían mayores probabilidades de ver leídas sus obras. Y el mercado de América, donde hay un público tan numeroso que habla el castellano y conserva los

principales rasgos psíquicos de nuestra raza (aunque va transformándose rápidamente á impulso de influencias extrañas), facilitaría mucho el buen término de empresa semejante. En las naciones hispanoamericanas conserva gran prestigio la Academia Española; su iniciativa ó su patrocinio podrían ser de gran utilidad desde este punto de vista.

Así podría combatirse en cierta medida el más inmediato de los peligros que, desde el punto de vista literario, ofrece esa inundación de traducciones de obras literarias que se difunden entre muchas gentes. Peligro que consiste en la influencia demolidora que ejercen por lo común estos textos en contra del mantenimiento de la pureza del idioma. La mayor parte de dichas traducciones no son traducciones literarias, sino industriales, hechas de cualquier modo, ya por falta de aptitud del traductor, ya por las desfavorables condiciones en que suelen hacerse estos trabajos.

Existen ciertamente excepciones, pero en general los trabajos de traducción, lejos de haberse perfeccionado modernamente, son muy inferiores en la fidelidad, y, sobre todo, en la elegancia de la forma literaria, á los que se hacían en el siglo XVIII y en los principios del XIX. La razón es sencilla. La mayor parte de esas traducciones antiguas se hicieron por personas que conocían muy bien la obra traducida y eran generalmente entusiastas de ella, y que, al verterla á nuestro idioma, no lo hacían guiados por algún fin de lucro, sino por el deseo de dar á conocer á sus compatriotas un libro que juzgaban precioso. El conocimiento de los idiomas extranjeros, aunque menos extendido que hoy, solía ser más profundo. Y sobre todo esto, como se daba mayor importancia á los trabajos de traducción, y sus autores solían ser personas bien reputadas en la república de las letras, era frecuente que se pudiese en ellos prolijo esmero é invirtiese no corto tiempo, y que las versiones fuesen cuidadosa y repetidamente limadas antes de ver la luz pública.

Muy de otro modo suelen hacerse ahora la mayoría de las

traducciones que andan de mano en mano. Obligados los editores á reducir todo lo posible los gastos para poder vender á precios muy económicos los libros, retribuyen mal á los traductores, y los traductores mal retribuidos no pueden ser buenos. Ocurre que á lo mejor traducen personas que ni conocen á fondo el idioma en que está escrita la obra original, ni escriben tampoco con elegancia, ó siquiera con propiedad y corrección, el castellano. Tienen que hacerse además estos trabajos con apremios de tiempo, y, sobre todo, falta en ellos por lo común el amor que ponía en su obra el traductor antiguo, la compenetración del traductor con la obra traducida que era elección suya, objeto de su admiración, deleite de su gusto. De una labor ejecutada mecánicamente para obtener un precio, no se pueden esperar primores artísticos en la mayoría de los casos.

Se explica, pues, que muchas de las traducciones que á diario se publican, contribuyan en gran manera á corromper el idioma. Por perfecta que sea una traducción, la lengua original suele dejar alguna huella de sus giros y de su peculiar textura en el idioma nuevo á que son vertidos los pensamientos y las imágenes que en aquella fueron concebidos. ¡Qué no sucederá en las traducciones usuales! Cuando alguno de estos libros, escritos en un castellano pobre, extranjerizado y lleno de barbarismos, cae en manos de personas discretas y dotadas de cultura y gusto literario, el daño es escaso ó nulo, pues los vicios de la locución les hacen reír y no caen en la tentación de tomarlos por modelo; pero el vulgo acepta como cosa lícita y corriente las frases que ve impresas en letras de molde, y así, poco á poco, con el concurso de otras diferentes causas, va perdiendo la lengua su sello original y castizo.

Pretender que no se publiquen traducciones, sería irracional y absurdo. Tampoco hay medios eficaces de conseguir que sólo se publiquen las buenas. La idea de una censura literaria previa y de una licencia para imprimir libros, pugna con las costumbres actuales, aunque un pensador como Schopenhauer,

á quien nadie podrá tachar de obscurantista, la defendió para conservar por ese medio las tradiciones de la ortografía alemana asunto de importancia menor dentro de cualquiera de los idiomas modernos que la conservación de la sintaxis y del vocabulario, puesto que esto último afecta á la esencia misma del idioma y aquello sólo á la forma de la escritura.

No queda, pues, otro remedio que el de buscar la inmunidad contra esas influencias perturbadoras del idioma en la comunicación con sus modelos más puros, en el retorno á sus fuentes originales, no para imitar servilmente la locución del siglo xvi como algunos puristas quieren, sin curarse del transcurso del tiempo, ni de las inevitables modificaciones que experimentan las lenguas, como las experimentan todas las cosas y todas las costumbres en las sociedades humanas, sino para conservar en medio de estas variaciones la unidad del carácter, la vena propia, el sello individual y la contextura y forma peculiares del idioma, sacando los materiales de la renovación de la cantera original, en vez de buscarlos ó de admitirlos adventicios. Para conseguir este fin, sería de gran provecho la publicación de esas ediciones populares de nuestros clásicos á que antes aludía. Si la Academia se decidiera á acometer tal empresa, haría bueno su lema, pues ¿qué medio mejor de limpiar, fijar y dar esplendor al idioma, que oponer á la corriente de extranjerismo, que amenaza inundarle, la comunicación con los grandes modelos de la prosa y el verso castellanos? Y á más de esto recogería lustre y prestigio para sí, se popularizaría, daría una réplica incontestable á los que, viviendo lejos del ambiente académico y viendo á las Academias alejadas del ambiente popular, preguntan con irreverencia para qué sirven hoy estas Corporaciones.

\*  
\* \*

Ya que he hablado de la Academia Española, daré noticia de la provisión de los últimos sillones que quedaron vacantes.

Alhacerlo, pienso, naturalmente, en los lectores extranjeros de LA ESPAÑA MODERNA, á los cuales van casi exclusivamente dedicados estos párrafos, puesto que del público español son bien conocidos los nuevos académicos, especialmente D. José Ortega Munilla, uno de nuestros más populares y mejores novelistas contemporáneos.

Para la vacante de D. Víctor Balaguer, fue elegido Don Ramón Menéndez Pidal; para la del Marqués de Valmar, Don Juan José Herranz, Conde de Reparaz; y para la de Campoamor, D. José Ortega Munilla.

La diversa significación que tienen dentro de las letras los nuevos *inmortales*, es una circunstancia que no debe pasar inadvertida, pues guarda relación con el doble carácter que tiene entre nosotros la Academia, y que se refleja en cierto modo en sus dos denominaciones usuales de Academia de la lengua y Academia castellana.

Nuestra Academia (se la puede llamar así por antonomasia, por ser la primera en importancia entre las Academias), está más *especializada* que la francesa. Esta tiende á ser en la práctica un Senado de eminencias nacionales, un Panteón de vivos ilustres, aunque domine en ella el carácter literario. A pesar de la conocida frase de Víctor Hugo, que al pedirle su voto para Pasteur contestó que lo daría gustoso, siempre que el ilustre bacteriólogo se comprometiese á su vez á votarle á él para la Academia de Medicina, el hecho es que ha habido la tendencia á admitir en la docta compañía á toda notabilidad francesa, aunque sus merecimientos principales no fuesen de índole literaria. A título de eminencia de las ciencias médicas, más que á título de buen prosista francés, fue elegido Pasteur. Sus triunfos en la Química, más que sus merecimientos de escritor, llevaron á Berthelot á sentarse bajo la cúpula. Y en los días en que dominaba á los franceses la fiebre del desquite, se dijo (creo que fue Renán quien lo dijo) que el General victorioso que devolviese á Francia la Alsacia y la Lorena, sería recibido con aplauso en la Academia, aunque no

dad y por los estudios de Historia y de Literatura que profesaba, daba á sus alumnos de Literatura, mostrando que sin necesidad de planes nuevos de enseñanza, el profesor que quiere trabajar puede hacer mucho por la cultura general y por el progreso de la instrucción pública.

El Conde de Reparaz, D. Juan José Herranz, es casi un olvidado, y su nombre dice poco á la nueva generación.

Su carrera literaria ha sido, sin embargo, larga y honrosa. Como periodista se distinguió desde los tiempos anteriores á la Revolución de Setiembre, escribiendo en una porción de periódicos, de los cuales apenas se conserva memoria: *El Eco del País*, dirigido por D. Eduardo Gasset, fundador luego de *El Imparcial*, *La Libertad*, *El Estandarte*, de Pérez Molina, *El Diario del Pueblo*. No se crea, sin embargo, que el Conde de Reparaz es un *ancêtre*, un antepasado como dicen los franceses, y en el sentido de vetustez en que lo dicen; es que en la política y en el periodismo se vive muy deprisa, y por lo mismo, cualquier pasado parece más remoto.

Mas recuerdo que de esas hojas periodísticas se conserva de *La Gorda*, que con tanta gracia y de un modo tan mordaz satirizó á los hombres y las cosas del período revolucionario que empieza en 1868. Entre sus redactores figuró Herranz, y de él se cuenta que fue uno de los jóvenes (lo era entonces) que borraron el famoso letrero: «cayó para siempre la raza espúrea, etc.,» que en aquellos tiempos escribió una mano traviesa en una fachada de la calle de Alcalá.

Como autor dramático, sus obras, entre ellas *La Virgen de la Lorena*, *La mejor conquista*, *Honrar padre y madre*, *La superficie del mar* y varias otras, le conquistaron los lauros de la escena. Es también delicado poeta lírico. Una de sus mejores composiciones de este género es la titulada *La guitarra*, escrita cuando ocurrieron las inundaciones de Murcia. El poeta supo dar singular ternura á la imagen simbólica de la guitarra, que *con su lazo verde y grana* va flotando sobre las aguas, arrastrada por el torrente de la inundación.

hubiese escrito más que los partes oficiales de sus victorias.

Aunque nuestra Academia se asemeja bastante á la francesa en su manera de ser, no tiene tanta amplitud. Sus dos aspectos definidos son los de Instituto filológico y Areópago literario, el de corporación encargada, digámoslo así, de la administración del idioma, y el de junta de literatos eminentes que, con la investidura de académicos, reciben la suprema consagración de sus merecimientos. Guardan estrecha relación ambos aspectos, tan estrecha como la que media entre la lengua y la literatura. El uno es el lado técnico, científico, el otro el lado práctico, artístico, y cada uno requiere peculiares aptitudes y exige distintos ejercicios.

Ambos aspectos tienen su representación en los nuevos académicos. D. Ramón Menéndez Pidal, autor de una *Gramática y Vocabulario del Poema del Cid* (libro premiado por la Academia), de un erudito estudio sobre *La leyenda de los Siete Infantes de Lara*, que mereció elogios de Gastón París y de otros trabajos de erudición, crítica y bibliografía acerca de nuestra literatura, entre los cuales merece citarse, aunque se trata de un libro sin pretensiones, la excelente *Antología de prosistas españoles*, declarada de texto para la segunda enseñanza, y en la cual hay notas críticas gramaticales y literarias muy acertadas, y una selección y ordenación de textos muy discreta; el señor Menéndez Pidal que va á la Academia con este bagaje literario, entra en ella como técnico, por decirlo así, como gramático y crítico, no como poeta. Va á la *Academia de La Lengua* más que á la *Academia Española*, y va á ella, sin duda con justicia, después de una rápida y brillante carrera que pocos años después de terminar en las aulas los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, ha llevado al señor Menéndez Pidal á una cátedra de la misma escuela de que fue discípulo aventajado, y á un sillón académico. Quizá empezó el autor de *La leyenda de los Siete Infantes de Lara* su carrera de académico, en aquel curso especial de Filología castellana que Sánchez Moguel, tan entusiasta por la Universi-

El Sr. Herranz estaba hace tiempo retirado de la literatura militante, pero la Academia ha hecho bien en no olvidarle y en premiar su larga carrera literaria, eligiéndole para el sillón del Marqués de Valmar.

Ortega Munilla goza de tan justa notoriedad, que es ocioso recordar sus obras y hablar de sus merecimientos literarios. Periodista político desde muy joven, fue redactor de *La Iberia*, de *El Parlamento* y de *Los Debates*, antes de serlo de *El Imparcial*. Dirigiendo la hoja de *Los Lunes* de este periódico en época en que la literatura tenía menos acceso que ahora á los periódicos diarios, cultivó, con acierto igualado por pocos, ese difícil género de la crónica periodística, que consiste en un comentario ingenioso de la actualidad, comentario leve y chispeante como la espuma del Champaña. Sus novelas y sus cuentos, que formarán muy cerca de veinte volúmenes, han sido justamente celebrados por la brillantez y colorido del estilo, por la vigorosa evocación de la realidad en tipos y en escenas, y por el sentimiento de ternura, por el calor de humanidad que hace simpáticas á la mayor parte de estas narraciones. Las primeras se publicaron del 79 al 80, de suerte que llega Ortega Munilla á la Academia después de cerca de veinticinco años de carrera literaria, en que le han acompañado constantemente la popularidad y el aplauso general. Nadie dirá que se trata de una improvisación, y si el ingreso en la Academia fuese por los sufragios del público y de los literatos, hace mucho tiempo que el autor de *La cigarra* se sentaría entre los inmortales.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO: Cuestiones presidenciales.—CHILE: Las convenciones y los candidatos.—Actitud del Presidente Errázuriz.—Su elogio.—Conservadores y liberales.—Proclamación de D. Pedro Montt.—Candidatos y votaciones de la Convención liberal.—Claudio Vicuña.—Augusto Matte.—Fernando Lazcano.—Ramón Barros Luco.—Fracasos de la votación en cinco días de tentativas.—Candidatura de transacción.—Germán Riesco.—El éxito final probable.—GUATEMALA.—HONDURAS: Fraternidad americana.— ¡Diez millones de pesos, oro, de indemnización á los Estados Unidos por la vida de un súbdito yanqui!

Puede decirse, al comenzar esta revista, que las cuestiones presidenciales son los temas que están á la orden del día. En Chile ocupan con predilección la atención general, sobre todo desde Febrero último. En el Uruguay se han antepuesto los movimientos de los partidos que entre sí se disputan la sucesión de Cuestas á la importancia que verdaderamente ha tenido el Congreso latinoamericano que acaba de verificarse en Montevideo. En el Brasil se relacionan en su fondo verdadero con las alarmas que han suscitado los conatos de agitaciones que á unos han parecido imperialistas y á otros han parecido antirreligiosas. La misma cuestión que en la revista anterior se trató acerca de la enfermedad atribuída al general Porfirio Díaz, Presidente de Méjico, casi se resuelve en otro conato de emulación presidencial desde que, por algunos, creyendo que el ilustre regenerador de Méjico pudiera quedar incapacita-

E. M.—*Mayo 1901.*

do, dejaron escapar la idea de que era preciso nombrar un sustituto, y con esta idea se dejó sonar el nombre del general Bernardo Reyes. En todas las Repúblicas de nuestra sangre, como en la antigua metrópoli, y en todas partes donde se siente el influjo de nuestra raza, se anteponen siempre los intereses personales que un inextinguible caudillaje empuja ciegamente á las luchas obcecadas de la pasión, á los intereses generales, que son los que levantan á los pueblos, los hacen prósperos y poderosos, y garantizan su seguridad, su inviolabilidad y su independencia.

La más empeñada de estas contiendas es la que se sostiene en Chile. De todas las Repúblicas americanas de nuestra sangre, Chile es la que alcanza mayor fuerza de educación política. Allí hay una aristocracia que á la vez participa de las excepciones de la sangre y de la de la opulencia, de la del talento cultivado y de la del genio de las empresas modernas, y constituye su numerosa clase dirigente. Está llena de patriotismo, está imbuída de nobles aspiraciones, y en ella se infiltra más que en ninguna otra nación de nuestra raza en los dos mundos el espíritu actual de la expansión, del engrandecimiento y del imperialismo. Hay un número considerable de hombres de aptitud propia con facultades adquiridas para las exigencias del gobierno supremo. Estas posiciones personales se imponen á los egoismos de los unos y á las corrientes sin dirección de los más, y son un valladar contra la corrupción insultante de los exclusivismos codiciosos de los que alcanzan el favor de la fortuna y una palanca de los movimientos de segura meta de las multitudes obedientes. Es natural que las opiniones se hallen divididas por esta causa en muchos matices, que las ideas madres se hallen compartidas en muchas agrupaciones, y que entre unas y otras, así como entre los hombres que las dirigen, existan las apasionadas rivalidades de los que tienden á la supremacía. Pero este espíritu político todavía en Chile está y se conserva puro de viles corruptelas. Sobre todas estas divisiones no impera sólo el sentido empíri-

co de lo que inspira por sentimiento el amor de la patria. Hay una conciencia común de sus destinos progresivos y una dirección casi uniforme hacia los medios de realizarlos, y las luchas de la supremacía, como entre nosotros se sostienen, no se limitan al pandillaje de familia sobre los intereses generales y sobre las mismas instituciones, ni se reducen á vivir del acaso y á prosperar individualmente á costa del patrimonio de la nación. En Chile existe un número considerable de verdaderos hombres políticos que engendran un número considerable de verdaderos estadistas, y no siendo éstos hombres de pasiva servidumbre como hechuras exclusivas del favor, sino entidades que se imponen por su mérito propio y por su legítima influencia, su mera exigencia impide que en los poderes públicos se concentre toda la máquina de la opinión, haciendo intervenir con conciencia cada vez más ilustrada al cuerpo colectivo de la nación, que con entera libertad, según las inclinaciones ó los apasionamientos de cada uno, interviene en el gobierno supremo de la República, prestando autoridad y prestigio á las instituciones, fuerza y eficacia á todos los poderes y marcando aquellas direcciones que á los pueblos bien constituídos conducen á una existencia feliz y próspera y á los engrandecimientos propios de toda reconocida superioridad.

Las dos fuerzas políticas vitales de todo organismo público mantienen las dos divisiones fundamentales que establece lo que se llama el sentido conservador de todo derecho social y lo que se llama el sentido liberal y efusivo que bosqueja las continuas evoluciones de la vida sobre el planeta. Cualquiera que sea la procedencia de donde se derive la alta persona á quien el voto jurídico de los pueblos eleva á la suprema magistratura del Estado, desde que se constituye en ella, cuenta de continuo con la cooperación activa de las dos fuerzas. Su subdivisión en matices marca la oportunidad de cada eficacia, y lo mismo el grupo conservador genuino, como el nacionalista del mismo partido conservador, que el liberal gubernamental, el radical, el liberal democrático y el doctrinario, en que

se subdivide el partido genuino liberal, sin romper la fuerza de cohesión que en el interés común de la patria los unifica, por encima de las fórmulas apasionadas que aparecen en el seno de cada una de estas parcialidades, se ceden entre sí los puestos públicos con abnegación y con brío, aunque dispuestos siempre á reconquistarlos, agotando para ello todos los recursos lícitos que el propio y el recíproco respeto prestan á la lucha.

Ante la perspectiva de la proximidad de la actual contienda para la renovación de los poderes presidenciales, pues en Setiembre de este mismo año terminarán los que con tanta autoridad y acierto viene desempeñando el Presidente D. Federico de Errázuriz, la emulación de las dos tendencias fundamentales tuvieron al momento que bosquejarse. El partido conservador en sus dos fracciones y en coalición de uno de los grupos del partido liberal, es el que más constantemente ha prestado sus hombres eminentes á los Gobiernos que se han formado durante todo el mandato del Sr. Errázuriz. Los otros grupos del partido liberal aspiraban á que de su seno saliese el nuevo elegido para la magistratura suprema del Estado, y ante esta legítima aspiración el problema se presentaba bajo las tres fases siguientes. Si el partido liberal lograba inclinar de su parte la balanza y el influjo personal del Presidente Errázuriz, el triunfo podría darse por garantido; porque aunque en Chile las elecciones las hacen los partidos políticos y no el poder ejecutivo del Estado, claro es que en toda sociedad política hay siempre una masa pasiva enorme que ajusta sus movimientos al dictado de los que mandan. Otra forma de la resolución favorable del problema sugería la idea de una convención previa, en la que entrando todas las clases y todos los hombres, de cualquier filiación política que fuesen, á quien la ley constitucional de la República otorga el voto privilegiado para estas altas funciones, en su seno se discutiera y en sus votos se designara un solo nombre en quien después recayesen los sufragios de todos. El tercer término del problema consistía en promover un movimiento general de unificación entre todas las

agrupaciones del partido liberal, dentro de esta unificación proceder á la elección de un solo candidato y con él arrostrar la suerte de la lucha, de partido á partido entre la coalición conservadora-nacionalista y la fusión de todas las estirpes liberales, y de candidato á candidato.

Desde el primer momento, el Presidente Errázuriz, mereciendo por su resolución el elogio de toda la opinión y de los propios partidos rivales y militantes, cuando la prensa que, en Chile, como en todas partes, no se detiene en lanzar sus combinaciones imaginarias para ver lo que sale, barajaba los nombres de D. Ramón Barros Luco, D. Mariano Sánchez y D. Pedro Monte, adjudicando á cada uno de ellos el carácter de candidato oficial *in pectore*, rompió el velo de las naturales reservas que le imponía su posición, para declarar públicamente que él no tomaría parte, ni ninguno de sus ministros, en la designación, ni en la lucha electoral del candidato que hubiera de reemplazarle. En carta dirigida á los distinguidos hombres públicos Riesco, Lazcano, Barros Luco, Ruiz Valedor y otros, procedentes de las fracciones liberales, que habían sido promovedores de una convención liberal para el 3 de Marzo, expresó sinceramente su resolución de prescindir en absoluto de todo acto que significara hostilidad ni preferencia para partido alguno; que su deseo era la convención de los individuos del Congreso Nacional en sus dos Cámaras de Diputados y Senadores de todos los partidos, y no sólo de los que constituían el grupo liberal nacional del Gobierno, y que aceptaría de lleno el candidato que resultare de esta amplia convención; que con sus ministros había creado el compromiso de no tratar siquiera de las convenciones coalicionistas que se estaban proyectando, en que existían restricciones y exclusiones, y que la única circunstancia que le determinaría á aceptar de plano el resultado de una convención, sería que estuviese constituida por todos los partidos, pues ante el predominio de grupos, sin altura de miras, que se había iniciado, su deber le imponía permanecer totalmente alejado de la lucha.

Esta resolución, aprobada por todos, hacía decir á uno de los hombres más distinguidos del país: — *¡Gracias á Dios que al comenzar el siglo XX hacemos en Chile lucha política de frac y guante blanco!* — La prensa de la capital, de Valparaíso y de toda la República, saludó la determinación de Errázuriz como el *summum* de la pulcritud de las prácticas políticas, pues al Presidente actual de la República corresponde el hacer desaparecer las expectativas partidaristas de favor gubernamental, lo que equivale á afianzar en aquel país, regido por instituciones de carácter representativo las hermosas prácticas de la vida libre en el movimiento electoral de la nación. Los términos de la común aprobación á esta conducta, que equivale á una conquista, ningún periódico los formula con más elocuencia que *El Chileno*: «En Chile — dice — no vota el que no quiere. Una libertad sin restricciones por una parte, y el ansia de triunfo de los partidos por otra, arrastran á nuestros conciudadanos al campo electoral, los obligan de mil maneras, los incitan y los persuaden de que van al cumplimiento de un deber que redundará en el bien de la patria. Comparando este fenómeno con el círculo de hierro en que, en otras naciones de los dos continentes, y en el nuestro sobre todo en las que nos son vecinas, se coloca la lucha electoral, en que se rodea la urna que recoge el voto de las voluntades nacionales, que debe ser tan libérrimo y estar tan plenamente imbuído de la alta convicción del interés nacional con las sibilíticas precauciones con que los antiguos israelitas rodeaban el Arca Santa para que nadie la viera, y en el que no se permite el acceso de otros que el de los ungidos con el óleo gubernativo, tenemos motivos para enorgullecernos de esa preciosa conquista política que vale más que muchas otras conquistas materiales. Entre nosotros, felizmente las elecciones las hacen los partidos políticos que tienen arraigo en la opinión, y no los Gobiernos que las convierten en un instrumento de su interés particular. Cuando los Gobiernos son los que hacen las elecciones, atrofiado, corrompido, indiferente el cuerpo electoral, todo se convierte

en resta de votos ó en votos putrefactos; cuando las elecciones las hacen los partidos, intérpretes verdaderos de la opinión, hay efectivamente efervescencia y lucha, pero esa lucha y esa efervescencia significan conciencia política y política vitalidad. Vemos en el Brasil á Campos Salles, que ofrece la presidencia que deja á un caballero amigo, Rodríguez Albes, que es su candidato. Hemos visto en el Ecuador al general Eloy Alfaro sustituirse en otro él, como en el Perú antes lo hizo Piérola con Romaña. Roca, en la Argentina, no oculta sus preferencias hacia el que ha de venir después de él á la suprema magistratura, que él abandona por los términos de la ley. Cuestas, en la Oriental, quisiera sustituirse á sí mismo. En Méjico así lo ejecuta una vez y otra vez Porfirio Díaz. Solamente el jefe del Estado en Chile dice á los partidos: «*Mi sucesor será el que vosotros queráis: el que el pueblo chileno elija. Yo no le conozco. No quiero conocerle. No quiero influir en su elección*». Esto significa que el Presidente Errázuriz tiene del alto puesto en que la voluntad popular le colmó, el elevado concepto que merece. Significa también que Errázuriz sabe el respeto que se debe á las instituciones constitucionales, el respeto que se deben á los altos intereses de la patria, y la mayor de sus glorias cuando cese en la honrosísima administración que ha desempeñado, será haberla puesto ilustre remate, dejando vinculado su nombre al afianzamiento de la libertad electoral, que en todo régimen representativo es la fuente de todo derecho y de toda irresponsabilidad.»

A los elogios de *El Chileno* deben reunirse los de *La Tarde*, pues si aquél es el órgano de la opinión conservadora, éste es el órgano de la opinión liberal. «Al Sr. Errázuriz, dice, conduciéndose de la manera noble, levantada, desinteresada, imparcial que lo hace, la Historia tomará muy en cuenta para agradecerse el precedente que deja establecido. Reintegrando en su sinceridad fundamental el derecho más importante de las instituciones existentes, abre un nuevo camino, en el que ninguno que le suceda querrá retroceder. Es cierto: la función

electoral es derecho inalienable de la nación: los poderes públicos no lo deben intervenir. Su influencia en el voto es una verdadera usurpación contra la voluntad nacional.»

\*  
\* \*

En realidad, los conatos de la convención propuesta el 15 de Febrero último no eran más que un ardid político de las agrupaciones del partido liberal, en sus antagonismos insuperables contra el partido conservador. La candidatura de Don Pedro Montt habíase ido formando en la conciencia de este último desde la enfermedad que padeció el Presidente Errázuriz, y de la que unos temieron por su vida, y otros por la declinación de sus facultades para el alto ejercicio de su ministerio político. Esta candidatura fue desde su origen muy combatida por todos los matices del partido liberal, incluso el que formaba parte del elemento gubernamental, al mismo tiempo que cada día se afirmaba más en el espíritu de nacionalistas y conservadores. La persistencia de estos en sostenerla llegó á engendrar y propagar la sospecha de que dicha candidatura tácitamente recibía el apoyo del Presidente Irrázuriz. Los coaligados ó aliancistas liberales, para prender las simpatías de la opinión, plantearon previamente la cuestión de la unificación liberal, proyecto en que se estrellaron durante su presidencia los esfuerzos de Balmaseda, y en que hasta ahora se habían estrellado los del actual Presidente. Mas cuando reunidos los comités de las fracciones liberal doctrinaria, radical y vicuñista ó ballesterista, acordaron la inteligencia convencional con los demás partidos para la designación de un solo candidato, Walker Martínez, el jefe de los conservadores, adivinó la tendencia de la al parecer plausible tentativa, y apresurándose á hacer la proclamación de la candidatura Montt, aceleró la división de los dos campos rivales antes de que la imprevisión de algunos les condujera á adquirir compromisos.

Hay que confesar que el nombre de D. Pedro Montt suena



bien en los oídos de casi todos los chilenos. Su apellido está consignado ya en los anales históricos de la República y en sus fastos presidenciales con recuerdos que siempre le harán más que simpático, respetable. D. Jorge Montt se llama el que puede llamarse principal sostenedor del poder naval de Chile, en que el país entero mira el mayor símbolo de la fuerza nacional y de sus empresas. El candidato propuesto por el partido conservador, hombre que cuenta en la actualidad unos cincuenta y cinco años de edad, es hombre culto, que empezó su carrera recibéndose de abogado en 1870. Diputado poco después en el Congreso nacional, fue el representante más puro del antiguo monttvarismo, que en Chile tendrá siempre raíces profundas, á pesar de que bajo la administración de D. Domingo Santa María se declaró disuelto el grupo que lo formaba, é incorporado al partido liberal. En la legislatura de 1885 á 1886 fue elegido Presidente de la Cámara de los Diputados, y ya en este puesto desplegó bien sus aptitudes como estadista, político, hombre de gobierno y hasta de administración. Semejante al concepto aventajado que le merecía su perfecta honradez privada, ganólo entonces de conspicuo y de trabajador; y procurando realzar ya sus facultades y dar un tinte más eficaz á su carrera, vino á Europa á estudiar las instituciones similares á las de su patria. Todo chileno que aborda al antiguo continente hace á la Gran Bretaña su primer visita. En Chile, la sangre, el habla, la historia, proceden de España: la educación, las ideas y las costumbres sociales, el régimen de la política y de la economía son ingleses. Puede decirse que en lo que tienen de representativas y de orgánicas las instituciones chilenas son una prolongación, más que una copia de las instituciones y de las costumbres políticas, administrativas y sociales de Inglaterra. De la influencia de la antigua metrópoli, en realidad no se conserva en Chile sino el culto romántico de la sangre y el culto literario de la lengua en que sobrevive siempre el magisterio perpetuo que dejó con sus obras constituído Andrés Bello. Montt en

Europa, aunque visitó algunos países más que Inglaterra, contrajo sus estudios políticos á los de las instituciones británicas.

Regresó á Chile al inaugurarse la presidencia de D. José Manuel Balmaseda en 1886, y en sus Gobiernos fue Ministro de Justicia, de Instrucción pública, y de Industria y Obras públicas, haciéndose notar, sobre todo, en el de Justicia, por haber iniciado resueltamente la reforma del sistema y de las leyes penales de la legislación de Chile. La presidencia de Balmaseda no pudo librarse, como felizmente se ha librado la de Errázuriz, de las violencias de un período de guerra civil, en la cual Montt tomó parte como miembro del Comité directivo de la capital. Mas de aquellos sucesos sacó nuevas posiciones que le familiarizasen con todos los varios instrumentos que componen la suma del Poder, y entonces en el Perú, primero, y después en los Estados Unidos del Norte, desempeñó cargos diplomáticos como Ministro plenipotenciario, aunque no fueron de mucha duración, pues en el mismo año de 1891, en que triunfó la revolución, fue llamado de Washington para confiarle el Ministerio del Interior, bajo el Gobierno que presidió el actual Almirante D. Jorge Montt. Su influencia ya siempre fue determinante en la política de su país, y bajo la presidencia de Errázuriz se le ha considerado en las Cámaras como el jefe de la coalición liberal-conservadora que ha informado y compuesto los varios Ministerios que han gobernado en este espacio de tiempo. Al ascendiente que durante él ha ejercido en la política, y no á las condiciones personales de su carácter, es á lo que debe la enconada oposición que las agrupaciones liberales han levantado contra su candidatura. No obstante, después de su proclamación por el Directorio del partido conservador, hecha con inmenso entusiasmo y por unanimidad de votos; las pruebas señaladas de adhesión y simpatías que ha recibido, sobre todo, en los banquetes celebrados en su honor en Valparaíso y en Temuco, demuestran la inmensa popularidad que su nombre y su personalidad tienen conquistada en

las fuerzas más vitales del país, pues á uno y otro banquete, prescindiendo del inmenso número de la comitiva esencialmente política que de continuo le rodea, la concurrencia que ha tenido el honor de ofrecerle estos agasajos, proporcionándole el medio de formular en sus brindis las bases de su programa, ha estado compuesta de personas de la primera posición social en el terreno de los intereses económicos é intelectuales del país: es decir, propietarios, banqueros, comerciantes, grandes industriales, escritores, representantes de todas las profesiones liberales, periodistas, altos funcionarios, es decir, todos los elementos que forman los cimientos de una sociedad bien constituída y que halaga grandes ideas de progreso, de cultura y de engrandecimiento. En el banquete de Valparaíso, la frase de su discurso-programa que ha sido más aplaudida, fue la de la protesta de que seguirá en las relaciones exteriores la política de paz y de concordia que ha ilustrado el Gobierno de Errázuriz: «*Pondré—añadió—mi cuidado más especial en los intereses de todos los pueblos de nuestra fraternidad americana, y mi propósito será que se estrechen cada día más á las leales relaciones que he de ofrecerles. En vuestra cooperación consiste que en mi consagración absoluta al bien público, procurado asiduamente con la elevación y amplitud de miras, con la rectitud de procedimientos y con el espíritu de justicia que han de inspirar todos mis actos, el periodo del mandato que me confiéis se distinga en la Historia por el engrandecimiento del poder, de la influencia y de la prosperidad de la patria, que todos amamos, á la sombra de esta política de paz y de concordia y mediante el trabajo, la abnegación y el patriotismo de sus hijos.*» Estas palabras fueron saludadas con estruendosas aclamaciones y aplausos.

\*  
\* \* \*

El otro lado de la medalla lo ofrecieron los convencionistas liberales del 3 al 7 de Marzo. Pocas veces Santiago de Chile ha presenciado un espectáculo de tan entusiastas expectativas como el que presencié desde las diez de la mañana del día 3 en el recinto del Congreso, donde habían de celebrarse, por series de siete, las votaciones necesarias hasta determinar un solo candidato que obtuviese la mayoría discernida en los votos que se emitieran. Las listas de la convención se cerraron en la noche del día 2, y se habían inscripto en ellas 329 votantes, de los que 20 eran Senadores, y 54 Diputados en ejercicio, y 24 exsenadores, y el resto exdiputados de pasados Parlamentos. El candidato que se proclamase tenía que obtener en su favor el 60 por 100 del número total de los que votarían; de modo que debía reunir el número de 199 sufragios. Cada fracción del partido liberal había presentado su candidato propio, y la disputa, al parecer, estaba entre Claudio Vicuña, Augusto Matte, Fernando Lazcano, Germán Riesco y Ramón Barros Luco, teniendo muchos por casi seguro que la contienda se sostendría sólo entre los dos primeros, pues á Vicuña le votaban los balmasedistas, y de éstos había inscriptos 130, y al segundo, los doctrinarios radicales y algunos liberales del Gobierno, que no eran menos numerosos.

La primera serie de las votaciones que se verificaron el día 7, constó de siete votaciones sucesivas, con el resultado siguiente:

| CANDIDATOS       | 1. <sup>a</sup> | 2. <sup>a</sup> | 3. <sup>a</sup> | 4. <sup>a</sup> | 5. <sup>a</sup> | 6. <sup>a</sup> | 7. <sup>a</sup> |
|------------------|-----------------|-----------------|-----------------|-----------------|-----------------|-----------------|-----------------|
| Vicuña .....     | 124             | 131             | 124             | 125             | 110             | 122             | 121             |
| Matte.....       | 67              | 71              | 69              | 50              | 71              | 100             | 99              |
| Lazcano.....     | 57              | 69              | 63              | 71              | 90              | 95              | 96              |
| Riesco.....      | 29              | 27              | 27              | 34              | 46              | »               | »               |
| Barros Luco..... | 34              | 33              | 35              | 39              | »               | »               | »               |
| Perdidas.....    | 3               | 3               | 1               | 1               | 1               | »               | »               |

Se repite el día 4 otra serie de otras siete votaciones, con el siguiente resultado:

|                  |     |     |     |     |     |     |     |
|------------------|-----|-----|-----|-----|-----|-----|-----|
| Vicuña .....     | 130 | 130 | 125 | 122 | 123 | 114 | 118 |
| Matte.....       | 69  | 20  | 8   | 1   | »   | »   | »   |
| Lazcano .....    | 84  | 87  | 84  | 83  | 84  | 81  | 79  |
| Rarros Luco..... | 18  | 66  | 98  | 104 | 111 | 120 | 120 |
| Riesco.....      | 1   | 4   | »   | 2   | »   | »   | »   |
| Perdidas.....    | 3   | »   | »   | 1   | »   | »   | »   |

Al tercer día, la opinión entre los asistentes del público estaba muy movida, y los candidatos Vicuña, Barros Luco y Lazcano, pidieron al Presidente del acto, Sr. Martínez, que suspendiera la continuación de la tercera serie de votaciones hasta la tres de la tarde. El objeto de esta suspensión fue procurar una transacción entre partes, haciendo que los unos cedieran á los otros las fuerzas respectivas que les apoyaban. No hubo inteligencia. La primera votación repitió casi el resultado conocido. Vicuña, 113 votos; 105, Barros Luco; 86, Lazcano; dos, Matte; dos, Riesco, y cinco votos perdidos. Al concluirse la lectura, las tribunas prorrumpieron en silbidos y en una inmensa gritería, saliendo á la vez algunos vivas en favor de D. Claudio Vicuña. Estas ruidosas manifestaciones se repitieron al terminar la segunda votación. La tercera pasa sin incidente alguno; pero al empezarse la cuarta, el Secretario de la Mesa electoral, D. Manuel Amunátegui, anuncia que los candidatos Barros Luco, Lazcano y Vicuña, se retiran; y la Asamblea se pone en masa de pie, prorrumpiendo en expresiones regocijadas. Pasa toda la tarde en cabildeos y en conjeturas, y cuando á las seis de la noche el Presidente de la Mesa anuncia la suspensión del acto hasta el día siguiente, las tribunas rompen en vivas á D. Pedro Montt, mientras que las gentes, que se aglomeraban fuera en las puertas de la Convención, al ver salir á los convencionales, vitorean á su vez á D. Claudio Vicuña.

La retirada de Vicuña, Lazcano y Barros Luco no se mantenía, sin embargo, en la reunión que los comités celebraron aquella noche, y al día siguiente se hacen continuar las votaciones interrumpidas, comenzando por la cuarta de la tercera serie. La séptima concluyó á las once y media de la mañana, y á la una de la tarde se reanuda el acto para empezar las siete votaciones de la serie cuarta. Todavía el día 7 se verificaron las votaciones de la quinta serie, y al terminar la última, se señalaba la hora de la una de la mañana del día 8 para empezar la serie sexta, sin que los resultados de las urnas sufriesen en favor ni en disfavor de ninguno de los candidatos, ninguna sensible modificación. De aquella situación ya embarazosa y violenta pudo salirse únicamente por un acto común de desinterés y patriotismo. El espectáculo que se había estado dando desde el día 3, demostraba que, en los diversos grupos del partido liberal, lejos de tender ninguno á un movimiento de fusión y de unidad, que era lo que se buscaba, cada cual circunscribía sus esfuerzos á sobreponerse sobre los demás. En las fluctuaciones de las votaciones últimas se dejan conocer más á las claras todas las intenciones. Cuando al Sr. Vicuña se le ve ganar unas cifras en que disminuyen las del Sr. Lazcano, es que los radicales y doctrinarios se han dado la voz de orden de votar en dispersión para ver qué fuerza tiene entre ellos el señor Vicuña. El Sr. Barros Luco, fatigado de la contienda, abandona el campo y renuncia, en el momento en que los *lazcanistas* insinúan á los *barristas* mantengan su candidato, pues en último término, ellos se les plegarán. Así las fuerzas de Barros como las de Vicuña se disponen á una concentración en favor de Augusto Matte que, ausente de Santiago, se halla allí representado por su hermano y el núcleo de sus amigos; pero después de otras dos votaciones pudo observarse que las fuerzas de Matte, en lugar de aumentarse, atrayéndose *vicuñistas*, sufrían un nuevo descenso. Todas las combinaciones abortaban en la anarquía del voto. El público y la opinión se hallaban impacientados, y el movimiento de reconcentración

liberal, que había producido muchas simpatías, se vió desde luego que no era más que un peligroso ardid del momento, que no tenía verdadera consistencia, y que en aquella pugna todos entre sí trataban de engañarse mutuamente.

Después de la quinta serie de las votaciones, insuficientes y estériles, vinieron los últimos cabildeos para llegar al fin por un acto de habilidad más que por una cordial resolución. Se había diputado á D. Guillermo Rivera para que pasase á Villa de Mar, á donde se había retirado el candidato D. Germán Riesco, para explorar su voluntad, permitiendo votar de nuevo su nombre, después de la renuncia que había formulado. El secreto de esta última designación se cifraba en que, estando casado el Sr. Riesco con una hermana del Presidente Errázuriz, las fracciones liberales creían que el triunfo de su cuñado haría al Jefe del Estado retroceder de la actitud á que se había reducido y apoyaría con su influencia decisiva la victoria de su pariente, y con él el triunfo del partido más inquieto de la República, aunque á la vez el más dividido y falto de cohesión. Riesco accedió á lo que se le demandaba, pero á condición de que su elección no dependiera del éxito de una nueva batalla, sino de un convenio previo de todos los partidos coaligados, que diesen indefectiblemente en la urna más del 60 por 100 de los sufragios necesarios para la proclamación. Aunque así quedó convenido en el acto de las votaciones de la sexta serie, el primer escrutinio dió 135 votos á Riesco, 88 á Lazcano y 83 á Vicuña. Se había faltado á lo pactado en Villa de Mar. El presidente de la mesa, Martínez, llamó la atención de los convencionales sobre esta informalidad, y Vicuña tomó la palabra. Dió en su discurso la primera prueba de su abnegación, retirando absolutamente su nombre de la contienda y pidiendo á sus amigos votasen la candidatura de Riesco, y en efecto, en la segunda votación éste obtuvo 195 votos, es decir, cinco más que los necesarios para la proclamación, por 95 que se dieron aún á Lazcano y 13 que obtuvo Vicuña. Lazcano, antes de publicarse el escrutinio, dirigió un

mensaje á la Mesa, adhiriéndose al voto de la mayoría, y en su virtud, los convencionales todos prorrumpieron en aplausos y vítores á Lazcano y Vicuña, y se pidió que Riesco fuese proclamado por unanimidad, como en efecto se hizo, con esta fórmula promulgada por el Sr. Martínez:—«A nombre de la representación de la Convención, proclamo *por unanimidad* candidato á la Presidencia de la República para el próximo quinquenio, al ciudadano D. Germán Riesco.»—El día 10 se celebró la sesión de clausura de la Convención, y el candidato proclamado, que había regresado de Villa de Mar, pronunció un discurso de gracias, que envolvía su programa eventual de gobierno, ceñido exclusivamente á la política de los progresos interiores de la República de Chile.

¿Puede darse por asegurado por estos hechos, el triunfo de la elección de Riesco sobre Montt en la última sentencia de este largo proceso electoral para la sustitución del benemérito D. Federico Errázuriz en la Presidencia, cuyo mandato termina en Setiembre próximo? Es dudoso. La unificación de los liberales en Chile se ha intentado cien veces, y cien veces ha fracasado. Después de la elección próxima presidencial, con ó sin la victoria, volverán á desunirse. Por lo pronto, la esperanza que los liberales cifraban en que el Presidente Errázuriz inclinara su influencia de parte de la candidatura de D. Germán Riesco, por estar éste casado con una hermana suya, y de que saldrá de la actitud de absoluta abstención en que se ha colocado, dispuesto á no favorecer ni hostilizar á candidato alguno, ya ha tenido ocasión de sufrir el primer aviso del desengaño. El Presidente Errázuriz cree que nada corrompe más el régimen de toda institución política, que la política de familia, cuando los que han llegado á cualquier esfera del poder creen que la ventaja por ellos conseguida debe vincularse entre los privilegiados de su sangre, y que esta ilícita vinculación no entraña una usurpación criminal á los que en sí mismos tienen méritos y títulos personales para subir á los puestos que se arrancan por aquellos al patrimonio de la patria, que por igual



pertenecen á todas las aptitudes sobresalientes, y por lo tanto, capaces de dirigir con rumbos acertados la nave de la política y del Gobierno. El Presidente Errázuriz, condenando el sentido secreto y hábil con que se ha señalado la candidatura de su cuñado el señor Riesco para que le suceda en su puesto, en la misma ciudad de Temuco, donde los partidarios del candidato Montt dieron á éste un gran banquete en celebración de la proclamación de su candidatura, ha hecho asistir á su yerno, Renato Sánchez, que es diputado en el Congreso chileno, y éste en los brindis pronunció un discurso, que terminó con estas significativas palabras: «Puedo aseguraros, señores, y tengo derecho para hacerlo, que en esta lucha electoral tendremos amplias garantías, y que los que han buscado los vínculos de familia para asegurar un éxito que no podía darles el propio esfuerzo, se han engañado.» Ahora hay que esperar á que el telégrafo nos anuncie la sentencia final (1).

\*  
\* \*

No tenemos por desgracia en España el hábito de estudiar, como debíamos, á los hombres dirigentes de las nuevas socie-

---

(1) Después de escrita esta revista nos llegan nuevas noticias de Chile, y entre ellas la de que en el *Diario Oficial* de la República el Presidente Errázuriz ha hecho publicar la siguiente nota:

«La situación por que atraviesa el país es delicada y merece atenta consideración.

En presencia de la lucha eleccionaria que se aproxima, y que ha de designar su sucesor, el Presidente de la República ha comprendido sus deberes y procura cumplirlos.

En reiteradas y solemnes ocasiones ha expresado su inquebrantable propósito de mantenerse alejado de los intereses partidarios y dejar que se debatan sus elementos libremente y sin que la acción del Gobierno favorezca á los unos contra los otros.

Con excepcional fuerza se impone esa actitud al jefe del Estado, en vista de sucesos políticos de reciente data. Una de las corrientes de opinión de algunos de los partidos en lucha, ha estimado conveniente encar-

E. M.—*Mayo 1901.*

dades que en la América que fue española hace visibles la eminencia de sus puestos, y en los progresos de aquellos nuevos pueblos, el influjo de sus iniciativas y de sus facultades; y no sería completo el estudio que aquí se hace de las prácticas políticas de Chile con motivo de la preparación de su próxima elección presidencial, si no se dibujara, aunque en embrión, bien el perfil de las principales figuras que juegan en los hechos relatados. En aquellas sociedades nuevas, es muy viva la conciencia que se tiene de los caracteres propios que en ellas sobresalen, y hay plumas de inspiración elevada y criterios de superiores vuelos para hacerlos conocer en toda la integridad de cada capacidad y de cada servicio prestado en su carrera.

Es indudable que en Chile no existen hombres mejor templados y preparados con más copia de merecimientos personales para las cumbres de la vida política y para el impulso progresivo del Gobierno, de la economía y de la administración que el candidato conservador á la Presidencia, D. Pedro Montt, cuya ligera biografía se ha dado antes, y entre sus con-

---

nar sus intereses y aspiraciones en un deudo inmediato suyo, creando así al Presidente de la República una situación delicada en extremo.

La neutralidad é imparcialidad que en todo caso incumbía observar, podría ser sospechada de débil ó tímida, á causa del citado parentesco, si no fuesen por él sostenidas ahora con el mayor esmero y estrictez.

El profundo y constante respeto que á nuestro régimen constitucional ha guardado durante toda su administración, continuará por cierto inspirando sus actos. Dentro de los rumbos políticos de ideas señaladas por las mayorías dominantes en ambas ramas del Congreso nacional, ha organizado siempre y organizará en adelante los Gabinetes que han colaborado y colaborarán en sus tareas, pero manteniendo incólume la facultad expresa que la carta fundamental le otorga de elegir, nombrar y remover á su voluntad el personal de sus Ministerios.

Es de esperar que la prudencia y la cordura de los chilenos todos sin distinción de colores políticos, y cualesquiera que sean los intereses ó aspiraciones que sirvan, sabrán apreciar las dificultades de la hora presente y no querrán exigir del primer mandatario de la nación que se aparte un punto de la severa y correcta norma de conducta que se ha trazado».

trincantes del partido liberal, D. Ramón Barros Luco. Siempre que el arduo manejo de los negocios del Estado, las discusiones del Parlamento ó las dificultades de la política han puesto á prueba sus conocimientos, su criterio y tino y la extensión de sus capacidades, han conseguido añadir nuevo brillo á su nombre y han acumulado nuevos títulos para que en Chile se les considere entre sus primeras y más culminantes figuras. Los dos han tenido casi siempre una parte activa é inmediata en la Administración de su país, y cuando no la han tenido, por todos se ha considerado que su opinión y su consejo eran elementos indispensables para la solución de todos los conflictos. Los dos tienen, para la representación de su respectivo papel, una preparación especial é ilustrada, la misma serenidad y ecuanimidad de carácter, igual disposición para cooperar al Gobierno, para inspirar sus actos, para apoyar su conducta, que, por el contrario, para impugnar sus actos y combatir sus resoluciones si son equivocadas ó perjudiciales. Sólo en ocasiones muy solemnes han hecho uso del ataque enérgico contra los actos del Poder. Esta moderación ha sido la fuente de su mayor autoridad. De cualquier modo, abroquelados en sus pensamientos de alta providencia para los intereses de su patria, en el Parlamento sus posiciones respectivas se han tenido siempre por inexpugnables. Las luchas violentas de la palabra, los ataques surgidos por las pasiones personales nunca los han conmovido, y hasta cuando han sido objeto de ataques impetuosos han sabido refrenarse á sí mismos, y oponer la defensa del silencio. Este dominio de sus propias pasiones es en ellos un don inapreciable de su propia naturaleza. En las agitaciones políticas, su templanza ha sido la misma. Las más encendidas convulsiones han hallado á Barros Luco como soñoliento. En cuanto á D. Pedro Montt ni aun en el trato privado profiere invectivas ni vierte juicios acalorados contra sus mismos adversarios: á lo más acompaña con una sonrisa complacida las frases chispeantes con que su señora da expansión á su vivísima inteligencia, y anima y

mantiene graciosamente fevorizada la elegante é íntima tertulia de sus salones.

Estas condiciones de carácter se traducen en públicos respetos. Barros Luco es el hijo de la más ciega fortuna. No necesita hacer esfuerzo alguno para hacerse valer y hacer valer sus opiniones. Llega inopinadamente para él, cuando todo el mundo le espera; vierte sus ideas sin meditarlas al parecer, cuando todo el mundo las escucha con ansia para traducirlas en soluciones del éxito. Cuando él ha creído muchas veces que sus soluciones carecían hasta de lógica, ellas han sido el pleno acierto. Montt es el trabajo, la voluntad, la mesura y el orden. Grande por las fuerzas naturales de que se halla dotado, son inagotables las que deriva de la extremada cultura de su inteligencia. Nadie es, como él, una enciclopedia viva siempre de cuanto toca á la política, á la economía, á la Administración. Conoce todas las estadísticas, y no hay aptitud humana como la suya más bien dispuesta para la asimilación. Aunque se considere que en Chile no hay quien esté más alto que él en la escala de la ciencia, siempre sube. Barros Luco siempre mantiene su espíritu en una cómoda posición de espera, aunque, cuando obra, en vez de provocar furoros, disipa tempestades. Montt, en cambio, es la actividad continua y á la vez fecunda y vigorosa, que no permite quedarse indiferente ante ninguna cuestión de interés público. Tiene ideas adelantadas y proyectos formulados hasta para lo imprevisto, y en su labor política, administrativa y parlamentaria ha levantado enormes edificios para llenar las necesidades de cuantos problemas se le han planteado. Ni Montt, ni Barros Luco se preocupan en sus actos del aplauso de la galería: no aspiran al brillo de las exterioridades. A Barros Luco parece que lo conduce la plena conciencia de que siempre va bien y de que siempre quedará satisfecho. Ni á él ni á nadie extrañarán los mayores honores de que se le rodea; pero él no se desvelará por conquistarlos. Podría decirse lo mismo de D. Pedro Montt, pero con esta diferencia: Montt tiene la conciencia del poder;

siente en sí el poder de sus medios, de sus facultades, de sus merecimientos, de las adhesiones que la opinión le rinde, de la confianza y de la fe que se deposita en él, y con esta conciencia se cree en la obligación de buscar el Poder, de aceptarlo, de ejercerlo. Así Chile abriga en él la esperanza de los beneficios que ha de recibir de ese Poder.

Lazcano y Riesco, los dos tienen parentesco inmediato con el Presidente Errázuriz; pero tienen, además, méritos personales suficientes para aspirar á sucederle. Ni uno ni otro cuentan la larga vida política de Montt y Barros Luco. Con todo, Riesco, ya en 1896, fue tenido por muchos como un candidato á la Presidencia de la República, más viable entonces que su cuñado Federico Errázuriz, que la obtuvo. Lazcano fue elegido por vez primera Diputado por Curicó para la Constituyente de 1891. La base en que descansa principalmente su respectiva importancia para el cargo á que aspira Riesco, y los dos han aspirado, está en la posición social que ocupan, aunque, en realidad, en Chile haya muchos que disfruten igual rango social sin atraer hacia sí la atención de la opinión pública. Riesco tiene el secreto de las condiciones que forman la cumbre de su popularidad en las atracciones de su trato. Hablar con él, tratarle de cerca, es constituirse en su vasallaje. Su fácil conversación, sus sentimientos expansivos y efusivos, una broma de fino gusto, un cuento chistoso, una pregunta de interés, un consejo pronto y sabio, ponen inmediatamente en situación cómoda al que se le acerca. En toda reunión, él es siempre el centro de la animación y del agrado. Este carácter no lo reserva para los que se hallan á su nivel en todas las esferas, sino que lo comunica á los grandes y á los pequeños, á los hombres y á los niños, á los espíritus cultivados y á los rudos hijos del trabajo. Lazcano, en cambio, más reservado, guarda para círculos reducidos las expansiones de su amistad; pero tiene grande asiduidad para cultivar sus relaciones, siempre bien escogidas, y se liga estrechamente á ellas con su cordialidad afectuosa. Respecto á las considerables fortunas de que están en posesión,

la de Lazcano es más patrimonial que adquirida, y la de Riesco más profesional que heredada. Riesco se ha formado en la sociedad, en la intimidad doméstica y en el mundo de la política como empleado, alto funcionario y hombre de negocios. Lazcano, desde la niñez rigió como patrón la dilatada estancia que le dejó su padre. Mientras D. Fernando Lazcano ha ocupado los puestos más altos y visibles del escenario político de su país, D. Germán Riesco rara vez ha dejado sospechar la presencia de su mano en los hilos de la tramoya; mas permaneciendo largamente en la penumbra, ha logrado evitar desgastes prematuros. Se tiene fe en su talento, porque su vida interior, del mismo modo que su vida pública, ha sido siempre un conjunto de destellos brillantes que han llegado hasta la multitud.

De los demás contrincantes, D. Claudio Vicuña es una poética restauración de personajes de otra época, una especie de rey en medio de una corte en que perpetuamente reine la elegancia y el buen tono, al contrario de Augusto Matte, cuya casa, ni aun en París, donde pasa gran parte de la vida, acusa por todos sus departamentos sino la prosa de la vida. Vicuña, en lo que habla, en lo que escribe, en lo que hace, en lo que piensa, es la cultura refinada hasta la ornamentación monumental. Matte casi no sabe escribir, sin que sea para él un gran mal no poder aplicar ni á sus ideas ni á sus acciones los refinamientos de la gramática, si en lo demás, por instinto, sabe conservar en sus reglas esenciales el sentido de lo que se escribe. Cuando Vicuña impone en su mesa la costumbre del brindis grandilocuente y ceremonioso; cuando en sus tertulias políticas llama al diputado amigo *el campeón de los nobles ideales*, al periodista aspirante *el esforzado luchador*, y al agente electoral que le lleva noticias de la votación *el heraldo de la victoria*, Matte no ofrece al que le visita sino comodidades positivas, franqueza para estar bien, menaje modesto y nada superfluo, ni aun la conversación, en que se economiza todo lo que no es ir directamente al grano. Ni en su casa ni en sus palabras, la fantasía encuentra nada en qué deleitarse.

Desde 1891, en que los dos desempeñaron papeles muy visibles, no han vuelto á reaparecer hasta ahora en aspiraciones culminantes. Los dos son ricos. Vicuña tiene su fortuna en haciendas y parques de gran nombradía en todo Chile, donde disfruta con esplendidez, y hace disfrutar á sus amigos, los dones de lo que posee; Matte tiene invertido su capital en valores y títulos fiduciarios y de comercio, cuyas rentas acumula sin descanso en medio de la vida de derroches cuyo espectáculo inútilmente le ofrece París. Retirados de la contienda, no hay que prejuzgar lo que podría ser la administración de uno y otro en la Presidencia de la República de Chile.

\*  
\* \*

Ya que en esta Revista no hay espacio para tocar otros asuntos americanos, conviene dejar dos curiosos datos de última hora, que demuestran la cordial protección que los Estados Unidos profesan á sus hermanos menores de lengua latina, en las vísperas de la Exposición panamericana de Buffalo y del Congreso panamericano de Méjico. No nos proponemos tratar ni del conflicto perenne con los cubanos irredentos, ni con los itsmeños de los dos canales siempre amenazados, ni siquiera de la ardua cuestión con Venezuela, que en el fondo envuelve la protección que el Gobierno de Washington dispensa á un nuevo *Venezuelan Rubber et Wood Trust* que en Nueva York se forma para apoderarse de todas las riquezas de la región del Orinoco, por medio de un nuevo monopolio sobre sus productos mineros y forestales. Se trata de dos *pequeñas* indemnizaciones que en favor de súbditos americanos que han puesto bajo el amparo del Gobierno yanqui inícuas reclamaciones, el Gobierno de Washington ha impuesto la una al de Guatemala, y la otra al de Honduras. En Guatemala, un norteamericano llamado Robert H. May, negoció con el Gobierno la construcción de una línea ferroviaria, por la que había de recibir una subvención de 35.000 pesos mensuales, y cuyos trabajos

habían de empezar en Abril de 1898. Llegó Octubre, y como nada había construído Mr. Robert H. May, el Gobierno guatemalteco suspendió la mensualidad. May reclamó: en Washington se obligó á Guatemala á admitir un arbitraje, que se confió á otro norteamericano, Mr. Jenner. Pronunció éste su fallo, y Guatemala ha sido conminada á pagar á Mr. May 140.000 pesos oro. ¡Delicias del *monroismo* y frutos del *arbitraje!*

Del otro caso que tenemos ante la vista, nos limitaremos á copiar el siguiente decreto, que leemos en el periódico oficial de Honduras: «Considerando: que si bien no se ha obtenido ningún éxito para disminuir siquiera la cantidad de la indemnización reclamada, se logró, en definitiva, que se desistiese del castigo del centinela Cruz Rosales, que era la parte más grave de la reclamación presentada, quedando de esa manera á salvo el honor del país: por tanto, el Presidente *acuerda*: reconocer como crédito del Estado la cantidad de 10.000.000 de pesos fuertes, oro, que se pagará á la orden de la Legación de los Estados Unidos, en Honduras, para indemnizar á la familia del ciudadano norteamericano Frank S. Pears, que fue muerto en Puerto Cortés el 31 de Enero de 1899, debiendo imputarse este gasto á la partida de Crédito público, para cuyo fin se excitará al Ministerio del ramo.—*Comuníquese.*»

¡Diez millones de pesos, oro, por la vida de un súbdito norteamericano, á quien mató un centinela hondureño, indudablemente en el cumplimiento de su deber! ¡Diez millones de pesos, oro!

I. O. B.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**El anarquismo según sus más ilustres representantes**, por el Dr. Pablo Eltzbacher; traducción del alemán por Pedro Dorado.—Un vol., 352 páginas. Madrid 1901, LA ESPAÑA MODERNA. Su precio, 7 pesetas.

El anarquismo, que en un principio solía considerarse sólo desde el punto de vista de ciertas manifestaciones bien conocidas, por sus efectos terroríficos y criminosos, considérase ya, con más calma y reposo, como lo que principalmente es, como una doctrina filosófica, muy influyente en las ciencias jurídicas, económicas y sociales, y que tiene representantes dignos de estudio detenido, los cuales mantienen principios que, quien quiera seguir la marcha del pensamiento filosófico de nuestros tiempos, no tiene más remedio que tomar en cuenta.

El libro del Dr. Eltzbacher, profesor en la Universidad del Haya, libro de mera y fiel exposición, pues como el mismo autor declara ya en la portada, *ni afirma, ni niega*, se limita á eso, á *exponer*; es una obra excelente por más de un concepto, en la cual se habla precisamente del anarquismo como doctrina filosófica, mantenida por varios pensadores, algunos de ellos de los más conocidos en los tiempos que corren; es, por otra parte, como obra de exposición, de las obras útiles, de las que sirven muy bien para el objeto que se proponen, á saber: para ahorrar muchas lecturas á quien no puede hacer del

anarquismo un estudio personal especial, y para orientar á quien desee estudiarlo en sus fuentes originales. Es, además, útil en otro respecto que el propio autor indica en la introducción: en efecto, «existe, como el Dr. Eltzbacher dice, en el día de hoy, la mayor confusión en lo referente al anarquismo, y esto no sólo en la masa del vulgo, sino también entre los doctos y entre los hombres de Estado»; pues bien, la obra de que hablo es también útil, en cuanto contribuye muy adecuadamente á disipar esa confusión, y á delimitar las doctrinas anarquistas, tanto en lo que se refiere á la designación de sus mantenedores, cuanto á la determinación de los conceptos fundamentales que les son característicos, cuanto, por fin, á las variantes que en las mismas conviene señalar.

El anarquismo, tal cual lo estudia el Dr. Eltzbacher, no se ofrece, desde luego, como una doctrina general, sino como el resultado de diversos estudios independientes, hechos de una manera directa en las obras de aquellos que pueden considerarse como sus mantenedores más ilustres y más fieles. De ahí la contextura, muy razonada, quizá con exceso, en la introducción del libro. El Dr. Eltzbacher fija, en primer lugar, el alcance de sus indagaciones sobre el concepto y las doctrinas del anarquismo, refiriéndolas especialmente á las opiniones que éste mantiene acerca de estas tres ideas fundamentales: el Derecho, el Estado y la Propiedad; luego expone cómo entiende él estas ideas y á continuación, siguiendo un plan muy riguroso, resume las obras de los siete representantes más ilustres quizá del anarquismo en nuestros tiempos, procurando demostrar, con el apoyo siempre de las fuentes, qué piensan dichos representantes acerca del Derecho, del Estado y de la Propiedad. Los siete representantes de que el autor habla, son: Godwin, Proudhon, Stirner (el autor de *El Único*, obra de que hablaremos otro día, con ocasión de su traducción al español), Bakunin, Kropotkin, Tucker y Tolstoy.

Los dos últimos capítulos del libro los dedica el Dr. Eltzbacher á resumir las doctrinas del anarquismo, procurando

primero hacer ver lo que éstas tienen de común, y deteniéndose después en señalar lo que las mismas tienen de particular y de característico. En este punto hace el autor clasificaciones muy interesantes de las siete teorías expuestas, considerándolas desde el punto de vista de sus respectivas opiniones acerca de los fundamentos generales de las tres nociones indicadas del Derecho, del Estado y de la Propiedad, y del procedimiento para la acción.

A. POSADA

---

**Consideraciones sobre la producción y el comercio de pasas en la provincia de Málaga**, por Manuel Pancorbo, profesor Mercantil y Jefe de Administración del Cuerpo de Aduanas.—Trabajo premiado por el Colegio Pericial Mercantil de dicha capital, en el certamen de 1900.—Madrid: Avrial, impresor, San Bernardo, 92, 1901, 8.º, 59 páginas é Índice.

Es un estudio muy interesante, y está tratado con mucha competencia. El producto de la industria agrícola de que trata tiene una larga historia en la región privilegiada que lo cultiva, y es una de las materias que más importan al comercio de exportación de aquella opulenta provincia andaluza. El premio obtenido por el autor ha sido un objeto de arte, regalado para este fin por el General Lachambre.

## OBRAS NUEVAS

---

- Alonso y Gómez (S.)—La macarena; sainete. En 4.º, 64 págs., con grabados: 1 peseta.
- Alvarez (E. G.) y López Monís (A.)—La torta de Reyes; juguete cómico en un acto. En 4.º, 30 páginas: 1 peseta.
- Alvarez Quintero (S. y J.)—La azotea; comedia en un acto. En 4.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Arigita y Lasa (M.)—Colección de documentos inéditos para la historia de Navarra. *Tomo I*. En 4.º mayor, xvi-550 págs.: 12,50 ptas.
- Asúa y Campos (M. de).—Por carretera; apuntes de viaje desde Madrid á Santander. En 8.º, xiii-266 págs. y un mapa: 4 pesetas.
- Aza (V.)—El afinador; juguete cómico en dos actos. En 4.º, 76 páginas: 1,50 pesetas.
- Barrantes (V. de).—La nueva Electra. En 12.º, xxviii-113 págs.: 1,50 pesetas.
- Benavente (J.)—Despedida cruel; comedia en un acto. En 4.º, 14 páginas: 1 peseta.
- Modas; sainete en un acto. En 4.º, 28 págs.: 1 peseta.
- Bernat (J.)—La fertilización de las tierras. En 8.º, 109 págs.: 2 ptas.
- Botella (C.)—Sin pretensiones (Colección de cuentos y novelas cortas). En 8.º, ix-230 págs.: 2 ptas.
- Cases (P.)—Agua-nieve; monólogo en un acto. En 4.º, 14 págs.: 1 peseta.
- Castañs y Bonelli (A.)—El traductor militar; vocabulario alemán-español. En 8.º, 196 págs.: 3 ptas.
- Colorado (V.)—Rinconete y Cortadillo; comedia en tres actos. En 8.º, 128 págs.: 2 ptas.
- Cortés (L. R.)—La taquigrafía en el periodismo; discurso. En 4.º, 23 págs.: 50 céntimos.
- Danvila (A.)—Lully Arjona; novela. En 8.º, 337 págs.: 3 ptas.
- Díaz (J.)—Electra; sus tendencias, efectos de éstas, personajes del drama, desarrollo de la acción. En 8.º, 32 páginas. 25 céntimos.
- Díaz de Escovar (N.)—Más coplas. En 12.º, xvi-95 págs.: 1,50 ptas.
- Díaz Rodríguez (M.)—Ídolos rotos, novela. En 8.º, 349 páginas: 3,50 pesetas.
- Díez Pinedo (E.)—Anuario de la

- bolsa.—Año X.—En 8.º mayor, 548 págs.: 5 ptas.
- Echegaray (M.)—Los estudiantes; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 49 págs.: 1 peseta.
- Garza y Martínez (F. de la).—Análisis literario. En 8.º, VIII-250 páginas: 2,50 ptas.
- González García (P.)—Esbozo de una tecnogenia. En 8.º, 117 páginas: 1 peseta.
- Granés (S. M.)—La Dinamita; diario de la noche. En 4.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Icaza (F. A. de).—Las novelas ejemplares, de Cervantes. En 8.º, 279 págs.: 4 pesetas.
- Jackson Veyán (J.)—El tortolito; juguete cómico en un acto. En 4.º, 38 págs.: 1 peseta.
- Idem.—La tía Cirila; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.º, 49 págs.: 1 peseta.
- Labra (M. de).—El Rey de los aires; zarzuela en un acto. En 4.º, 33 págs.: 1 peseta.
- López Marín (E.)—Condición humana; juguete cómico en un acto. En 4.º, 29 págs.: 1 peseta.
- Marín Perujo (A.)—Enfermedades de las vías biliares. En 4.º, 37 páginas: 1 peseta.
- Martínez Alcubilla (M.)—Apéndice al Diccionario de la Administración española. En 4.º, 20 páginas de necrología y retrato del autor, y 1.074 pág.: 12 pesetas.
- Martínez Aparicio (E.)—Apuntes sobre el sistema de unidades eléctricas. En 4.º, 49 págs.: 1 peseta.
- Martínez Escudero (F. A.)—Historia del Convento de Santo Tomás de Madrid. En 4.º mayor, 162 páginas: 4 pesetas.
- Nietzsche (F.)—La genealogia de la moral. En 4.º, 138 págs.: 3 pesetas.
- Nogales y Nogales (J.)—Mariquita León; novela original. En 8.º, 142 págs.: 2 pesetas.
- Pancorbo (M.)—Consideraciones sobre la producción y el comercio de pasas en la provincia de Málaga. En 8.º, 60 págs.: 1 peseta.
- Pardo Bazán (E.)—En tranvía (cuentos dramáticos). En 8.º, 286 págs.: 3 pesetas 50 céntimos.
- Platón.—Yon; diálogo platónico, traducido del griego por Afanto Ucalego. En 8.º, XXXI-64 págs. y 10 más de notas: 4,50 pesetas.
- Pontes y Fernández (J. M.)—Historia de la antigua ciudad de Sisapón, hoy Almadén del Azogue. En 4.º, VIII-291 págs. con láminas: 6 pesetas.
- Prado (J. del).—Calendario-guía de Galicia y su comercio para 1901. En 12.º, 191 págs.: 30 céntimos.
- Prat y Lluch (P.)—Colección de problemas de mecánica, física y química. En 4.º, 80 págs. con figuras: 2,50 pesetas.
- Puerta y Escolar (R. de la).—Las aguas potables de Madrid. En 8.º, 22 págs.: 1 peseta.
- Reyes (A.)—La goletera, novela. En 8.º, 243 págs.: 3 pesetas.
- Rodríguez Marín (F.)—Cervantes estudió en Sevilla (1564-1565). Discurso. En 8.º mayor, 32 páginas.
- Romero Landa (G. A.)—Cuadro sinóptico de nomenclatura química. En 8.º, 15 págs.: 1 peseta.
- Rubió y Lluch (A.)—Sumario de la historia de la literatura española. En 4.º, 107 pág.: 2 pesetas.
- Salillas (R.)—La teoría básica (Bio-

- sociología). En 8.º, 2 tomos xv-757 y 775 págs.: 16 pesetas.
- Soler (F. de A.)—Carne; boceto dramático. En 8.º, 31 págs.: 1 peseta.
- Sólo de Zaldívar (A. M.)—Nociones de gramática española. En 8.º mayor, 240 págs.: 2,50 pesetas.
- Suárez (A.)—Elementos de geometría. En 4.º, 113 págs.: 4 pesetas.
- Taine (H.)—Los orígenes de la Francia contemporánea por Hipólito Taine, de la Academia francesa; traducción por Luis Terrán. *El antiguo régimen*. En 4.º, 575 págs.: 10 pesetas.
- Tettamancy Gastón (F.)—Apuntes para la historia comercial de La Coruña. En 4.º, xvi-661 páginas: 5 pesetas.
- Tomillo (A.) y Pérez Pastor (C.)—Proceso de Lope de Vega por los libelos contra unos cómicos, anotado por D. A. Tomillo y D. C. Pérez Pastor. En 4.º, xxv-371 páginas, una hoja para las erratas y otra de colofón y 52 facsimiles de firmas: 10 pesetas.
- Trigo (F.)—Las ingenuas (novela.) En 8.º, 2 tomos, iv-318 y 406 páginas: 4 pesetas.
- Varela (A.) y Valero (N.)—¡Adiós, loco! Parodia de «El loco Dios», en un acto. En 4.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Vigier y Díaz Alvaro (J.)—Comentarios á los Salmos. En 4.º, 506 páginas: 4 pesetas.
- Yrayzoz (F.) y Fernández Schaw (C.)—Polvorilla; zarzuela en un acto. En 4.º, 50 págs.: 1 peseta.
- Zozaya (A.)—De carne y hueso. En 12.º, 189 págs.: 50 céntimos.

## INDICE

---

|                                                                                                            | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Actea</i> (novela) primera parte.....                                                                   | 5            |
| <i>Poetas americanos: Atlántida, canto al porvenir de la raza latina</i> ,<br>por Olegario V. Andrade..... | 52           |
| <i>El nuevo imperio de Alemania</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....                                        | 70           |
| <i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> ,<br>por Rafael Mitjana.....       | 104          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                      | 129          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                    | 167          |
| <i>Revista Hispanoamericana</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....                                            | 177          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada.....                                                           | 201          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                  | 204          |

## OBRAS PUBLICADAS

por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

**Aguanno.**—La Génesis y la evolución del derecho civil, 15 pesetas.

**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.

**Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.

**Gross.**—Manual del juez, 12 pesetas.

**Kells-Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

**Kochs.**—Higiene general, 3 pesetas.

**Kruger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.

**Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.**—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

**Martens.**—Derecho internacional, público y privado (3 tomos), 22 pesetas.

**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

**Mommsen.**—Derecho público Romano, 12 pesetas.

**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

**Sohm.**—Historia é instituciones de Derecho privado Romano, 14 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

---

### Obras de Economía Política publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

**Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis:** Economía, 12 pesetas.—**Goschen:** Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.—**Kells Ingram:** Historia de la Economía política, 7 pesetas.—**Laveleye:** Economía política, 7 pesetas.—**Leroy Beaulieu:** Compendio de Economía política, 8 pesetas.—**Rogers:** Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.—**Kropotkin:** Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.—**Antoine:** Curso de Economía social, 2 vol., 16 pesetas.—**Virgili y Buylla:** Manual de Estadística, 4 pesetas.